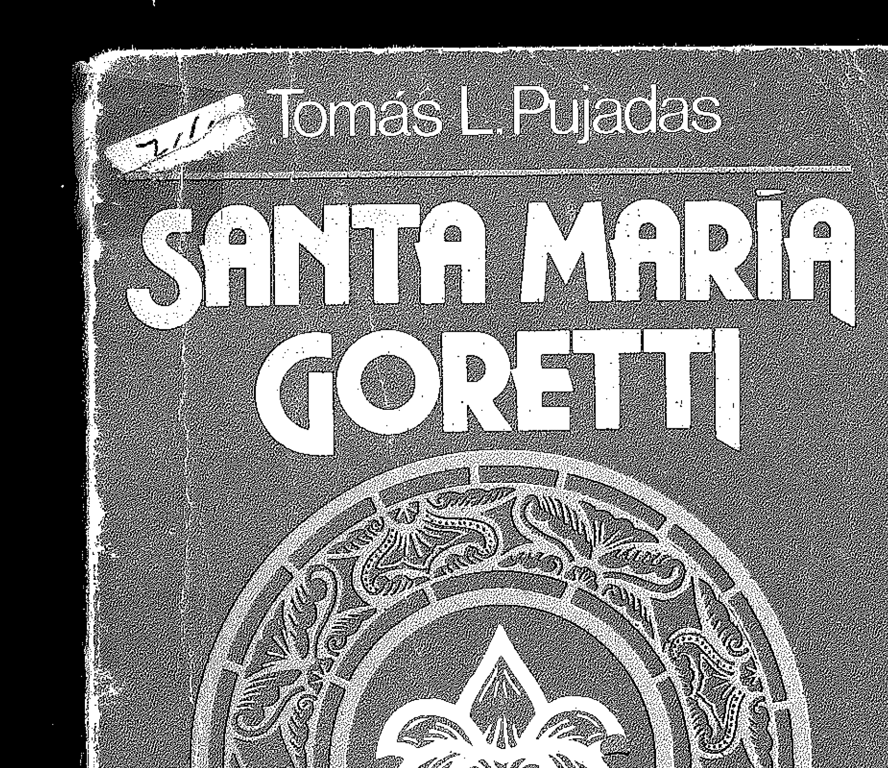
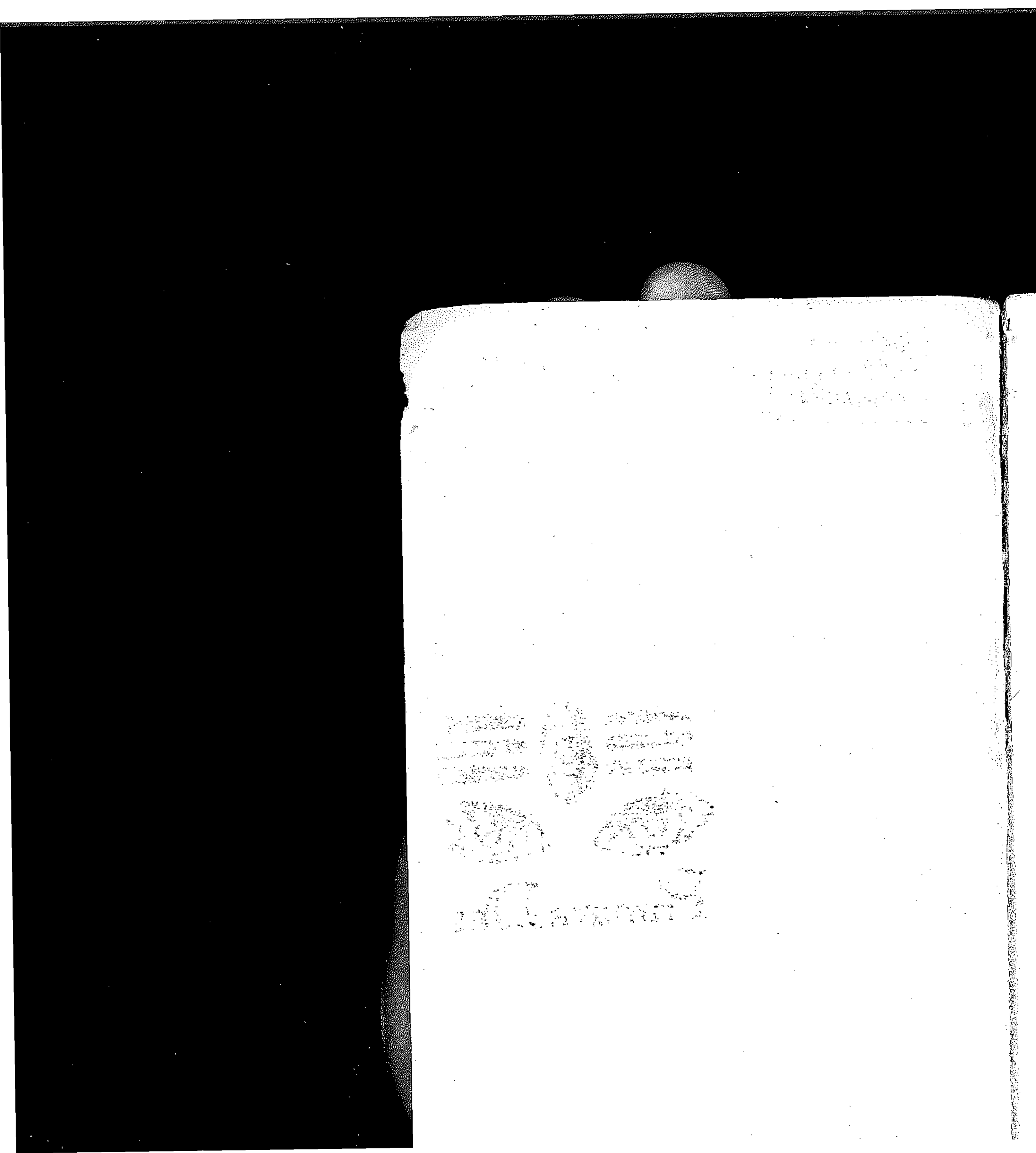

Tomás L. Pujadas
SANTA MARÍA GORETTI
Editorial



ESCUELA Nº 7 DEL PERU LA MATANZA
7446

2013

Tomás L. Pujadas

Santa María Goretti



BIBLIOTECA
ESC. Nº 7
LA MATANZA
INV. Nº 1871
SIG. TOP.

Editorial Claretiana
Buenos Aires
1987

Diseño de la portada:
Roberto Vadone

Todos los derechos reservados.
Hecho el depósito que previene la ley.
Impreso en la Argentina.
Printed in Argentina.
© *by Editorial Claretiana*, 1983

ISBN 950-512-071-0

Con las debidas licencias

Editorial Claretiana
Lima 1360
1138 Buenos Aires
República Argentina
Tels. 26-9597 / 27-9250

Prólogo

Alrededor del año 1946, no recuerdo cómo, llegó a mis manos una obrita de unas dieciséis páginas, cuya portada representaba, muy toscamente dibujada, a una niña abrazada con una palma y una azucena. El título de aquella vida decía: *María Goretti*, aunque en verdad, aquello era sólo: Muerte de María Goretti.

La historia se podía resumir en pocas líneas. Un mal hombre, un monstruo, de carácter repulsivo y sanguinario, había asesinado a una niña por no haber consentido en cometer un pecado torpe con él. La niña, antes de morir, había perdonado a su asesino.

Como conocía el alma de numerosas niñas por mi cargo de director de una asociación femenina, me pareció que muchas jovencitas eran capaces de hacer lo mismo que María Goretti.

No me inspiró mayor interés el librito, y lo dejé descuidado sobre la mesa de mi escritorio. Pero un día cayó en las manos de una socia. Lo leyó y le pareció asombroso. Lo dejó a otra y ésta a una tercera, y así fue pasando por gran número de socias, todas las cuales quedaron prendadas de aquellas rápidas escenas de pureza y de martirio. ¿Tal vez porque cada una se contemplaba retratada en aquella niña a la que se sentía capaz de imitar?

Por mi parte confieso haber repetido aquella frase tan corriente entonces al tratar de María Goretti: "Hay muchas chicas que en su caso harían lo mismo". Además, era una niña de apenas doce años, edad en que las pasiones están todavía adormecidas y en que las chicas sienten una instintiva vergüenza en cuestiones de impureza.

Por añadidura se trataba de una campesina ignorante, con la particularidad de que el tentador no era un apuesto don Juan, sino, según decían, un tipo humano más apropiado para despertar indiferencia y rechazo que para inspirar afecto y sensualidad.

Pero había otra dificultad: ¿era cierto que la niña había aceptado la muerte voluntariamente por motivos sobrenaturales, o fue tan sólo víctima desgraciada de una pasión desenfrenada? ¿no se trataba con más exactitud de un asesinato pasional que de un martirio?

Decidido a beber la verdad en las primeras fuentes, empecé una serie de actividades para acercarme a ellas, y lo conseguí con creces.

Como monumentos hagiográficos, pocas veces disponibles en la vida de otros santos, quedaban la madre y los hermanos de María Goretti y, sobre todo, su verdugo, su asesino, Alejandro Serenelli. Precisamente en la introducción de esta obra relataré las entrevistas que con ellos tuve.

¿Resultados?... El lector los verá en los capítulos de esta historia. Ellos le dirán si María Goretti fue una mártir auténtica o simplemente la víctima de un crimen pasional; si Serenelli fue un vulgar asesino o bien el verdugo clásico de las actas de los mártires.

Los católicos sabemos ya a qué atenernos de antemano; y los indiferentes podrán comprobarlo en el transcurso de la lectura de estas páginas.

Introducción

1.- LUGARES GORETTIANOS

No disgustará al lector un poco de geografía gorettiana.

El afán de vivir en lo posible la tragedia de Le Ferriere, me llevó a recorrer los sitios principales en que se desarrolló la vida de la Niña de Corinaldo. Esta peregrinación debía ser completada con la visita de las viviendas del asesino y de la madre de la víctima.

Seguiré el orden cronológico. El 11 de julio de 1950, salí de Roma, a las ocho de la mañana. El día era caluroso; pero, apenas dejamos el horno de la Ciudad Eterna por la vía Apia, experimentamos el frescor que envían los Castillos Romanos, gracias a sus montañas arboladas, sus lagos transparentes y sus frondosas huertas y tupidos viñedos.

CISTERNA

Atravesamos rápido las rectas calles de la vetusta Albano y luego nos dirigimos a la localidad de Cisterna, donde María Goretti estuvo alguna que otra vez. Allí había realizado esporádicamente sus compras en

el mercado de la plaza, también ese día repleta de clientes que se acercaban a los numerosos puestos que la ocupaban casi por completo.

Pedimos a un guardia la dirección para Le Ferriere, y nos responde que la ignora.

Una buena mujer nos señala una carretera y asegura que por ella se llega a Le Ferriere, pero no nos dice cuándo ni cómo... De este modo un recorrido de sólo doce kilómetros se convirtió para nosotros en casi el triple.

CONCA

De hecho, antes de llegar a Le Ferriere, hicimos un alto en Conca, hoy llamado Borgo Matello, que guarda una vinculación muy íntima con la protagonista de esta historia.

En tiempo de María Goretti, toda la aldea estaba rodeada por una muralla, de la cual se conserva aún una gran parte, y se entra a ella por una puerta abierta en la misma.

La iglesia presentaba en su lisa fachada los zarpazos de la segunda guerra mundial. También había sufrido mucho el campanario y habían desaparecido las campanas. Por lo demás estaba intacta. En esta iglesia recibió María su primera comunión, y es la que más frecuentó durante su vida, no sólo los domingos para oír la santa misa, sino ambién los días ordinarios al ir a hacer las compras o a aprender la doctrina. Es por lo tanto un monumento gorettiano de primer orden.

Como en aquellos lejanos tiempos, preside aún el altar mayor un bello cuadro de la anunciación de la Virgen, y el presbiterio está cerrado por un comulga-

torio de mármol, en el cual se arrodilló María aquel día memorable de su primera comunión.

Hasta 1940 cuidaron de la iglesia los padres pasionistas y, poco después, se hicieron cargo de la misma los sacerdotes del Instituto de Don Orione.

Las nuevas campanas, colocadas delante de la iglesia, fueron bendecidas en 1949. Una de ellas lleva la imagen y el nombre de María Goretti.

No había más que ver.

Tomamos la carretera de Le Ferriere con ánimo de hacer una parada en el cementerio de Conca, donde fue enterrado el padre de María.

El cementerio estaba abierto y en él trabajaba el sepulturero. Entramos y le preguntamos por el sepulcro de Luis Goretti. La respuesta fue desalentadora:

— En aquellos tiempos no se llevaba registro. Además, cada diez años se abren todas las tumbas y se echan los esqueletos en el osario común. De modo que los restos de Goretti estarán ahí dentro— dijo, señalando el osario.

El cementerio está muy bien cuidado y lleno de flores, ya en el suelo, ya en macetas. Abundan los geranios. Nos arrodillamos en la misma grada en que tantas veces lo hiciera María, y rezamos por el alma de Luis Goretti. Sabemos que hemos hecho una cosa muy agradable a su amante hijita.

Subimos otra vez al auto, que, en menos de cinco minutos, nos lleva a Le Ferriere, objeto principal de nuestro viaje.

LE FERRIERE

Al entrar en el pueblecito de reciente construc-

ción, nos detenemos ante una fábrica de papel —la única industria del pueblo— y preguntamos a una niña que estaba en la puerta como si nos esperase:

— ¿Eres de aquí?

— Sí, señor.

— Por favor, ¿dónde está la casa de María *Goretti?*

Ella se sonrió. De seguro que estaba aguardando esta pregunta.

— ¿Ven aquellas tres casas rojizas del otro lado de la carretera? Pues, es la del medio. La más larga.

La niña tenía marcados rasgos campesinos y una expresión ingenua. María Goretti, pensamos, sería una cosa así.

— ¿Eres devota de María Goretti?

— En Le Ferriere todos lo somos.

— ¿Cuántos años tienes?

— Doce.

— Como ella.

— Sí, pero pronto cumpliré trece...

— ¿Cómo te llamas? ¿Acaso María?

— No, señor, me llamo Inés.

— Bueno, es igual. Ya sabes que a María Goretti se la llama la Inés del siglo XX.

Ella se encogió de hombros, como diciendo: "¿Qué me hablan a mí de estas cosas? ¡Qué entiendo yo de siglos!" Le dimos una estampa de la santa. Ella la besó y dijo:

— Esta no la tengo.

Da las gracias y se va mostrando unas largas tenzas como las que llevaba María Goretti. Un par de minutos después, llegamos a la Granja Antigua, casa en donde la mártir vivió los tres años y medio últimos de su vida: del 1899 al 1902.

Creímos retroceder cuarenta y ocho años y soña-

mos encontrarnos en el día de la tragedia, aquella tarde del 5 de julio en que, dentro de aquella casa, padeció el martirio, por defender su pureza, la pequeña María Goretti.

Aquel lejano día estaban trillando con carretas de bueyes. En éste, para mayor verismo, había también en la era, frente a la casa, una carreta tirada por dos bueyes. La coincidencia nos impresionó.

Sin embargo, algo había allí que nos despertó de nuestro sueño. Aquella carreta servía sólo para el transporte, pues la trilla la estaba efectuando una enorme trilladora.

Atravesamos la era ante la mirada inteligente de varios campesinos que en ella estaban. Se conocía que no era la primera vez que veían llegar turistas y peregrinos a la casa del martirio.

No nos era posible confundirla. La habíamos visto retratada centenares de veces. Pasamos por delante de la puerta del establo en que la tarde sangrienta estaba sentado, víctima de la fiebre, el padre de Alejandro, y subimos por la escalera exterior que lleva hasta el primer piso, el único habitado.

Una muchacha de unos dieciséis años estaba mirando por una ventana. Le hicimos seña de querer entrar y nos dijo que sí con la cabeza.

Penetramos en la cocina, donde encontramos a toda la familia de los colonos. La casa por dentro ha sufrido, desgraciadamente, grandes transformaciones. Basta un somero estudio de cómo aconteció el hecho, para darse cuenta, al entrar en ella, de que los tabiques han sido cambiados de sitio lo mismo que la chimenea.

La tragedia empezó según todos, incluso Alejandro, entre la mesa del comedor y la chimenea para terminar junto a la puerta de entrada. Por todo re-

cuerdo del glorioso sacrificio de la niña mártir, sólo había en una pared lateral un pequeño cuadro suyo, adornado siempre con flores.

Al marcharnos, preguntamos por la fuente a la que iba diariamente la niña y en la que mostraba su recato evitando las familiaridades y las conversaciones livianas. Nos señalaron el sitio, pero ya no existía. Los trabajos de desecación efectuados para sanear las Lagunas Pontinas desviaron seguramente el cauce interior, y la fuente dejó de manar.

CAMPOMORTO

De Le Ferriere nos dirigimos a Campomorto, y nos encontramos con una aldea medio en ruinas y medio reedificada... No era necesario preguntar a nadie si por allí había pasado la guerra.

Al ver la iglesia, que aparecía como nueva y recién pintada junto a unas murallas deshechas por los bombardeos, temimos una desgracia. Pensamos que la iglesia que había visitado tantas veces la Santa, habría sido destruida y reemplazada por otra parte, pero providencialmente no era así.

El joven párroco nos explicó el misterio. En efecto, parecía durante la guerra que tanto los norteamericanos como los alemanes pretendiesen que Campomorto hiciera honor a su nombre, convirtiendo la aldea en un cementerio y aun éste en ruinas. Sin embargo, la iglesia quedó intacta, como si María Goretti hubiese querido pagarle el acogimiento que le había dispensado en sus antiguas y piadosas naves. Si ahora se veía como nueva, se debía a que había sido reparada de los desperfectos exteriores y pintada recientemente, pero el interior está como en 1902.

En el altar preside la imagen de la Virgen, entre los santos apóstoles Pedro y Pablo. Junto a su baranda de mármol María se había arrodillado para recibir la sagrada comunión pocos días antes del martirio.

NEPTUNO

Apenas se llega a Neptuno, se divisa sobre un montículo el santuario de nuestra Señora de las Gracias. Dentro de la iglesia, vimos al entrar a mano izquierda, adosado a la pared, un modesto monumento de la santa niña.

Por la carretera de Neptuno a Anzio, rodeada de villas y jardines, llegamos al antiguo Hospital de los Hermanos de San Juan de Dios, que ahora es la Pequeña Casa de la Providencia, destinada a niñitos huérfanos.

Apenas llamamos y declaramos nuestra intención, nos señalaron como acompañante a una niña, algo mayorcita, también huérfana, según ella nos dijo, quien nos condujo hasta la pequeña sala en que murió la Santa, convertida por la generosidad de Pío XII en una preciosa capilla. En el altar está la imagen oficial de la mártir y una lápida señala el sitio en que estaba colocada la camita en que consumó su triunfo, perdonando al asesino. Delante de ella había un gran ramo de flores.

— Siempre hay flores —nos dice la muchacha.

Fijamos atentamente nuestros ojos en la escalera por la que subieron el cuerpo acribillado de María; en el sitio en que Asunta pasó la noche dentro de la misma ambulancia en que su hija había sido transportada al hospital; en la sala de operaciones donde los doctores extendieron el certificado de virgen a la pequeña

gran heroína.

Atravesamos los patios llenos de huerfanitos que saludaban gentilmente, y los encomendamos al corazón de Mariettina que también había sabido qué cosa es la orfandad de padre, cuando la pobreza es grande y los hijos muchos y pequeños.

CORINALDO

María Goretti nació en Corinaldo, en las Marcas de Ancona. Por orden histórico debiéramos haber empezado nuestra peregrinación gorettiana por esta ciudad, pero no fuimos a ella hasta el día 26 de julio, festividad de santa Ana, patrona del lugar, para volver allí el 3 de setiembre, con ocasión de las fiestas de la canonización de santa María.

Los principales monumentos gorettianos de Corinaldo son la casa donde nació la mártir, una capilla frecuentemente visitada por ella, y la iglesia de san Francisco en donde fue confirmada e hizo su primera confesión. Ahora hay que añadir la cripta que se ha construido para venerar una reliquia suya insigne.

La casa natalicia está a unos cuatro kilómetros de la ciudad. Es una pobre vivienda de labriegos que consta de planta baja, destinada a establo, y un solo piso, actualmente dividido en cuatro pequeñas piezas, pero que en vida de la Santa, estaba distribuida en dos reducidas habitaciones y una cocina que servía de comedor.

En la habitación que se encuentra a mano izquierda, al entrar, se ha construido un sencillo altar que recuerda el sitio en que María vino al mundo. Sobre el mismo está el cuadro de la Virgen que presenció el nacimiento.

En la parte exterior de la casa, una lápida dice:

Aquí nació
humildemente
MARIA GORETTI,
alma escogida
que
se alimentó con la gracia,
se plasmó en el sacrificio,
se ensalzó inmaculada con el martirio;
brilla hoy sobre los altares
en la Iglesia de Cristo.
16/X/1890 5/VII/1902

Como luego podrán ver los lectores, la fecha de su muerte está equivocada, pues murió el 6 y no el 5 de julio de 1902, aun cuando el día 5 fuera mortalmente herida.

La capilla antes mencionada está situada entre dicha casa natal de la santa y Corinaldo, razón por la cual era a menudo visitada por Mariettina cuando iba y venía del pueblo.

A la izquierda del presbiterio, antes de entrar en él, en un altar dedicado a la santa, un cuadro la representa de rodillas ante una imagen de nuestra Señora. El lienzo es una bella realización, en la que el artista ha sabido dar a María una expresión notable de ingenua piedad. Sólo podría criticársele que la edad que la niña representa es muy superior a los siete años que contaba cuando hacía sus devotas visitas al santuario.

Pasemos finalmente al templo de san Francisco, al que llegamos para las fiestas gorettianas. En su fachada, una pancarta de grandes dimensiones propalaba los títulos gloriosos del vetusto edificio y anun-

ciaba los festejos:

A la Santa Virgen y Mártir
MARIA GORETTI,
en este templo donde alcanzó
y confirmó su fe,
Corinaldo con júbilo le tributa
solemnes honras.

Penetramos en la parroquia y nos dirigimos al baptisterio, situado en una capilla, a la derecha, cerca de la entrada. Aquellos días estaba expuesto a la vista de los devotos peregrinos el libro parroquial de bautismos, en cuya página 174 se lee en latín:

"Año del Señor 1890. Yo, el infrascripto, he bautizado a una niña nacida ayer, a la una de la tarde, de los legítimos consortes Luis, hijo de Antonio Goretti, y Asunta Espósita, su legítima mujer, a la cual he impuesto el nombre de María Teresa. Ha sido su madrina Pascualina, mujer de Nicolás Goretti de esta ciudad.

Así es. Manuel Maruncia. Párroco".

Con esta visita consideramos terminada nuestra peregrinación. Ahora faltaba visitar los monumentos vivos: su madre, su familia, su asesino.

2.- ENTREVISTAS EMOCIONANTES

CON EL ASESINO

Antes de emprender el viaje a Ascoli Piceno, en donde vivía Alejandro Serenelli, y a Corinaldo, en que tenía su morada Asunta, era preciso cerciorarse de

que realmente en aquellos días de fines de julio de 1950 los interesados se encontraban en sus respectivos domicilios. Para ello me dirigí al templo de la Scala Santa, regido por los sacerdotes pasionistas, entre los cuales precisamente vivía el postulador de la causa de la Santa, padre Mauro de la Inmaculada.

Habíamos procurado entrevistarnos con la madre de la mártir los días que estuvo en Roma, entre las Religiosas de Santa Marta, pero no pudimos conseguirlo, pues a cada pedido el jefe de la Guardia Suiza respondía que era imposible. Esto, no sólo mientras vivió en la Ciudad Vaticana, sino también cuando se trasladó a Castelgandolfo, debido a que el Papa había dado órdenes terminantes sobre el particular, ya que a Asunta le convenía un descanso absoluto.

Pasados unos días, dicho jefe nos comunicó que la madre había salido ya de Castelgandolfo, y por medio del P. Mauro supimos que había regresado a Corinaldo.

Al día siguiente, el que esto escribe partía de Roma en compañía de un excelente compañero de viaje, el veterano misionero de la Argentina, P. Pietro Bustince.

Poco antes de llegar a Ascoli Piceno, entablamos conversación con el guarda del autobús en que viajábamos.

— ¿Ha visto usted a Alejandro Serenelli? —le preguntamos.

— No. Sé que vive con los capuchinos, pero no lo he visto. No sale nunca. He oído decir que antes salía, pero que, desde que exhibieron la película *Cielo sobre el pantano*, no ha vuelto a salir del convento... Y ¡suerte que no asistió!...

— ¿Qué dice de él la gente de Ascoli?

— ¡Oh! Ahora Alejandro es una persona excelente.

— ¿Dónde se encuentra el convento de los capuchinos?

— En el camino del cementerio.

Llegamos pasado el mediodía y pensamos que los padres estarían descansando; de lo que nos alegramos porque así seguramente sería el mismo Alejandro en persona, quien nos viniese a abrir. Llamamos y al punto se abrió la puerta. ¡Era él!... Lo saludamos cordialmente con gran efusión y Alejandro nos respondió sonriente, amable, pero algo reservado.

—Por usted venimos —le solté a quemarropa.— Nada de importancia —añadí. Quisiéramos una descripción de la Granja Antigua de Le Ferriere, tal como era en tiempos de María Goretti.

Alejandro tenía sus órdenes y sus consignas, por lo que nos contestó modestamente:

—Se lo diré al padre guardián.

Unos minutos escasos y llega el P. Virgilio D'Offida, quien, por cierto, tenía todo el empaque, amabilidad y prudencia que a un guardián clásico correspondía.

Le expusimos nuestros deseos. Esperamos con expectación la respuesta que siempre habíamos supuesto que sería negativa en la forma, aunque afirmativa en el fondo.

— ¡Imposible! —exclamó severamente.

Aceptamos sin protestar el balde de agua fría, mientras el guardián proseguía impávido:

— Al P. Provincial no le gusta... Se abusa de la paciencia de Alejandro y luego se publica lo que se quiere...; y además me acaba de decir Alejandro que hoy no está con ganas de hablar.

Eran demasiadas razones juntas para dedicarnos

a deshacerlas una a una. Nos limitamos a preguntar:

—¿Quiere decir, padre, que es una cosa tan terrible preguntar a Alejandro cómo estaba distribuida por dentro la Granja Antigua de Le Ferriere?

El P. guardián, ante estas palabras, se olvidó de que estaba interpretando el papel de "malo", y sonrió benévolo detrás de sus barbas. Es difícil ocultar el corazón, y el del P. Virgilio se delataba como de tamaño extraordinario. Mandó, pues, llamar a Alejandro, quien llegó obediente y correcto. El P. Virgilio, que lo dominaba con su amabilidad exquisita, le dijo: Alejandro, siento molestarte, pero si no te fuera gravoso, me gustaría le contestases al padre unas preguntas que quiere hacerte. Nada de importancia, ¿sabes? Sobre cómo era la casa de Le Ferriere.

Alejandro no necesitó más indicaciones, pues en cierto modo no tenía ya voluntad propia y se había propuesto obedecer a ciegas a cuanto le pidiera el guardián.

— ¿Dónde hablamos? —pregunté, ansioso de aprovechar aquellas buenas disposiciones.

— En el refectorio.

No es mal sitio un comedor para tener entrevistas. Su ambiente familiar, íntimo, hace germinar la confianza.

La conversación empezó con marcado carácter de tanteo, además de que estaba presente el guardián, quien ponía un poco de sordina a la espontaneidad. A medida que Sandro se iba cerciorando de mis "rectas intenciones", ponía más fuego en sus palabras y se adelantaba a hacer sugerencias que yo procuraba no desperdiciar.

Como el calor ponía ardor y sequedad en las gargantas, invité a Serenelli a tomar una gaseosa, pero él prefirió un vasito de vino vulgar. Entre tanto, la

entrevista se fue tornando cordial.

Pronto Alejandro fijó en mis ojos su mirada hasta entonces huidiza, y, al expresarse, su sinceridad le hacía descansar a veces en mi brazo sus manos de interlocutor, dando poco a poco a entender que aquella temerosa entrevista se le iba convirtiendo en un anhelado desahogo para su espíritu oprimido por la losa de la incomprensión y, también, de la incomunicación voluntaria.

Dos horas duró la entrevista. El padre guardián, de "espía" se convirtió en "animador", al pedirle al viejo que me contase cuanto le había relatado a él en los tranquilos atardeceres de verano y en las largas veladas de invierno. Luego el padre Virgilio dejó a Alejandro a mi discreción, que desde ya, no fue mucha. No se molestó por ello el interrogado.

A las pocas preguntas, había visto en él a un hombre acostumbrado a sufrir largos y penosos interrogatorios fiscales. No se contradecía, precisaba bien y ponía claridad en sus expresiones. Se mostraba inteligente; el trato con los frailes y sus lecturas ascéticas le habían comunicado una cultura discreta. Su memoria era tenaz, y recordaba mínimos detalles. Su carácter era tranquilo, con algo de timidez, quizás acentuada por el complejo psicológico de inferioridad que experimentaba al creerse objeto de la execración universal. Creemos que exageraba. Más bien era tenido por un cristiano arrepentido, y aun la imaginación popular lo ha querido ver lego capuchino cuando sólo era un criado donado del convento.

Terminó la entrevista que otras cinco veces reanudamos, por carta, durante los meses de agosto y setiembre del mismo 1950, y mayo de 1951.

Al despedirnos, ya como perfectos amigos, Alejandro consintió en dejarse retratar conmigo

estrechándonos la mano. Si yo me daba cuenta de que estrechaba la mano purificada de un antiguo asesino, él sabía que tenía en la suya la mía dispuesta a hacerle justicia, contra ciertos periodistas y escritores de vidas de santos.

Salí del convento. Al volverme, le vi sonreír mientras cerraba la puerta conventual.

CON LA MADRE DE LA SANTA

De Ascoli Piceno nos dirigimos a Corinaldo. Subimos la empinada cuesta que lleva a la casa de la señora Asunta, bajo un sol de fuego.

Al llegar a la casita y llamar a la cerrada puerta, se asomó por una ventana una sobrina de María Goretti, quien enseguida nos franqueó la entrada. Subimos hasta el primer piso, donde nos esperaba Ersilia, madre de la niña y hermana de la mártir. La reconocimos y saludamos atentamente. Ella, que estaba ya avezada a esta clase de visitas, nos introdujo hasta el comedor, y nos dijo:

— Voy a llamar a mi madre.

A los pocos instantes una viejita apareció por una puerta, arrastrándose, por cierto bastante ágilmente, sobre dos muletas. Y hemos de confesar que nos sentimos conmovidos ante su presencia. La ayudé a sentarse en su sillón de brazos, mientras le manifestaba mi alegría por poderla ver y saludar y... ayudar. Tomé sus muletas y las puse a un lado.

— ¡Hoy la atenderemos nosotros! —dije a su hija—. Asunta es un poco madre de todos los cristianos. Todos la llaman "mamá".

El P. Pietro le dirigió a la anciana esta observación:

— Ya podría su hija curarle las piernas.

Naturalmente que no era la primera vez que habría oído esto la viejecita, la cual respondió prontamente:

— Los santos sólo pueden hacer lo que Dios les permite.

— Se ve que el Señor quiere que usted sufra, a fin de que en el cielo pueda estar más cerca de su hija— agregué por mi parte.

Ella capta bien la idea.

— Sí. Esta cojera es uno de los muchos beneficios que Dios me ha hecho.

Hablamos con ella largamente, le propusimos varias dificultades; le solicitamos la solución de diversas contradicciones de los escritores. A todo contestó la amable viejecita con una claridad de ideas y una tenacidad de memoria verdaderamente admirables. Desde luego, pocas cosas nuevas espontáneamente tenía que añadir a anteriores declaraciones. Pero lo interesante era someter a su juicio las manifestaciones que habíamos escuchado de labios de Serenelli. Este sistema le suscitó nuevos recuerdos y sirvió de auténtico careo.

Llevaba conmigo algunas "vidas" de su hija, en las que había anotado diversas contradicciones palmarias, y ciertos pasajes que se prestaban a la duda y confusión. Ella se apresuró a resolver estas dificultades, haciendo gala no sólo de su buena memoria, sino también de una notable facilidad de expresión.

Después la conversación versó sobre su felicidad de ser madre de una santa. A esta idea, se quedó muda unos instantes con los ojos fijos en el cielo; luego murmuró dulcemente, como si hablase consigo misma:

— ¡Oh! ¡Si! ¡Cuántas gracias debo dar a Dios por ello!

Seguimos insinuándole:

— Esto le habrá dado momentos de una conmoción intensísima. ¿Cuál cree que ha sido el más vehemente?

El del día de la beatificación, cuando por la tarde en el Vaticano vi a Su Santidad Pío XII arrodillado ante la imagen de mi Mariettina. El Papa, vicario de Cristo en la tierra, el mortal más encumbrado en este mundo, de rodillas ante mi pobre hijita, que toda su vida no hizo más que padecer y sufrir la más terrible miseria...

Al terminar la entrevista, la señora Asunta aceptó ser retratada conmigo por el buen amigo, el fotógrafo Samory, presidiendo el acto el cuadro de María Goretti, que su hermana Ersilia sostenía con sus manos, arrodillada en el suelo.

Antes de despedirnos, no olvidó la señora Asunta invitarme calurosamente a las fiestas que en setiembre del mismo año iban a celebrarse en la ciudad natal de la mártir. No pude menos que aceptar conmovido su invitación, a la que, por fortuna, me fue factible dar cabal cumplimiento.

Con sentimiento de nostalgia abandonamos esa casita, tan humilde materialmente como sublime considerada desde el ángulo del valor espiritual e histórico.

Con esto, con las conversaciones que tuve con los hermanos de la santa durante los días de la canonización, y poseyendo los datos de los procesos del martirio y las hagiografías publicadas, me creí en condiciones para escribir algo objetivo sobre la vida de la santita de Corinaldo y para hacer una presentación fiel de la figura de su verdugo con todos los perfiles duros de su maldad, suavizados por el difuso halo de nobleza a pesar de todo y de su arrepentimiento a to-

das luces sincero.

Dios haga fructificar esta pequeña semilla espiritual que sembramos en el campo de la hagiografía cristiana.

I

Nido de santos amores [1]

Es una pequeña casa de campo cercana a Corinaldo, a 19 kilómetros de Senigaglia en las Marcas de Ancona.

Avanza la primavera de 1897. Los campos amarillean con sus trigales cuajados de espigas y empieza a despertarse el azúcar de las uvas, bajo su manto de pámpanos.

El mar Adriático resplandece en su intenso azul en el horizonte y exhala aromáticos efluvios. Pero... los Apeninos.

Luis Goretti los contempla ansioso, asomado a la ventana de su modesta finca, y sus ojos se oscurecen, mientras sus labios se amargan con una frase de mal agüero:

— ¡Otra vez la niebla!

Y fija su mirada, también nublada, en aquellos palmos de terreno que ha cultivado con esmero y sacrificio, de sol a sol, con la esperanza de recoger de

1. Cuanto narramos en este capítulo lo hemos oído de labios de Asunta, de algunos de sus hijos, de Alejandro Serenelli y la familia Samory de Corinaldo, emparentada con Teresa Lungarini de Cimarelli, que tuvo tan estrechas relaciones con los Goretti en Le Ferriere, y una particular intervención en los procesos de la causa de canonización de María.

ellos cosecha de pan y alegría para su joven esposa Asunta y sus cuatro hijitos, y que ahora considera ya cementerio de espigas y vides quemadas por la fatídica neblina de la montaña.

Mientras cavilaba, una mano se posó sobre su hombro, y por el optimismo que le infundió, reconoció en seguida que era de su esposa:

— ¿Niebla?, Luis.

— ¡Bendito sea Dios! —exclamó con sinceridad moviendo la cabeza en señal de asentimiento. Y añadió, sonriendo heroicamente:

— Dios nos quiere mucho, Asunta, cuando así nos prueba...

Y, sin dejarse aplastar por la fortuna adversa, cargó al hombro las herramientas de labrador y se fue a su campo, a disputar a la neblina un puñado de granos de trigo o unos racimos de uva.

Al salir de la vivienda se santiguó devotamente. Asunta lo vio partir. Su alma sentía toda la amargura de una buena mujer ante el dolor de su esposo, y su calvario se iba haciendo más empinado y más pedregoso, cuando pensaba en sus cuatro hijitos y... en los que vendrían.

Asunta abrió la ventana del dormitorio de los niños, y los rayos de una luz tibia y blanda se precipitaron en él, acabando de despertar a los tres alegres pichoncitos. Angel era el mayor. Había venido al mundo el 27 de agosto de 1888 para enjugar las lágrimas de la madre por la pérdida del primogénito Antonio, el querido Tonino, que había regresado al cielo después de ocho meses de vida.

El otro hermanito, que dormía sobre el mismo colchón de chala, se llamaba Mariano, nacido el 27 de enero de 1893. Junto a sus padres, en una linda cunita, soñando en querubines y biberones, tendía sus tier-

nos miembros Alejandro, que había abierto sus ojitos a la vida, el 30 de julio de 1895.

En pieza aparte estaba el dormitorio de María, quien, a pesar de sus tiernos siete años, solía levantarse temprano. Se ponía de rodillas, junto a su pobre camita de rústicas tablas con unas brazadas de hojas de maíz por colchón.

Juntas las manos, recogida la mirada, recitaba con edificante fervor las oraciones matinales que le había enseñado su madre. Así su alma se robustecía para las tareas de una nueva jornada.

Había nacido el 16 de octubre de 1890, pero sus escasos años eran superados con holgura por su discreción, su laboriosidad y, sobre todo, por su virtud, que el Señor se entretenía en enseñarle sin intermediario. Evidentemente aquella niñita era su discípula preferida, y por cierto muy aprovechada.

A los siete años las niñas no son hermosas; sólo son graciosas. Y María lo era tanto espiritual como corporalmente. Toda ella no era más que un prodigio de la gracia. Nadie se daba cuenta, y ella la que menos. No veía en sí sino a una pobre niña de una familia muy humilde. Sabía que a ella no le estaba permitido estrenar vestidos nuevos, sino que se había de conformar con llevar lo que las amiguitas dejaban por viejo o por corto; y encontraba muy natural andar toda la semana descalza, a fin de poder ir el domingo al pueblo de Corinaldo con unos sencillos zapatos, que se pondría antes de entrar en la iglesia, y se quitaría antes de emprender el retorno a casa.

No sabía ni leer ni escribir, ni abrigaba la esperanza de ir al colegio, porque había mucho trabajo en casa, sobre todo cuando la madre iba al campo a ayudar a Luis y ella se quedaba en el hogar para hacer de todo, incluso de niñera de su hermanito Alejandro.

Llegó la noche de un día gris, como todos los de los pobres, en la que se iba a decidir de unas existencias, y, sin sospecharlo, quedaría abierto para María el sendero del altar, a través de terribles dolores.

De más está decir que, después de la cosecha, el trigo había desaparecido en el pago de deudas, y los barriles de vino que quedaban no compensaban, ni con mucho, el sudor del padre, ni las lágrimas de su mujer.

Esa noche, los esposos, rezado el rosario, para fortalecer su espíritu, y acostados los pequeños, consideraron que había llegado la hora de las confidencias.

— Ya sabes cómo ha ido la cosecha —empezó tímidamente Luis.

Asunta, con este instinto profético que Dios ha dado a las mujeres, adivinó cuanto su esposo quería decirle, pero, era tan doloroso para ella, que se esforzó en creer que no le entendía.

Una pausa angustiosa, y Luis prosiguió:

— Aun con buena cosecha, nuestros campos no dan para seis personas.

¡Nuestros campos!... Esa era la espada de dolor que atravesaba el alma de Asunta. Dejar aquella propiedad de Corinaldo era para ella dejar la casa *suya,* los campos *suyos,* los árboles *suyos* bajo los cuales habían jugueteado sus hijos, el cementerio donde descansaban los abuelitos y su angelito Antonio, y marchar a tientas a correr aventuras por casas y tierras ajenas, con contratos onerosos de aparcería, bajo los caprichos de amos y administradores, de poca o ninguna conciencia. Era, en fin, dar un adiós para siempre a un pasado bajo muchos aspectos feliz, para empezar un éxodo doloroso, cargado de desagradables incógnitas.

Y menos mal que Dios providente nos ha negado

el conocimiento del porvenir. Si Asunta hubiese previsto que, tres años más tarde, su Luis dormiría en el cementerio de Conca, dejándola en la viudez y en la miseria, y que, dos años después, su nueva casa estaría humedecida con la sangre de su hijita María, seguramente hubiera caído de rodillas en su finca de Corinaldo y hubiera hecho pacto con ella de no abandonarla de por vida.

No. Cualquiera otra casa ya no podrá parecerle la suya. Luis, al ver el silencio de Asunta, fue descorriendo el velo.

— Soy joven y fuerte, Asunta, y el trabajo no me espanta. Lo que necesito es más tierra, campos más extensos, a los cuales no llegue la neblina de los Apeninos. Y los encontraremos, Asunta. Me los han ofrecido ya. Son del señor Scelsi, en Paliano, cerca de la zona de los Castillos Romanos.

La joven madre no podía ya hacerse ilusiones; era preciso abandonar Corinaldo. Luis se esforzaba en suavizar la herida que estaba seguro había abierto en el corazón de su esposa.

— Créeme que lo siento, Asunta.

Aquella mujer fuerte, en una lucha interior sobrehumana venció su propio corazón, y contestó:

— Luis, yo te seguiré gustosa a donde quiera que tú vayas.

Y lo dijo sin temblarle la voz, sin dejar que se asomasen a sus ojos las lágrimas que le subían de lo más hondo del alma. El sacrificio estaba consumado. Un perfume de cristiana resignación se elevó hacia el cielo. Aquel hombre se sintió aliviado profundamente en su pena:

— Gracias, Asunta, lo esperaba de ti... Debes comprenderlo; no es por nosotros, sino por nuestros cuatro hijos...

— Por nuestros cinco hijos, Luis, por nuestros cinco hijos —exclamó entonces Asunta recostando confiadamente su cabeza en el hombro de su esposo y recalcando las palabras.

Mientras tanto, lo miraba a los ojos para ver el efecto que tal anuncio le causaba, y a la luz de la luna, lo vio sonreír, mientras la alentaba diciendo:

— Y por los que vengan...

Como se ve, en casa de los Goretti se recibían con amor cuantos hijos Dios quería confiarles.

Aquella noche su sueño fue sosegado como nunca, pues los dos habían aliviado sus almas del peso de tan importantes secretos. Al día siguiente, Asunta comunicó la noticia a los pequeños. Siempre las madres se reservan los pasos más dolorosos de la vida.

— Pronto nos iremos de aquí...

— ¡Oh, qué bien! —contestó Angel, que ya entonces sentía aquella ansia de correr mundo, que más tarde lo llevaría a América.

María, antes de contestar, miró a su madre. Vio que tenía los ojos enrojecidos de llorar a solas, y que, sin embargo, pretendía ocultar su pena con el velo de una sonrisa heroica. Pero este velo... era demasiado transparente para la mirada profunda de María.

— ¿No te gusta a ti, María? —le preguntó la madre para ahorrarle el trabajo de meditar asunto tan desagradable.

—¿Por qué no?— sonrió dulcemente la pequeña. Si papá y mamá lo quieren, también me gusta a mí.

Aquello será más grande que esto —añadió Asunta.

— Angel y yo ya somos mayores ahora y podremos ayudar a nuestro padre en el campo. Ya verás, mamá, como todo irá bien.

María, a pesar de su corta edad, acababa de hacer una demostración de flexibilidad espiritual extraordinaria, como sólo puede alcanzarse en la escuela del sacrificio y la pobreza...

II

En busca del pan

El domingo siguiente fueron a despedirse de Corinaldo.

María, que ha de ser la heroína de esta historia, rezó por última vez delante de la imagen de nuestra Señora que preside el altar de la humilde capillita, en la cual había rezado sus oraciones primeras al lado de su madre.

Luego fue a dar su adiós, que sería el último, a la Dolorosa de la iglesia parroquial.

¡Cuántos y cuán halagüeños recuerdos conservaba esta iglesia para María! En su baptisterio había sido bautizada veinticuatro horas después de nacer. En ella había sido confirmada junto con Angel, el 4 de octubre de 1896, por las manos del obispo de Senigallia, Monseñor Giulio Boschi, más tarde cardenal arzobispo de Ferrara. En aquellos bancos se había sentado unos días antes de recibir este sacramento, para aprender de labios del párroco los indispensables conocimientos de catecismo, que luego redondearía en casa la señora Asunta. A uno de aquellos confesionarios se había acercado la inocente virgencita a los seis años escasos, para hacer sonreír a los ángeles y al

confesor al acusarse de unas faltas sólo perceptibles a su purísima mirada.

Se despidió de sus compañeras de catecismo que con ella perdían un ángel de la guarda, un modelo de piedad y aplicación; de la señora Albina Rossi, que le había regalado un vestido para tan solemne función religiosa; y fue a dar las gracias al señor Landei, que le había hecho unos zapatitos para tal ocasión.

Cuando volvieron a casa, aquella noche María sintió necesidad de contemplar el cielo, antes de echarse sobre su colchón de hojarasca, y se puso a mirarlo desde la ventana de su cuarto. Su alma sentía algo que hasta entonces no había experimentado. Era una sensación indefinida, que se parecía mucho a la tristeza. ¿Era, quizás, la pena de dejar la casita en que había nacido? ¿O el dolor por la amargura que experimentaban sus padres? ¿Era añoranza del Cielo?... Tal vez un poco de cada cosa. Lo cierto es que la vista del cielo calmaba sus ansias y su angustia.

Su madre la sorprende en su meditación:

— A descansar, María. Mañana debemos levantarnos muy temprano.

— Sí, mamá. Pero no sé lo que me pasa. Tengo necesidad de mirar el cielo.

Y en sus ojos brillaron dos lágrimas a la luz de la luna de aquella plácida noche de otoño.

Por cierto, para ellos iba a empezar un otoño color ceniza, con sus tormentosos aguaceros y sus hojas pálidas y secas, que el viento agitaría por los caminos de su vida de pobres trabajadores.

— Mariettina, Dios nos ayudará —la animó la madre interpretando mal su llanto.

— Si no lloro por eso, madre... Sí, el Señor es muy bueno y no nos dejará. Además, yo trabajaré mucho, y nunca te daré ningún disgusto... Todo

saldrá bien...; pero, mama, el cielo... ¡qué bonito!

— Hija mía un día irás allá, no lo dudes. Cuando naciste, te consagré a la Virgen de los Dolores.

— ¡De los Dolores! —repitió dulcemente la futura mártir como paladeando la amargura del dolor sufrido por Jesús y su Madre, y su corazón se ofreció ya desde entonces como víctima de su amor.

— Ella te vio nacer —añadió Asunta.

— Y ella me verá morir, mamá.

Un momento después, la madre ponía fin a aquella escena encantadora:

— María..., vete a descansar.

— Sí, mamá —obedeció la niña

• • •

Amaneció aquel día de octubre de 1897, señalado para la partida, y una pequeña caravana salía de la casa de los Goretti. Delante, iba Luis abriendo camino, con la frente alta, confiado en Dios y en sus treinta y ocho años, vigorosos aún.

Daba la mano al pequeño Mariano, y el apretón de aquella manecita tierna y débil era para él un contacto maravilloso que le infundía energía y decisión ante su incierto destino.

Detrás de ellos iban Angel y María, animado aquél, disimulando ésta su emoción profunda. Cerraba la comitiva Asunta con su hijito Alejandro en brazos, mientras sentía latir otro corazoncito junto al suyo. Y así llegaron al pueblo de Corinaldo.

Subieron al carro que desde allí debía trasladarlos a la estación de ferrocarril de Senigallia.

Nunca les había parecido Corinaldo tan bello como ahora que debían abandonarlo. ¡Qué majestuosas y soberbias sus murallas del siglo XV! ¡Qué esbelta su iglesia colegiata! ¡Qué lozanía en sus campos y huertas! ¡Qué religiosa y sencilla su gente!

Pero el carretero iba acuciando el animal, y el vehículo, traqueteando en el desparejo y vetusto camino, se iba alejando entre nubes de polvo y remolinos de hojas secas.

En el carro traían todo su haber: un colchón doblado, un bolso lleno de ropa, una cunita y el cuadro de la Virgen de los Dolores de la que era devota Asunta. Ella sabía por qué, y no es difícil adivinarlo.

María no traía más que el vestidito que llevaba puesto, con mangas hasta los puños y faldas hasta los tobillos; en la cabeza un pañuelo atado por debajo del mentón, al estilo de las muchachas campesinas.

Al llegar a Senigallia tomaron el tren. Asunta nada dijo, pero Senigallia era su patria, y, al alejarse de la bella ciudad adriática, rompía el último lazo que unía su vida al pasado. Al ver a lo lejos el cementerio, rezó un padrenuestro por sus padres que allí dormían el sueño de la muerte.

Pronto apareció ante la admirada vista de los pequeños el mar, con el incomparable espectáculo de las danzas fantásticas de sus olas vestidas de azul y ceñidas con diademas de perlas de espuma, en un escenario de la más variada de las monotonías y con el imperturbable ritmo de su inmovilidad perenne.

— ¡Qué belleza! —comentó María, mientras pensaba en el poder del Creador.

— Mira, mamá —observó Angel señalando el cielo—. ¡Cuántos pájaros!... Parecen una nube.

— Sí, hijo; son las golondrinas... que dejan su

nido... y se alejan en busca de un clima mejor... en que poder vivir.

— ¿Como nosotros, verdad? —preguntó el muchacho sin darse cuenta de todo el alcance de su pregunta.

— Sí, como nosotros —contestó la joven madre, sorbiendo una lágrima.

— ¿Y quién los guía, mamá?

— Dios, hijo mío.

Entonces María, reclinando su rubía cabecita sobre el corazón maternal, murmuró con toda la suavidad de su alma:

—Como a nosotros...

— Sí, también a nosotros él nos guía —confirmó Asunta.

Una brusca frenada del tren les advirtió que habían llegado a Ancona. Y enseguida continuó el largo viaje que Luis procuraría amenizar con sus explicaciones. Como había sido soldado, conocía bien todo aquello...

Allí, en aquella alta montaña que se esfuma en el horizonte, encima del mar, hay un antiguo convento de camaldulenses cerca de Numana. Aquellas cúpulas de la derecha son el santuario de Loreto en que se guarda la santa casa de Nazaret, transportada allí por manos de ángeles. Después siguen las playas, obras de magia, de Porto San Giorgio, Grottamare y San Benedetto, y así hasta Pescara en que el tren se interna definitivamente en busca de Roma a través de Tívoli con sus gigantescas cascadas, y de los lujuriantes jardines de la Villa de Este.

A las doce del día siguiente llegaron a Roma. Mientras bajaba del tren esta familia, a todas luces pobre y humilde, sólo inspiraba a su paso compasión en unos, y desdén en otros. La niña con su gatito par-

do del que no se había desprendido en todo el viaje, parecía algo completamente lastimoso.

— Mamá, ¿qué es aquella cúpula tan grande?— interrogó el inquieto Angel, al divisar el panorama de la Ciudad Eterna.

— Es el Vaticano, hijo mío— contestó Asunta, que lo conocía bien, pues había estado en Roma con su Luis en el viaje de bodas.

Y añadió:

— Allí vive el Papa, que es el representante de Jesucristo en la tierra. En aquella iglesia se "hacen" los santos.

No podía entonces suponer Asunta que también ella viviría allí en 1947 y 1950 y que, delante de aquella iglesia "tan grande" se "haría santa" a su hija. No se la canonizaría dentro, porque aquella iglesia, a pesar de su enorme tamaño, hubiera resultado pequeña para contener a los trescientos mil devotos de la mártir, que quisieron asistir a su glorificación definitiva.

— ¿Qué son estas ruinas? —Estaban pasando por delante de las Termas de Diocleciano. La madre calló, pues no estaba fuerte en cosas de historia, pero Luis acudió en su auxilio:

— Aquí tenían sus baños los romanos. Esta iglesia, que está metida dentro, es Nuestra Señora de los Angeles.

En ella unos años más adelante, había de estar expuesto, en rica urna de plata, el cuerpo virginal de Mariettina, a la que acudirían a venerar, en menos de una semana, más de un millón de personas.

Comieron de lo que traían, y se dispusieron a proseguir el viaje en el carro del senador Scelsi, en cuyas tierras iban a trabajar.

Muchas cosas dejaban por ver en Roma, pero tenían prisa por encontrarse en Paliano, para conocer

cuanto antes sus nuevos campos y no perder un solo jornal, pues todos eran necesarios.

Llegaron al final de su largo camino de dos días. En la finca de Colle Gianturco no encontraron más que las paredes y el techo. Todo lo demás fue preciso improvisarlo.

Luis se entrevistó con el administrador del senador Scelsi. Se discutieron y resolvieron las condiciones de la aparcería, pero Luis se sintió defraudado porque no era lo que le habían asegurado. Las cláusulas eran duras, casi imposibles. Pero en el punto en que estaban las cosas, a Luis sólo le restaba un camino: aceptar. Y, sabiendo que mojaba su pluma en sangre, firmó el contrato, y regresó a la granja. Sus preocupaciones le impidieron fijarse en la exuberancia de aquellas tierras privilegiadas, limítrofes de la región de los Castillos Romanos.

Cuando llegó a casa, Asunta le preguntó por el éxito de su gestión:

— ¿Cómo ha ido?

— Bien.

Aquel "bien", tan seco, dio a conocer a las claras a la esposa que el drama de la vida continuaba, sin perder sus ribetes de tragedia.

Todos se dieron a trabajar con verdadero ardor, casi con ilusión. La esposa y los hijos veían cómo los campos se poblaban de ricas mieses y de abundantes cosechas, y sonreían dichosos mirando hacia el porvenir, porque ignoraban que casi todo aquello, el día de la recolección, había de ser para el amo.

La jornada de trabajo de Luis se alargaba hasta doce y catorce horas. Era preciso aumentar la cosecha a fin de que la parte que les quedase fuera mayor, y para ello no le dolía ir enterrando un pedazo de su vida en cada azadonazo, ni regar con sudor ensangren-

tado, los surcos de tomates, arvejas y porotos. Viéndose impotente para mejorar la situación de los suyos, aceptó la propuesta de formar compañía, bajo un solo contrato, con otro aparcero, llamado Juan Serenelli, que vivía con dos de sus hijos, Gaspar y Alejandro, muchachos de 19 y 14 años respectivamente.

Pero en vano. Sus hijos continuaban descalzos; el agua seguía entrando por las goteras en los días de lluvia; el viento se colaba por las desvencijadas ventanas sin cristal; los colchones continuaban siendo de paja o de chala; faltaba la menestra; el pan escaseaba; y Asunta, la amada esposa, a quien él había soñado hacer feliz, sufría una dura vida de trabajo y privaciones, que soportaba sin queja alguna, aun cuando sus hijos le pedían carne o pescado, que ella no podía darles porque ya no le fiaban los vendedores.

Sin embargo, sonreía siempre porque las madres no se creen con el derecho de llorar, si con ello han de entristecer a los suyos.

Luis, vencido por aquella dura vida, se explayaba con su mujer.

— Asunta, la única ilusión de mi vida había sido hacerte feliz y... ya lo ves... No puedo. Trabajo, sufro, me consumo: pero cada día la felicidad se aleja más de nosotros.

Asunta intentaba consolarlo, y a veces lo conseguía.

— ¡Qué tontos son los hombres, Luis!... Creen que para hacernos felices tienen que darnos dinero y comodidades... A las mujeres, para ser dichosas, nos basta el amor.

Y eso, ciertamente, no le ha faltado nunca a Asunta.

Llegó la cosecha. Pagados los acreedores, y separada la parte que le tocaba al amo, no le quedaron a

Luis más que unos brazos rendidos de tanto trabajar, unas canas más en sus sienes, un corazón desilusionado y el fatídico retintín de las voces de sus hijos que le pedían pan.

Es un mediodía de fines de septiembre. Luis, inmóvil como una estatua de bronce, contempla desde el umbral de su granja cómo se alejan varios carros cargados de uvas. El traqueteo de los vehículos por los baches del camino se le antoja una mofa sarcástica. Asunta se le acerca:

— Luis, ¿qué te pasa?

— Se llevan la parte del amo... Se llevan nuestros sudores de todo un año. Se llevan nuestras esperanzas.

— Es suyo, Luis. Tratos son tratos.

— Lo sé, no me quejo de ello, pero créeme que esto es desolador.

— Dios proveerá.

— Sólo en él confío.

Y seguían con los ojos inmóviles en los carros cargados de valiosa mercadería. Por eso no se dieron cuenta de que por una ventana miraba también María, mordiéndose los labios para no estallar en llanto, mientras en su corazón murmuraba una plegaria:

— Señor, te ruego por todos los pobres del mundo...

Llegó la hora de la comida. María servía la mesa y colocó sobre ella una olla humeante con una sopa de ajo, cebolla y tomate que devolvería las fuerzas y el buen humor a todos. Pronto se llenaron seis platos que despedían un olorcillo que ciertamente suplía con ventaja al mejor de los aperitivos. Pero antes había que rezar, y Luis empezó con voz grave, velada por la emoción:

— Padre nuestro... hágase tu voluntad...

Al ir a contestar: "el pan nuestro de cada día", María sintió que un sollozo le subía a la garganta, y, simulando un descuido, se fue a su cuarto y echóse a llorar a solas.

— Señor, que nunca falte a mis padres el pan y la resignación.

Al poco rato la llamó la madre:

— ¿Qué haces?, María. ¿Por qué no vienes a comer? Se está enfriando la sopa.

— Voy.

Y entró en la cocina-comedor forzando una cara tranquila y un ademán de naturalidad.

Entre tanto su hermano Angel había terminado ya su plato y pedía más:

— María, quiero más sopa.

La niña inclinó la olla. Estaba vacía...

Dudó un instante, pero enseguida, sobreponiéndose tomó su propio plato y se lo alargó graciosamente:

— Toma, para ti.

— No, María— la interpeló su padre. Trabajas mucho y debes alimentarte.

— Papá, es que hoy... no sé. La sopa no me apetece... Ya comeré de lo demás.

Y luego, sonriendo, añadió ingeniosamente:

— Además, papá, ninguna cocinera se ha muerto nunca de hambre.

Luego trajo María unas rebanadas de pan untadas con tomate, aceite y vinagre y espolvoreadas de sal. Aquel día no había huevos, pues los habían tenido que vender para pagar al almacenero. Se sentó María a la mesa y la llenó con su gracia y simpatía. Tan tímida fuera de casa, lo era todo en ella. Se esforzaba en ser la alegría de todos, y a veces lo conseguía.

— Esta María es un ángel —le confiaba en voz baja Asunta a su esposo.

Luis asentía con la cabeza, mientras llevaba a sus labios un vaso de vino de sus viñas, y se veía más sereno y confiado ante el amor que todos se profesaban, y se levantaba de la mesa hecho un hombre nuevo, con renovados ánimos para trabajar por aquellos angelitos, regalo espléndido del Señor.

Rezaron la acción de gracias: "Señor, gracias te damos por el alimento que hemos recibido de tu mano; has que nos sirva para cumplir tu santa voluntad. Amén".

Y Luis añadía: Te rogamos también, Señor Dios nuestro, que no falte nunca el pan en el hogar de los pobres de este mundo.

• • •

Un desgraciado incidente precipitó la marcha de los acontecimientos. Dejamos la palabra a Alejandro Serenelli, que vivió aquellos dolorosos días.

"Mi padre Juan Serenelli y mi hermano Gaspar se presentaron a principios de 1899 al senador, pidiéndole nos entregase la acostumbrada porción de maíz para hacer la polenta. Scelsi los recibió con cara ceñuda y les indicó que pasasen a su despacho. Cuando entraron en él se encontraron allí con el administrador del senador, y todo hacía prever una fuerte tormenta. Scelsi, sin disimular su enojo, empezó a hablar nerviosamente:

"— Me acabo de enterar por mi administrador,

aquí presente, que ustedes están dispuestos a quebrantar los pactos del contrato de aparcería.

"— Mi padre, no comprendiendo aún a dónde iba el amo, le contestó modestamente:

"— Tal vez no sean exactas estas informaciones, señor.

"— Son exactísimas. Me consta por el mismo administrador del conde Mazzoleni que están en tratos con él, para trasladarse a Le Ferriere de Conca.

"Mi padre contestó con lealtad:

"— Eso es verdad, pero no que tenga ello nada que ver con nuestro contrato.

"— Sí que tiene que ver, pues nuestro contrato es para un número determinado de años.

— "Sí, señor, pero deja la libertad de acortar o prolongar el plazo, poniéndonos de común acuerdo con un mes de anterioridad.

"— Pero este acuerdo no existe por parte mía. Nunca me han hablado de su planeado cambio.

"— No podíamos hablar del mismo porque nada había en concreto, ya que ni siquiera sabíamos todavía si el conde nos aceptaría en sus propiedadees.

"Scelsi dio un nuevo giro a la conversación. Aquel labrador no era del todo tonto.

"— Y ¿sería posible saber por qué quieren abandonar mis tierras?

"Gaspar miró ansiosamente a mi padre, temiendo que hablase con la sinceridad que acostumbraba, pero mi padre no quería excitar a la fiera.

"—Porque son pequeñas para nuestras necesidades.

"— Son suficientes para dar trabajo a los cuatro hombres con que cuentan.

"Entonces mi padre creyó llegado el momento oportuno para decirle la verdad:

"— Sí, son suficientes para dar trabajo a cuatro hombres, pero no para darles de comer a ellos y a sus familias.

"Scelsi miró pensativo unos instantes al labrador y prosiguió con menos humos:

"— No creo que los pactos sean duros. Cualquier trabajador los aceptaría de buena gana.

"— Si ello es cierto —repuso mi padre—, no tiene usted que preocuparse mucho por nuestra partida, pues le será fácil encontrar quien nos sustituya.

"Scelsi asimiló el golpe, intimando autoritariamente:

"— Dígame si todavía hay alguna fórmula de arreglo.

"— Doblar la parte de la cosecha que nos toca.

"Pareció como si una víbora hubiese picado al senador, el cual, furioso, los echó de su presencia.

"— Está bien. No es preciso esperar a octubre para marcharse. Por mi parte ahora mismo cesa el contrato; de modo que me considero dispensado de darles el maíz que me piden. Esta tarde pasarán mis hombres por la granja a recoger los animales y los aperos.

"Mi padre y mi hermano quedaron consternados.

"— Señor, no tenemos nada para comer, necesitamos el maíz que le pedimos, para vivir. Además es la parte que nos toca según el contrato.

"— No hay contrato que valga. Hemos acabado de romperlo. Les ruego que se vayan a casa cuanto antes a notificar a los Goretti de mi decisión.

"Y, sin dar lugar a nuevas protestas, el senador se retiró del despacho. El administrador se encogió de hombros excusándose:

"— Yo nada puedo hacer en este particular; soy

sólo un administrador. Sin embargo, para que vean mi buena voluntad con ustedes, les entregaré parte del maíz que a mí me toca. —Y así lo hizo...

"Mi padre y mi hermano regresaron a casa con el ánimo aplastado, sobre todo Gaspar, quien empezó a ponerse especialmente nervioso.

"Como había sufrido, cuando pequeño, ataques épilepticos con trastornos mentales, mi padre se esforzó en calmarlo, temiendo una fatal reincidencia.

"— No te preocupes, Gaspar. Todo está en adelantar unos meses nuestra partida.

"Llegaron a la casita de los Goretti, y Asunta, sólo con verlos, adivinó que traían malas noticias.

"— Así es, Asunta —exclamó mi padre—. El senador da por terminado nuestro contrato.

"— Pero si estamos en enero... y el contrato con el conde no empezaría hasta octubre.

"Subieron la estrecha escalera de la casa, llegando a la cocina, que hacía de comedor, como en todas las antiguas granjas de la región. Allí estaba Luis, al que en pocas palabras contaron lo sucedido. No quedaba más remedio que escribir al conde, pidiéndole que adelantase el contrato al mes de febrero. Entre tanto fue preciso vender algunas cositas menos necesarias, para poder marchar de Paliano sin dejar deudas.

"Por la tarde de aquel día, llegaron unos aparceros del senador, los cuales se llevaron todos los animales. Mi hermano que cuidaba de los mismos, se sintió fuertemente impresionado y, a pesar de sus 19 años, lloraba como un niño. María, al ver cómo les quitaban las vaquitas, sintió igualmente mucha pena, pues consideraba que en adelante faltaría la leche para sus hermanitos. Así se lo dijo a su madre, la cual la animó con la esperanza de trasladarse pronto a Le Ferriere.

[redacted]

"Se tranquilizó María, pero no Gaspar, que empezó a reconcentrarse y a tomar un aspecto de ansiedad y desesperación que alarmó justamente a todos.

"Mi padre le decía:

"— Gaspar, no te preocupes, eres joven, y pronto te acostumbrarás a las nuevas tierras... El conde Mazzoleni es muy bueno y nos dará muchos animales. Animo. No pienses más en ello.

"Pero el muchacho no era ya dueño de sí mismo. Andaba el día entero por todas las casas buscando inútilmente los animales. Preguntaba a todos por ellos. Quería ir a Paliano a buscarlos. Y a veces, en la soledad, resonaban por la noche sus trágicos gritos:

"— ¡Me han robado las vacas! ¡Ladrones, ladrones! Mis bueyes ¿dónde están?

"María y sus hermanitos sentían verdadero pánico al encontrarse con el muchacho o al oír sus ayes lastimeros. No hubo más remedio que dar aviso a las autoridades de Paliano, las cuales consiguieron que el pobre Gaspar, perdida ya la razón, entrase en el manicomio de Roma, en el que murió algunos años después, víctima de la incomprensión de un amo codicioso.

"El conde Mazzoleni aceptó la propuesta de mi padre y de Luis Goretti, por lo que emprendimos en el mes de febrero el camino hacia el Agro Romano, o, como entonces se llamaba, el Pantano o las Lagunas Pontinas".

• • •

No iban al nuevo destino precisamente con gran ilusión. Desde Paliano sabían exactamente lo que eran

aquellos terrenos pantanosos en que reinaba la malaria. Pero el hambre acuciaba y ya se sabe qué mala consejera es, sobre todo cuando se trata del hambre de los hijos. Y Luis tenía cinco boquitas que le pedían alimento, pues a sus cuatro hijos se había añadido Ersilia, nacida el 23 de febrero del año anterior, 1898.

Por eso no dudó en ir a encerrarse en una casita perdida en aquellos trescientos cincuenta kilómetros cuadrados de terreno pantanoso, habitado por unos pocos pastores y labradores desesperados, a merced de las fiebres, de las bandas de ladrones, de las manadas de lobos y de las bandadas de cuervos y gavilanes.

Fueron a pie hasta Paliano. Cada uno cargaba con el bulto que su edad y sus fuerzas consentían. María llevaba en sus brazos a Ersilia. Asunta, envuelta en su viejo mantón, andaba encorvada y con fatiga. Luis aparentaba más optimista que nunca. Quizás esta vez su optimismo no era del todo fingido.

— Animo, Asunta... Empezaremos de nuevo. Nada falta cuando hay salud y voluntad para trabajar, cuando hay paz en la familia y no falta la gracia de Dios. Todavía somos jóvenes. Pronto los hijos nos ayudarán y todo cambiará en nuestra vida, menos nuestra fe y nuestro amor, que de esto estamos bien provistos... Así es la vida. Hay que ir siempre adelante. Cuando se muere el caballo, se va en burro, y, cuando se muere el burro, se va a pie, pero... se va...

— Tienes razón, Luis —confirmó Asunta—, nunca faltará el Señor a estos inocentes.

La pequeña caravana iba haciendo su camino, sin dejar huellas en el duro sendero sus pies descalzos. ¡Tan profundas como había de marcarlas en la historia de la Iglesia y en la hagiografía cristiana el apellido de los Goretti!

En Paliano, subieron al carro del senador, en el

que se trasladaron a Roma. Aquí tomaron el tren hasta Cechina, en donde los esperaba una carreta de bueyes del conde Mazzoleni.

Recorrieron caminos inverosímiles que desaparecían en medio de charcos y se esfumaban entre matorrales.

En aquella llanura inmensa no se divisaba sino algunas míseras casuchas y chozas aisladas. Los nuevos colonos callaban, aunque no podían disimular la dolorosa impresión que aquellas tierras, al parecer malditas, causaban en su ánimo. Ir allá era enterrrase en vida. El carretero se esforzaba en levantar sus espíritus, hablándoles de la feracidad de aquella tierra y de la nobleza de alma del nuevo amo, el conde Atilio Mazzoleni. Sin embargo, los Goretti y los Serenelli seguían callados.

Los bueyes que arrastraban la carreta, caminaban lentamente atascándose a menudo en los barriales del camino. A quien ahora recorre esta floreciente campiña romana con sus anchas y bien asfaltadas carreteras, sus pueblos modernos y limpios, sus inmensos trigales, viñedos y huertas, sin encontrar un solo charco, se le hace difícil creer que *todo aquello* antes de 1931, era un pantano inmenso que habían intentado inútilmente desecar en la antigüedad algunos papas, especialmente el gran Pío VI. Se necesitaba para ello un temperamente emprendedor, decidido y con medios ilimitados, como fue Mussolini. Durante muchos meses el *Duce* visitó diariamente los gigantescos trabajos de desecación que se desarrollaban en aquella región mefítica, para convertirla en un paraíso agrícola.

En diciembre de 1932 se inauguró la nueva ciudad de Littoria con sus diez mil habitantes y sus quinientas casas sólidas, alegres y sanas, y, al año si-

guiente, la bella ciudad de Sabaudia se levantaba pintoresca junto al lago del mismo nombre.

Y así fueron surgiendo aldeas y villas, hasta contar un conjunto de setenta mil habitantes en lugar de aquel puñado de pastores y de labriegos suicidas. Italia contaba con la nueva provincia de Littoria, hoy llamada Latina.

En cuanto a Le Ferriere, llegaría a ser una bella localidad de casas modernas y bien alineadas, con sus pequeños pero prósperos comercios y alguna industria apreciable, mientras que en el tiempo en que llegaron a ella nuestros héroes —que éste es el nombre que más puede cuadrarles en esta aventura de colonizadores—, no constaba más que de unas pocas casas, vigiladas amorosamente por una rústica capillita dedicada a san Antonio.

Después de dos horas de viaje a través de charcos llenos de juncos y malas hierbas, los Goretti y los Serenelli llegaron a Le Ferriere. No podían menos de estar esperándolos las contadas familias que en adelante habían de compartir con ellos aquella soledad, particularmente los hermanos Mario, Domingo y Antonio, cada uno con su respectiva esposa. A la de Mario, Teresa Lungarini, vecina de la Granja Antigua, el porvenir le tenía reservado un papel importante en la tragedia de Le Ferriere.

Los Serenelli, Juan el padre, y Alejandro, joven ya de diecisiete años, habían de vivir en la misma casa de los Goretti, con cocina y comedor comunes. Esta circunstancia tan particular desagradó profundamente a Luis y Asunta, pues ni siquiera tendrían vivienda propia.

Por una escalera exterior se subía a la casa. La primera habitación que se encontraba al entrar era la cocina-comedor, con la cual se comunicaban las

demás habitaciones. La planta baja estaba destinada a establo, granero y para los aperos y herramientas de labranza.

Aunque todos los de Le Ferriere se esforzaron en hacer agradables a los recién llegados los primeros momentos de su estada entre ellos, no lo consiguieron tan fácilmente. La casa estaba tan desmantelada como la de Paliano, y no tenía nada más que una mesa en el comedor y un banquito junto al hogar.

Alejandro cuenta sus primeras impresiones:

"Asunta y María, ayudadas por las vecinas, prepararon rápidamente una cena de circunstancias, durante la cual no se habló de nada que pudiese enturbiar la alegría, pues, si los Goretti no tenían motivos para sentirse muy felices en su nuevo hogar, en cambio a mi padre y a mí se nos estaba abriendo el paraíso de par en par. Hasta entonces habíamos vivido los dos solos, y, además de la tristeza de nuestra soledad, soportábamos la carga de hacernos la comida y de preocuparnos por la ropa y por la limpieza de la casa, quehaceres algo antipáticos para los hombres. Ahora esto correría a cargo de Asunta y de María.

"Desde luego éstas lo habían comprendido apenas pusieron el pie en la casa. María sirvió la cena, y entonces, por primera vez, me fijé en la sencilla y casta belleza de aquella niña de nueve años, ya que raramente nos habíamos visto antes en Paliano. Su cara modesta y más bien blanca, adornada por una cabellera rubia, cobraba un encanto particular a la luz de los candiles de aceite y al resplandor de las llamas del hogar.

"Dios me había regalado una hermanita. Mi carácter retraído y adusto podría abrirse a la bondad y a la dulzura, con la convivencia de aquella niña, tan

amable y simpática. María en aquella cena, no se portó tan airosa como más tarde acostumbraría. Se sentía cortada y tímida, como siempre que trataba con extraños. Era muy inocente todavía y tenía su corazoncito demasiado tranquilo y sosegado para que adivinase en mí ningún peligro, ni entreviese ilusión alguna. Pero se sentía forastera y por el momento no veía en mí más que una persona desconocida, de la que también habría de ocuparse y con la cual tendría que tratar a diario. Más adelante me consideraría su hermano mayor, profesándome un afecto sincero y puro, estrictamente fraternal, del cual debía yo pretender abusar un mal día.

"Terminada la cena, rezamos el rosario. Nosotros nos juntamos sin chistar a esta práctica que ciertamente no habíamos tenido hasta entonces, pero a la que no íbamos a faltar en adelante, los más de los días.

"Después de improvisar unos colchones de paja, nos retiramos a descansar. Me señalaron por habitación la primera de la derecha de la puerta de entrada. La segunda y la tercera del mismo lado serían destinadas para depósitos.

"Mi padre ocupó la primera de la izquierda. Los esposos Goretti con la pequeña Ersilia, la segunda. La tercera, los hermanitos Angel y Mariano. María dormiría por entonces en la cocina. Era la cenicienta".

Un rumor de oraciones llenó la Granja Antigua, y luego el silencio más absoluto tendió su manto de sosiego y de paz. Afuera se oía el rumor de los pantanos: la brisa gemía tristemente a través de los cañaverales y los juncales, entre los cuales revoloteaban millones de insectos que llevaban en sus aguijones el veneno de la malaria.

III

La Granja Antigua de Le Ferriere

Este nombre no era una ficción, sino una desagradable realidad; si se quisiera precisar mejor, podríamos decir que el nombre de "antigua" era todavía una adulación, pues aquella casa no era propiamente antigua, sino vieja, destartalada, abierta a la lluvia y a los vientos. Su color rojizo acababa de afearla dándole un matiz grotesco y desusado.

Si la vivienda era vieja y fea, sus alrededores no eran más confortables. Desde el rellano superior de la escalera externa sólo se divisaba una laguna inmensa, de la que surgían, como islotes, unos palmos de terreno que más bien parecían cadáveres de campo, que flotaban sobre las aguas.

En cambio, a lo lejos, cómodamente arrellanados en las pendientes de los montes Lepini, se veían numerosos pueblos, ricos en vegetación y hermosura, el encanto de la zona de los Castillos Romanos y de las colinas cubiertas de olivos... Era una visión deslumbrante de riqueza y bienestar, hiriente sarcasmo para los desventurados habitantes de aquellas lagunas, gente de extrema pobreza, que apenas lograba sobrevivir.

Los moradores de aquella aldea minúscula, de una docena de casas mal contadas, eran gente ruda e ignorante por lo general, pastores de los Abruzos y campesinos trashumantes, que alquilaban sus brazos a algún patrón para alguna cosecha o para algunos años. Sin embargo, por lo común, eran religiosos. En aquellos tiempos el microbio del comunismo no había infectado aún a las clases menesterosas. Al menos entonces, en medio de su probreza, les quedaba el consuelo de la fe y la esperanza del paraíso. Por otra parte, en el aspecto humano no todo era oscuridad...; brillaba una estrella: la bondad del amo.

Efectivamente el conde se daba cuenta de que aquellos aparceros merecían el rango de colonizadores, y, por eso, quería que no les faltase nada, ni para la vida ni para el trabajo; ni aun para la muerte.

Refiere Alejandro:

"Nos prestaba animales, granos, semillas de todas clases, abonos, herramientas y cuanto terreno quisiéramos cultivar; procuraba que no nos quedásemos sin misa los domingos; nos proporcionaba las medicinas comunes que hacían falta y proporcionaba un ataúd para el caso de muerte.

"Apenas llegados a Le Ferriere, el amo nos hizo donación de siete quintales de trigo especial para la siembra. Los habitantes de la aldea, al vernos sembrar nos decían:

"— Más vale que lo den a las gallinas. No recogerán nada.

"Tal era el concepto que de aquellas tierras tenían sus mismos moradores. Sin embargo, ni mi padre ni los Goretti les hicieron caso. Creyeron al amo, el cual les aseguraba que aquellas tierras no tenían otro mal que su humedad, pues, por lo demás, eran feracísimas. No se equivocaba el buen conde, co-

mo puede comprobarlo hoy cualquiera que atraviese el Agro Romano en la dirección que mejor le plazca. Dichosamente pronto lo pudimos también comprobar los colonos de la Granja Antigua, pues en sólo ciento veinte días, aquellos siete quintales se convirtieron en setenta. Es decir, diez veces más. No estaba mal para empezar.

"Entre esperanzas y temores comenzamos una ruda vida de laboreo. La jornada duraba del alba a la puesta del sol, y, aún después, se pensaba en los animales y en el horno en que se cocía el pan, que previamente había que amasar, lo mismo que los macarrones, los *spaghetti* y los *quadrini*.

"Nos levantábamos con el sol. Luis, mi padre y yo nos marchábamos al campo. Asunta y Angel, cuidaban de la huerta cercana y de los animales mayores. Eso, al principio, porque cuando murió Luis, Asunta y Angel cargaron sobre los hombros los pesados azadones o empuñaron la esteva del arado. A María correspondía el cuidado de los hermanitos Mariano, Alejandro, Ersilia, y luego de Teresa; la limpieza de la casa, el trabajo de la cocina, el cosido de la ropa y la comida de las gallinas y de las palomas.

"Llegaba el domingo como un día verdaderamente fuera de lo común, que rompía la ruda y monótona actividad de la vida de campo durante la semana. Si mencionamos el domingo, no podemos menos que pensar en el descanso y en la santa misa. En Le Ferriere había una capilla, pero casi nunca se celebraba la eucaristía en ella. Por eso, con mucha frecuencia debíamos acudir a localidades bastante distantes; algunas, como Neptuno, a más de once kilómetros... En este último caso, hacíamos un recorrido de dos horas largas de ida y otras tantas de vuelta, a través de caminos tortuosos y embarrados,

bajo un sol abrasador en verano, con un clima glacial en invierno...

"Ninguna de estas inclemencias, salvo casos excepcionales, era suficiente para retraernos del cumplimiento dominical. Los Goretti lo hacían por su formación cristiana sólida y convencida. Nosotros, más bien llevados de la rutina de una religión poco sentida, pues no había tenido tiempo de infiltrarla en nuestros corazones nuestra buena madre, muerta prematuramente y de la que apenas guardo un vago recuerdo.

"Cuando la misa se oficiaba en un lugar cercano, nos dábamos el lujo de quedarnos en la cama un rato más de lo acostumbrado. De lo contrario, a las cinco de la mañana la casa estaba ya en movimiento, y unos minutos después la comitiva familiar se encaminaba hacia la iglesia. Ibamos todos descalzos con los zapatos colgados del hombro, porque se había de ahorrar, y también porque el camino era tan pantanoso, que hubiéramos llegado con el calzado hecho una lástima. Luis Goretti iba con mi padre. Yo solía ir adelante con Angel hablando tal vez de los lobos de la selva de Neptuno, cuyos aullidos decía él haber oído por la noche; de los gavilanes o de las águilas de las cimas de las montañas Lepini, a 1530 metros de altura.

"Un poco más atrás marchaban Asunta y María, llevando entre las dos, de la mano, a Mariano y a Alejandro. Muchas eran las fiestas en que los acompañaba su buena amiga Teresa Lungarini de Cimarelli."

Las conversaciones de las mujeres versaban con frecuencia sobre temas de catecismo, o de historia sagrada y de la vida de los santos. A veces Asunta preparaba a su hijita para la confesión, pues, si bien María no había hecho aún la primera comunión, sentía especial devoción en purificar su alma en el

sacramento de la penitencia. Hablando, hablando, se les hacía corto el camino.

Pronto unas oleadas de aire fresco salitroso les avisaban de que estaban llegando a Neptuno. El pantano ya se había convertido en viñedos y huertas; al lado del camino florecían los oleandros y los laureles, y los pájaros del bosque comunal enviaban sus mensajes matutinos.

A María le faltaban ojos para contemplar tantas bellezas, sobre todo, cuando, superado el último recodo del camino, aparecía, envuelto en regio manto azul, el majestuoso Tirreno que parece orgulloso de ver reflejadas en sus aguas la belleza y la gallardía de Neptuno, la ciudad de recreo de Nerón y de los emperadores romanos.

— ¡Qué hermoso! — exclamaba la niña con mirada extasiada.

Y Asunta tomaba del mar y de los pajaritos y de las flores argumentos para sus pláticas espirituales, y grababa en el alma de María la idea del poder y de la majestad de Dios y de su providencia, que viste las florecillas del borde del camino, y alimenta las aves que anidan en los frondosos árboles y en los aleros de los tejados.

Llegados a este punto del recorrido, se calzaban y después se dirigían a la iglesia. Unas veces era la parroquial; otras, la primera que encontraban en el camino: el santuario de Nuestra Señora de las Gracias.

Pero dejemos que nos hable ahora mamá Asunta, a propósito de su querida hija.

"La primera en entrar y la última en salir era siempre María. Se arrodillaba cerca del altar y se sumía en profunda oración.

"Mi vecina, Teresa Lungarini, la observaba porque su vista la enfervorizaba. Después declaró en el proceso de beatificación:

"— En la iglesia estaba muy devota y recogida; se veía que era verdaderamente una niña inclinada hacia las cosas del cielo por gracia especial de Dios. En cierta ocasión una señora que estaba a mi lado me preguntó en voz baja:

"— ¿Sabe usted de dónde es aquella niña tan devota?

"Con el corazón lleno de satisfacción, le contesté bajito:

"— Es mi hija.

"Y la buena mujer me miró con ojos de santa envidia.

"Conservaba siempre una postura ejemplar y muy recatados sus ojos. No había peligro de que volviese la cabeza atrás. Escuchaba la homilía con atención particular y luego hallaba placer en repetirla y recordar durante el día lo que más le había impresionado de ella. Terminada la misa, hacíamos las principales compras para la semana y, sin entretenernos, emprendíamos el regreso a casa, porque el camino era largo y convenía llegar cuanto antes.

"A la salida del pueblo, volvíamos a descalzarnos. Durante el camino la conversación se animaba. Los hombres se habían enterado de las últimas noticias. Las mujeres comentábamos el mercado y luego el sermón del sacerdote. En una de estas ocasiones conté a María la historia de la Virgen de las Gracias de Neptuno:

"En Inglaterra había un rey muy malo que se llamaba Enrique VIII, el cual perseguía, encarcelaba y mataba a los católicos.

[redacted]

"Un grupo de estos, viendo que no podían practicar libremente su religión, se dispusieron a abandonar aquel país, llevándose consigo una preciosa imagen de la Virgen con el Niño Jesús sentado en su rodilla derecha, mientras ella tiene en su mano izquierda una manzana. Subieron a un barco y se hicieron a la mar. La travesía fue larga y penosa, hasta que una mañana amanecieron, sin saber cómo, junto a una bella playa italiana. Se encontraban en una aldea de pescadores que se llamaba Neptuno.

"Interpretaron el hecho como una señal de que la Virgen quería ser honrada en ese lugar a través de la imagen que ellos traían, y, levantándole una improvisada capilla, la confiaron a la fe de los pobladores de Neptuno. La Virgen confirmó la interpretación de los piadosos ingleses, concediendo innumerables favores a aquellos buenos pescadores, que empezaron a llamarla Virgen de la Gracias".

La capilla fue sustituida por una modesta iglesia y, más tarde, por un hermoso templo que pronto iba a convertirse en una majestuosa basílica. Esta tendría el gran honor de conservar el cuerpo sagrado de aquella pobre niña de Le Ferriere, que se había sentado en uno de sus viejos bancos de encina.

Llegados a casa, se quitaban los vestidos de fiesta, y, preparada la comida, se sentaban a la mesa con más apetito que de costumbre, ya porque Asunta había preparado un sabroso plato de *pasta asciutta* bien condimentada, ya porque el largo camino y la brisa del mar habían despertado en sumo grado las ganas de comer. No escaseaban los espléndidos macarrones o los apetitosos *quadrini*, que tanto Asunta como María sabían preparar a conciencia.

Por la tarde, los hombres de Le Ferriere solían ir a los pueblos vecinos y aun a otros bastante lejanos, a

pesar de que por la mañana les había parecido demasiado largo el mismo camino para *ir a misa.*

Los Goretti no solían moverse de la granja y aprovechaban la tarde para apretar más los lazos de amor familiar, para educar a los hijos con sus consejos, reflexiones y enseñanzas; y, también, para entretenerse todos los hermanitos juntos en la era y en los pajares, donde jugaban a los caballos, montados en escobas viejas, con especial regocijo de la pequeña María. En cuanto a Alejandro, era de los pocos que se quedaban en los Pantanos.

Más o menos de esta manera vivieron hasta fines de abril de 1900. No les iba muy bien económicamente, pero como se ahorraba mucho y les fiaban bastante tanto el amo como los comerciantes, la pobreza se hacía tolerable, y de vez en cuando, podían permitirse algunas compras de cosas no tan necesarias y aun algunas pequeñas fiestas de familia.

La mayor de todas fue sin duda la que celebraron con ocasión del bautizo del último de sus hijos, Teresa, venida al mundo el 2 de febrero de 1900. Con ella la Granja Antigua contó con diez moradores: Luis y Asunta, Angel, María, Mariano, Alejandrito, Ersilia y Teresa Goretti y Juan y Alejandro Serenelli, aunque pronto iba a faltar uno, el más necesario de todos.

Cierto día de la primavera de 1900, Luis ayudaba a descargar de un carro varios ataúdes, que el conde Mazzoleni había comprado para los colonos que fueran muriendo, y por broma, o bien movido por un oculto presentimiento, exclamó:

— Uno de estos será para mí... Yo los estrenaré.

Lo cierto es que el día 27 de abril se sintió gravemente enfermo. Sin duda hacía tiempo que se encontraba mal, pero había mucho trabajo y era preciso

[redacted]

aguantar hasta más no poder. Y ese día, ya no pudo más.

Llegó el médico del conde Mazzoleni, examinó al enfermo, y, después de prescribir diversos remedios, se marchó taciturno.

— ¿Es grave? —le preguntó Asunta.

— No me gusta nada —dijo el doctor por toda repuesta.

María, que estaba esperando con gran ansiedad el resultado del examen médico, al oír estas palabras quedó tan consternada como su madre, pues su fino instinto adivinaba que el caso era desesperado; y desgraciadamente pronto pudo confirmarse en sus presentimientos.

Era preciso comprar las medicinas, para lo cual se necesitaba dinero que pidieron prestado a los Cimarelli, y después se debía ir a buscarlas a Neptuno, donde la Cruz Roja les daría gratuitamente las ordinarias y a poco precio las costosas.

La hora era avanzada y el camino largo, la pena honda y las fuerzas escasas, pero María, a quien se encomendó este urgente y delicado encargo, no se lo hizo decir dos veces. Se ató el pañuelo en la cabeza, se envolvió en un viejo mantón y, tomando la receta, bajó la escalera rápidamente.

Al llegar abajo, dudó un momento, pues nunca había ido sola a Neptuno. No por miedo a los lobos o a los ladrones, sino por temor a alguna insidia contra su pureza. ¿Qué hacer?... Era imposible llevarse a algún hermanito porque había que correr, y el mayor hacía falta en casa. No quedaba más remedio que partir, porque la noche ya acechaba, y su padre necesitaba la medicina con urgencia. Se santiguó, como siempre al salir de casa para algún recado, y se echó a correr, llorando y rezando a la Virgen.

Llegó a Neptuno, entró en la farmacia y entregó la receta. El farmacéutico la miró impasiblemente:

— ¿Para quién es esto?

— Para mi padre —respondió la niña jadeante.

— ¿Ya tienes dinero para pagar?

— No sé cuánto vale.

Le dijo el precio. María contó nerviosa el dinero que llevaba.

— Sí, señor; tengo bastante —constestó respirando.

— Siéntate, que estás cansada.

La niña esperó, sentada en una silla, a que las medicinas estuvieran listas. Pasaron unos minutos en los que no cesó de rezar con gran ansia por su padre, y luego el farmacéutico, que la encontró con el rosario en las manos, le entregó los remedios, diciéndole estas palabras que se clavaron como puñales en el alma de María:

— ¿Eres de Las Lagunas?

— Sí, señor.

— Hay mucha malaria, ¿verdad?

— Sí, señor.

— ¿De dónde sacáis el agua para beber?

— De una fuente.

— Conviene hervirla antes de beber, por el peligro de que os enferméis todos de tifus.

Antes de marcharse de la ciudad, al pasar por delante de la capilla de Nuestra Señora de las Gracias, se arrodilló, junto a la puerta por estar ya cerrada ésta, y suplicó a la Virgen ayuda en tan grave necesidad.

Después emprendió una veloz carrera hacia la casa, salvando los once kilómetros en poco más de una hora. Llegó extenuada:

— Mamá, las medicinas.

— ¿Has tenido bastante dinero?

— Aun ha sobrado, mamá.

Su padre se da cuenta de su acaloramiento y le pregunta:

— María, ¿por qué estás tan colorada?

Ella, después de una corta indecisión, contesta sonriendo:

— Tal vez será por el fuego de la cocina.

Los diez días que duró la enfermedad transcurrieron lentamente, pesadamente, como si fueran de plomo. Juan y Alejandro Serenelli, al saber que se trataba de un caso de tifus, fueron a pedir ayuda al conde Mazzoleni, el cual les entregó para el enfermo una botella de Marsala, ya que nada sólido podía tomar.

Cuando el médico creyó preparada a Asunta para recibir el rudo golpe, le declaró sin rodeos que era preciso administrar al enfermo los sacramentos, pues estaba atacado de cuatro enfermedades entonces prácticamente incurables: malaria en grado agudo, tifus, meningitis infecciosa y pulmonía purulenta; es decir, se hallaba con un cuadro de infección total.

¡Qué días tan angustiosos para María! Sin duda, con tan triste ocasión, llegó a aquel admirable desarrollo mental que le hacía parecer "una viejecita" por su juicio, capacidad de trabajo y conocimientos caseros, a pesar de no haber cumplido los nueve años y medio de edad. Se turnaba con la madre en los quehaceres domésticos y en la cabecera del amado enfermo. Pasaba la noche de claro en claro, apenas comía, no descansaba un momento, y en todo ello se esforzaba siempre por sonreír, sin una queja, sin una resistencia, sin demostrar la menor fatiga. Estaba dando unas muestras de insuperable espíritu de fortaleza, abnegación y paciencia.

Una tarde llegó el Señor, bajo los velos de la

sagrada hostia, a hacer su última visita a Luis: era el viático. El paciente lo vio llegar con alivio, pensando que le traía la liberación en sus manos divinas... Para él, sí, pero ¿y para los suyos?...

Estaban allí alrededor de su cama. Fijaban en él sus miradas húmedas de llanto mal contenido. En sus ojos leía Luis los tristes pensamientos, que atormentaban sus corazones. También su alma estaba atravesada por amargos presentimientos: ¿Cómo podrían vivir sin el padre? Se quedaban solos, conviviendo con los Serenelli. Serenelli padre podría ser un peligro para su amada Asunta. Alejandro, una amenaza para su angelical María. Y luego, dejaba seis hijos, el mayor de los cuales tenía sólo doce años no cumplidos, y la menor, Teresa, sólo contaba tres meses de vida.

— Señor, no los abandones —diría a su Dios al estrecharlo contra su pecho, cansado ya del camino de la vida.

Se volvió luego a sus hijos, en especial a María, y les dijo tiernamente:

— Hijos míos, me moy... Dios me llama. También un día me seguiréis, y volveremos a juntarnos en el paraíso. Vuestra madre va a sentirse muy sola. Amadla, obedecedla como a mí mismo...

María le estaba enjugando su copioso sudor con amor filial, y le animaba:

— Sí, papá... no sufras por eso; todos amaremos mucho a mamá. En el cielo ruega por nosotros.

Luis fijó sus ojos en Asunta, llamándola más hacia sí:

— Asunta, quiero que, después de mi muerte, os volváis a Corinaldo...

Pensaba en los Serenelli.

— Sé para mis hijos más madre que hasta ahora, si posible fuese... Y elllos no han de tener otro padre

más que a mí... Deja Le Ferriere cuanto antes puedas; vuélvete a Corinaldo —le repitió.

Y apretaba las manos de su esposa entre las suyas ya casi heladas, esperando con sus ojos una palabra de promesa.

— No te aflijas por esto, Luis... No habrá otro hombre en mi vida... Sí, apenas pueda volveré a Corinaldo.

Luis le agradeció las palabras con una sonrisa larga y cariñosa, y ya sólo pensó en prepararse bien para el instante último de su vida, que no tardó en llegar. En efecto las cuatro terribles enfermedades terminaron por doblegar a aquel hombre de fibra de acero.

Rodeaban el lecho todos los Goretti, Mario y Teresa Cimarelli, los dos Serenelli, mientras rezaban el rosario en voz baja.

Luis respiró más profundamente dos o tres veces, hizo un pequeño estremecimiento, e, inclinando la cabeza hacia un lado, expiró. Era el seis de mayo, en Italia mes de la Virgen, a quien suplicaba cincuenta veces cada día: "Ruega por nosotros... en la hora de nuestra muerte".

— Ha muerto —exclamó Mario, después de tomarle el pulso y auscultarle la respiración.

Eran las cuatro de la madrugada y ya el horizonte temblaba con las luces matinales, anunciando un hermoso día para el padre y una trágica jornada para los suyos.

Se colocó a Luis en el suelo sobre una blanca sábana, entre cuatro velas de llama rojiza. El cadáver, debido al tifus, amenazaba próxima descomposición.

Después, Asunta y María no quisieron apartarse del amado difunto, pasando junto a él aquellas inacabables horas de soledad y abandono, rezando devotamente por el muerto, y por los vivos que quedaban huérfanos.

María sentía un peso terrible en su espíritu. El querer contener el llanto aumentaba la pena que despedazaba su corazoncito incapaz de resistir tanta desventura.

Al día siguiente, al amanecer, una comitiva fúnebre atravesaba los Pantanos en dirección al cementerio de Conca. Una carreta de bueyes arrastraba con paso fúnebre una caja de muertos, la primera de las del conde Mazzoleni... Ni un ministro de Dios que salmodiase, ni unos cirios encendidos, ni una cruz que animase a llevar la suya a la viuda y a los huérfanos...

Cuando llegaron al cementerio de Conca, un sacerdote, venido de Neptuno, dio cristiana sepultura al cadáver. Nunca ha sido más verdadero el "descanse en paz" en labios de la Iglesia.

Asunta y María, desde el rellano de la escalera exterior, habían visto alejarse el fúnebre cortejo, acompañadas de Teresa Lungarini. Con el alma dolorida, le dieron el último adiós al que era la única esperanza humana de su vida.

Cuando el cortejo desapareció de su vista entraron en la casa. Asunta y Teresa empezaron a recoger las cosas del difunto, y luego, a preparar el desayuno. María reunió a sus hermanitos y rezó con ellos el rosario por el eterno descanso de su padre. Su alma quedaba herida para siempre. Por cierto vivirá serena y conformada, pero ya, hasta la muerte, su semblante bello y atractivo, tendrá siempre un celaje de seriedad y de preocupación, que hará exclamar a muchas personas: "¡Que niña tan seria y sentimental". Y todos decían que su hermosura era una belleza triste.

Efectivamente, la niña se había dado cuenta de lo profundo de la tragedia que la muerte de su padre había desencadenado sobre la familia. En casa, ya mandarían sólo los Serenelli, sin que a su madre le to-

case más remedio que obeceder y callar... y trabajar como un hombre. Si volvían a Corinaldo, ¿Cómo podrían ganarse allí la vida, si ya habían tenido que abandonar la finca, por imposible, en vida del padre?

María se propuso no llorar ya más, sino es a solas; afrontar la vida con toda su amargura, sin exhalar una sola queja; ayudar a su madre hasta caer extenuada, si fuera preciso. Todo muy extraordinario, pero inmensamente superior a las fuerzas de una niñita de nueve años. Demostraríamos mucha superficialidad si no reconociésemos en todo esto la obra de Dios. Se impone ver en el heroico comportamiento de María una manifestación evidente del don de fortaleza del cual el Espíritu Santo posee el secreto.

Iba a empezar para María una nueva vida, más dura, más trabajosa, que había de tener como digno remate el martirio. Adoremos los prodigios de la gracia en el alma de esta aldeanita de las Lagunas Pontinas, ignorada de los hombres, pero objeto del amor de predilección de todo un Dios. A él no le importa la geografía, ni la estadística. ¿Acaso no se fijó ya antes, al elegir a su Madre, en una humilde doncella de la más despreciada aldea de Palestina, de la cual nunca había salido cosa buena?

IV

La pequeña ama de casa

Hacía ya casi medio año que Luis había ido a recibir en el cielo el premio de su heroica paciencia en las desgracias de la vida; y en casa de los Goretti, si aún no faltaba el pan, sí escaseaba la alegría. Asunta se sentía impotente para llevar la familia adelante, y esto era un suplicio para su corazón maternal, aun cuando confiaba que, al llegar la cosecha, la cosa iría mejor. Se comía en silencio y no había humor para hablar.

Asunta, de repente, dejaba de comer, y fijaba sus ojos humedecidos en el sitio vacío que en vida había ocupado Luis en la mesa. María lo observaba y se apresuraba a distraerla:

— Mamá, esta tarde iremos las dos a cortar pasto para los conejos. Yo iré adelante y te espantaré las víboras. A mí no me dan miedo.

Y levantándose airosa, servía la comida ágilmente. Empezaba por su madre, seguía luego por los dos Serenelli (padre e hijo); en seguida, por sus hermanitos. Lo que quedaba, desde luego siempre lo peor, era para ella.

Terminada la comida, su madre, los hombres y, algunas veces Angel, volvían al campo. María levantaba la mesa, lavaba los platos y lo ponía todo en or-

den. Después se sentaba en la escalera o junto a la puerta del establo y, reuniendo a sus hermanitos, los instruía.

La muerte de su padre había dado un nuevo giro a su vida. A pesar de sus solos diez años, se dio cuenta de que a ella le tocaba hacer de padre y a veces de madre y, en ocasiones, de ambas cosas al mismo tiempo. Consolar a su madre, educar a sus hermanitos y corregirlos, defenderlos tal vez, velar por la economía de la casa y poner paz en las pequeñas disensiones domésticas. Los chicos veían en ella a su ángel tutelar. Cuando la madre debía castigarlos, se acogían a su amparo, lloriqueando...

Mientras remendaba la ropa, enseñaba a sus hermanitos Mariano, Alejandro y Ersilia, la doctrina cristiana, que ella había aprendido de labios de su madre. Después les hablaba de su papá.

— Hemos de rogar mucho por nuetro padre, para que el Señor lo tenga en su gloria. Las oraciones y las misas consiguen que las almas salgan antes del purgatorio. Si no podemos hacerle decir misas, las podemos oír y además podemos rezar muchos rosarios. ¿Rezamos ahora una parte?

— Sí, sí —constestaron todos los chicos, convencidos por las razones de su hermanita.

Después de la oración, venía el premio.

— Bueno, ahora a merendar. Y María les repartía leche y rebanadas de pan.

Mientras sus hermanitos merendaban, ella llevaba algún bocado frugal y un sorbo de vino a los que trabajaban en el campo. Llegaba sonriente y, mientras descubría la merienda oculta en la cesta, convidaba cariñosamente:

— Bueno, ya han trabajado bastante por ahora; a sentarse, pues, a la sombra y a comer.

Todos la obedecían y devoraban aquel pequeño refrigerio que les parecía muy sabroso por venir empapado de la dulzura de aquella chicuela que poseía el secreto de embellecerlo y dulcificarlo todo.

— Y ¿tú?, María —preguntaba la madre—, ¿por qué no comes?

— Lo haré mientras voy a Conca a comprar jabón, sal y aceite.

—Aún debemos pagar la última compra.

— ¡Bah!, no te apures, mamá. Ya me conocen y siempre me fían. Mucho más ahora que la cosecha está cerca —agregaba con inocente picardía.

Antes de llegar a Conca encontraba el cementerio, donde descansaba su padre, quien al marcharse para siempre, se había llevado tantas cosas... La niña, apenas divisaba el camposanto, sacaba su rosario y empezaba la segunda parte, la tercera la rezaría por la noche.

Llegaba al cementerio y subía las gradas que lo separaban del camino vecinal, y como había recogido algunas flores campestres, juntándolas en rústico ramillete, al llegar a la reja, las besaba y las arrojaba por entre los hierros, en dirección al sepulcro de su padre. Luego se arrodillaba en la gradita de la entrada y empezaba a llorar mientras terminaba el rosario. Allí podía llorar porque ni su madre ni sus hermanitos la veían, y no les causaba pena por ello. Pero no podía demorarse y se levantaba enseguida.

Si encontraba a cualquier persona conocida, la saludaba modestamente. Al ser preguntada, respondía con recato y con las menos palabras posibles, y seguía su camino sin entretenerse.

Llegada a Conca, se dirigía directamente al almacén. Era pequeña y no llegaba al mostrador. Se ponía de rodillas sobre el banco que estaba junto al

mismo y recogía las compras. La vendedora la miraba, complacida, y, al verla marchar saludando gentilmente, exclamaba para sus adentros y... para sus afueras:

— ¡Qué ángel de chiquita tiene Asunta!

Al regreso, volvía a detenerse unos minutos, arrodillada, a la puerta del cementerio. Parecía como si allí cobrase fuerzas para seguir sonriendo e ir soportando con paciencia su duro destino.

Ya de vuelta en Le Ferriere, preparaba la cena.

"Cierto día —declaró Alejandro—, no le salió lo suficientemente sabrosa para el paladar de mi padre, por lo que éste protestó con desconsideración:

"— Esto no se puede comer... Seguro que lo habrá hecho María... Hay que terminar de una vez con esto... que no haga más la comida.

"La pequeña estaba asustada por los gritos del viejo y no sabía hacia dónde mirar.

"Me apresuré a salir en su defensa:

"— Vamos, papá. No está tan mal la cena... Además, es necesario que vaya aprendiendo a cocinar. Asunta no puede con tanto trabajo. La niña es inteligente y pronto sabrá hacerlo bien.

"María me miró reconocida, y se afirmó más y más en su alma el afecto fraternal que por mí sentía".

Después de la cena y puestos en orden la cocina y el comedor, Asunta dio la señal de rezar el rosario. Desde la muerte de Luis añadían siempre un padrenuestro en sufragio de su alma. Una vez rezado, ella hablaba a sus hijos sobre temas interesantes, y, a veces, les contaba narraciones populares.

—Mamá —le pidió cierto día María—, ¿por qué no cantas *El Fratricida de Tesalia*?

Era una canción impregnada de suave melancolía que arrancaba lágrimas a la niña. Tal vez con esta ex-

cusa podía llorar un poquito por sus propias penas.

Al verla su madre llorar, interrumpió el canto, pero la niña le insistía:

— ¿Qué más, mamá?, ¿qué más? ¡Qué canción tan bonita!

Alejandro Serenelli que, como lo hacía algunas veces, se había quedado esa noche disimuladamente un poco apartado, para disfrutar de la edificante sobremesa, no podía entonces prever que en esa canción estaba escuchando su propia historia.

Terminado el canto, María pidió a su madre:

— Mamá, sigue contando la vida de santa Genoveva... Quedamos en el momento cuando se fue al bosque.

Y Asunta no se hacía rogar y aceptaba gustosa, porque aquella hijita se lo merecía todo.

"Llegó la hora de ir a acostarse —nos refería la madre—. Me Arrodillé y reuní a mi alrededor a todos mis hijos para rezar las oraciones de la noche. Angel y Mariano se disputaban el puesto. Hubo algunos empujones que terminaron en golpes francos. Por cuyo motivo los corregí severamente:

"— ¡Qué es esto de pegarse! ¡Quietos los dos!

"— Es éste... —se defendía Mariano.

"— Que no, que eres tú —protestaba Angel.

"— Bueno, basta; me mataréis a disgustos".

Estas palabras impusieron silencio y produjeron un armisticio entre los dos chicos, que se arrrodillaron a regañadientes, allí donde les sañaló María, mientras se cambiaban una mirada de resentimiento con que parecían decirse: esto no quedará así.

Finalizadas las oraciones, todos se acostaron. Pero María fue la última en hacerlo, pues antes acompañó a la madre a visitar a sus hermanitos, y, cuando todos dormían, retiró el candil de aceite, lo llevó a la

cocina y finalmente entregó su rendido cuerpo al descanso de la noche.

Amaneció el día siguiente, que podría ser un día importante en la historia de la familia, ya que después de entregar la parte de la cosecha al patrón, con lo que les quedaría confiaban poder mirar con tranquilidad el mañana.

Efectuada la entrega al administrador del conde Mazzoleni, Asunta y los hombres volvieron a la granja. María no se atrevió de pronto a preguntar el resultado, porque le bastaba mirar la expresión de abatimiento de su madre, para comprender que las cosas no habían ido como esperaban.

La comida empezó en silencio, pero poco después el viejo, aprovechando una pequeña disputa entre los chicos, desahogó su enojo gritando:

— Basta ya. Estoy cansado de tantos gritos. Aquí no se puede vivir en paz. Hay demasiadas bocas y demasiado pocos brazos.

Alejandro quiso intervenir conciliador:

— Papá, no olvides que nos hacen todo el trabajo de la cocina, de la ropa y de la casa... Asunta no hablaba porque habría estallado en llanto. Juan abusó de este silencio para imponerse, diciendo a la viuda:

— No piense que le vayamos a aumentar la parte, porque con la nuestra apenas podremos vivir nosotros dos.

Siguió una pausa que aprovechó María para cambiar de conversación:

— Alejandro, ahora que viene el invierno y las noches son largas, ¿me podrás enseñar a leer?

El muchacho, que deseaba tanto como María la paz en casa, le contestó:

— Aunque yo no sepa mucho, te enseñaré todo lo que sé.

Tampoco le pareció bien esto al viejo Serenelli:

— Otras cosas hay que hacer en invierno que enseñar a leer. Hay que fabricar escobas, sillas y rastrillos, y hay que empajar recipientes de vidrio.

María encontró una solución.

— Tu padre tiene razón, Alejandro... Es mejor que trabajemos en eso durante la semana, pero me podrías enseñar los domingos.

Terminada la comida, y habiéndose marchado los Serenelli, que habían hecho transparente su pesimismo sobre la cosecha, María preguntó a su madre con ansia:

— Ha ido mal, ¿verdad, mamá?

— Se han recogido trescientos quintales de trigo y noventa y seis de habas, pero, una vez entregada la parte del amo y pagado lo que nos había adelantado por la enfermedad de tu padre, hemos quedado adeudándole todavía quince liras. ¡Pobres de nosotros!

— ¡Bah!, mamá, no hay que tener miedo. Ahora ya somos muy grandes. Con que el Señor nos dé salud, todo irá bien... La Providencia nos ayudará.

¡Qué bien había aprendido la pequeña las lecciones de palabra y de obra de su difunto padre! Si ella en Paliano, a los siete años, ya se creía grande, ¿qué había de creer ahora que había cumplido los diez?

María anhelaba comunicar a su madre un asunto que tenía muy metido dentro del alma: recibir la primera comunión. Y aunque las circunstancias no eran muy propicias, su deseo era tan intenso que no podía demorar más tiempo en manifestárselo: le hablaría el domingo siguiente, al ir a misa.

Aquel domingo había misa en Campomorto, adonde no le gustaba mucho ir.

— Mamá, me fastidia ir a Campomorto.

— ¿Por qué, hijita?

— Es que... unos muchachos se ponen en la puerta de la iglesia y siempre me miran y me dicen cosas.

— ¿Tan malas son esas cosas?

— No, malas no. Pero me dan vergüenza... Pues me dicen que soy bonita, ¡si serán bobos! Yo, desde el primer día que me lo dijeron, no voy sin atarme el pañuelo de la cabeza por debajo de la pera. Así no ve ven la cara. ¡Qué les importa a ellos!...

— Mañana iremos juntas. Ya verás como no te dirán nada.

Al día siguiente salieron para la iglesia y, durante el camino, María manifestó a su madre su encendido deseo de comulgar.

— Mamá, ¿cuándo haré la primera comunión? Yo quiero recibir a Jesús.

— Corazón mío ¿cómo vas a comulgar sin saber la doctrina? No sabes leer, no tenemos dinero para el vestido, ni para los zapatos ni para el velo. Y no tenemos un minuto libre... ¡Hay siempre tanto trabajo en casa!

— Mamita, a este paso no voy a poder comulgar nunca. Y no quiero estar sin Jesús. ¡No puedo vivir sin él!

—Pero, hija, ¿qué remedio le queda a tu desgraciada madre?...

— Bueno, mamá, Dios proveerá, Alejandro me enseñará a leer.

— Hija mía, si has de esperar, para comulgar, hasta que sepas leer, ya tardarás años en hacerlo.

— Pues, entonces me apresuraré a hacer los tra-

bajos de casa, y cada día iré un rato a Conca. Allí está la señora Elvira que sabe leer y me enseñará la doctrina, y, además, también va allá el padre Paliani a preparar a los niños que han de comulgar. Cuando ellos vayan, yo también iré. ¿No te parece?, mamá.

— Bueno, bueno, pero, y ¿el vestido?

— ¡Oh, mamá! Aún queda tiempo. Ya verás cómo no me faltará. Dios me lo enviará. Seguramente recordaba la niña que Dios cubre a las flores con vestidos que Salomón envidiaría.

Convinieron que en adelante iría a Conca todos los días posibles, y María respiró satisfecha. Además, así podría con frecuencia visitar el cementerio donde descansaba su padre.

Llegaron a la iglesia y María oyó misa con particular devoción. Es de suponer qué santa envidia experimentaba su alma pura cuando veía a los fieles acercarse al altar para recibir el cuerpo de Cristo... Pero, también podemos pensar lo mucho que desearía Jesús visitar a su pequeña esposa...

La tarde de este domingo, María va a tener clase de lectura con Alejandro. Ahí están los dos frente a un viejo libro de caracteres muy gruesos.

— Esta es la *a* —comenzaba Alejandro—, esta es la *e*... Las vocales son cinco.

— Como las letras del nombre de María —comentaba la niña.

— ¿Qué sabes tú?, si no las conoces.

— Pero se ve que tiene cinco...

— Por cada letra que aprendas, voy a darte un caramelo.

— Me parece que no vas a tener bastantes...

Y así transcurría la lección durante algún tiempo. Esta nueva circunstancia fue tal vez el factor que más contribuyó a intensificar el sentimiento de confianza y

afecto fraternal que María experimentaba hacia Alejandro... Ella, a los diez años, inocente como el agua, desconocía en absoluto la malicia de la carne. En cambio, ¡cuántos torbellinos de pasiones se revolvían en el alma del muchacho, bien que, todavía, de un modo confuso e indefinido! Hay al respecto, en sus declaraciones, un dato muy significativo: su afición a lecturas malsanas por su violencia y su amoralidad.

Escuchemos sus propias palabras: "Me encantaban las narraciones de crímenes, de asesinatos, de suicidios, de escenas pasionales... La *crónica negra*, en una palabra, era para mí una lectura de extraordinario interés. Aquellas escenas violentas y pletóricas de emoción constrastaban con mi vida monótona y aburrida.

"A mi juventud exuberante le ilusionaban además aquellos retratos de artistas, cantantes y bailarinas... Ciertamente las figuras publicadas entonces eran inocentes comparadas con algunas que aparecen ahora, pero, con todo, no dejaban de ser perniciosas de acuerdo con la mentalidad de la época, mucho más para mí, tan alejado como estaba de 'esas bellezas', en aquellos parajes tristes y adustos".

Terminamos este capítulo con la maravillosa distribución que de cada jornada efectuaba habitualmente la admirable niña. Parecería una ficción, si no la refrendase con gran vehemencia su madre, cuyas palabras vamos a reproducir:

"Así pasaba el día Mariettina: se levantaba con la aurora, pues no teníamos reloj alguno, ni siquiera de sol. Si no había prisa, rezaba las oraciones de rodillas junto a la camita. Si la había, las rezaba

mientras se vestía y se lavaba, terminándolas conmigo en la cocina. Mientras yo ordeñaba las vacas, ella se dirigía a despertar a los hermanitos. Ayudaba a vestir y lavaba a las hermanitas, hacía rezar a todos las oraciones de rodillas, y luego se dedicaba a limpiar cuanto encontraba sucio y a ordenar todas las cosas. Después del desayuno, yo me iba al campo a trabajar con los hombres, mientras ella levantaba las camas, iba a buscar agua a la fuente con los baldes y cántaros realizando cuantos viajes fueran necesarios... Cuando iba a lavar la ropa, como debía pasar bastante rato, no quería estar sola, y llevaba consigo a alguno de sus hermanitos.

"Llegada la hora, iba a buscar la verdura a la huerta, preparaba la comida del mediodía y ponía la mesa, de modo que al volver del campo, lo encontrábamos todo a punto para comer.

"Después de la comida, lavaba la vajilla y, si por la mañana había quedado ropa para lavar, sin que nadie se lo dijera, se iba de nuevo al lavadero a continuar el trabajo. Luego tendía la ropa y, recogiendo la que estaba ya seca, la repasaba, la remendaba, pegaba los botones caídos, la planchaba y la guardaba en el armario.

"Atendía la limpieza de la casa: la barría, pasaba el trapo por los pocos muebles que teníamos y lo ponía todo en orden.

"Ciertos días, el trabajo aumentaba. Había que encender el horno y luego amasar y cocer el pan, hacer los macarrones, los espaguetis y los *quadrini*; en todo lo cual María se tomaba para sí la parte más pesada. Todo esto sin dejar un momento de velar por los hermanitos, en especial por Ersilia, que contaba cuatro años, y por Teresa, que solo tenía dos.

"Muchos días la mandaba a Conca para las

compras, porque las hacía pronto y bien. Todos nos admirábamos del poco tiempo que en ellas empleaba, a pesar de distar el negocio un cuarto de hora de Le Ferriere. Yo a veces la seguía desde el rellano de la escalera de la casa, y veía como se alejaba por el camino sin entretenerse nunca con nadie, ni pararse a jugar o descansar. Llevaba buen paso, y yo la llamaba: "el patito", por su modo de andar.

"Siempre preparaba la merienda y nos la traía al campo con no poca abnegación suya. De regreso a casa, preparaba la cena, al término de la cual, retiraba la vajilla de la mesa y la lavaba, y todavía iba a la fuente para buscar agua para el día siguiente. Después hacía arrodillar a los hermanitos para el rosario y las oraciones de la noche, y los llevaba a dormir. Luego terminaba de lavar los utensilios de cocina, procurando no hacer ruido y ponía todas las cosas en su lugar. Pero con esto no había terminado todavía su jornada de trabajo.

"Nos sentábamos junto al candil de aceite y remendábamos pantalones, camisas, chaquetas y todo lo demás, limpiando la ropa que se había de usar el día siguiente. Era éste el momento cuando en voz baja comentábamos las cosas acaecidas durante el día, contándome ella cuanto le había sucedido y cuanto habían hecho los hermanitos que pudiera interesarme para su bien.

"Después nos dirigíamos a la habitación de los niños para ver si estaban bien tapados y si ya dormían tranquilos. Y yo les daba un beso. Había llegado la hora de que María fuese a descansar. A pesar de que ya había rezado las oraciones de la noche con sus hermanitos, ella volvía a rezarlas mientras se quitaba la ropa, empezando por las tres avemarías. Como se desvestía muy rápidamente, seguía rezando ya acostada,

si bien los más de los días se quedaba dormidita con la plegaria en los labios, pues estaba tan rendida que enseguida caía en un sueño profundo. Yo la contemplaba un momento, la besaba, rezaba por ella y la bendecía a veces, antes de apagar el candil. Entonces yo me acostaba en una cama al lado de la suya y experimentaba la impresión de que dormía en compañía de un ángel''.

Asunta resume la actividad de María en esta frase: ''Ella era la que gobernaba la casa''. Y ¡qué casa! Ella, una niña de diez años.

V

Ya viene el Esposo

Es fácil imaginar con cuánta ilusión el alma de María suspiraba por recibir en su pecho a Jesús, y hemos visto con qué instancias y con qué explosión de afecto se lo pidió a su madre.

A principios de mayo, empezó a ir a Conca para recibir la instrucción catequística conveniente, de labios de la señora Elvira, y en particular del párroco de Cisterna, el Padre Paliani.

El camino de Conca se le hacía ahora a la niña cortísimo, tantas eran sus ansias de prepararse dignamente para aquel paso, y tanta era su afición a escuchar las cosas de Dios.

El sacerdote, además de la instrucción catequística necesaria, se esforzaba en cultivar las almas de los pequeños que se preparaban para comulgar, con consideraciones espirituales y orientaciones piadosas. Y concretando todas sus pláticas en propósitos, los animó a que, en el gran día de su unión con Jesús, le ofrecieran tres resoluciones.

La primera sería como el fundamento: «No ofender a Dios con el pecado». La segunda, más particular, se adecuaba a la edad de los comulgantes y, en es-

pecial, a las disposiciones de nuestra santita: «Pureza a toda costa». La tercera, todavía más concreta, aseguraría la continuidad de aquellos sentimientos durante toda la vida: «Rezar cada día, antes de acostarse, las tres avemarías».

No contenta Asunta con la instrucción religiosa que María recibía en su casa, y ahora en Conca, llevó varias veces a su pequeña, tanto a Campomorto como a Neptuno, para que su formación fuese lo más completa posible. Como si aquella madre presintiese que la primera comunión debía ser algo transcendental en la vida de la niña, agotó todos los medios para que la preparación fuese bastante perfecta, no sólo en cuanto a la instrucción, sino también en cuanto a la delicadeza de su conciencia.

Por lo mismo, no satisfecha con la confesión que María había hecho en Conca el domingo 25 de mayo, el miércoles 28 la llevó a Neptuno para que el párroco del lugar la examinase detenidamente y la confesase de nuevo. Como la madre aún quedase con dudas, le dijo el buen sacerdote:

— Confíela a la Virgen, póngala debajo de su manto maternal, y no tenga miedo.

— Desde que nació, en los brazos de la Virgen está —pudo contestarle la madre.

Sin embargo, todavía el mismo día de la comunión la hizo confesar de nuevo en la iglesia de Conca en donde había de comulgar. No se podía llevar más lejos la preocupación por su preparación espiritual.

Llegó el Corpus Christi de 1902. La niña vio alborear aquel día como si se le abriese la gloria de par en par.

La víspera por la tarde, de vuelta de Neptuno, había ido a todas las familias vecinas y les había pedido perdón de sus faltas, de los disgustos que les hu-

biera ocasionado, de sus malos ejemplos. Naturalmente ante quienes más sinceramente se humilló fueron los de su casa. Besó a su hermanitos haciendo con ellos las paces de riñas inexistentes y se arrodilló delante de su madre para recibir su bendición y, con la suya, la de su padre difunto y la de Dios. Y se fue a dormir para soñar con los ángeles.

El día siguiente, se levantó temprano. Toda Le Ferriere estaba de fiesta por la comunión de aquella niña, a la que todos llamaban santa. Comulgarían con ella aquel día otras seis niñas y cinco niños, entre ellos Angel. El niño está nervioso por la emoción de aquel gran día y da un pequeño disgusto a su madre. La hermanita, afligida por la incorrección, lo amonesta amorosamente:

— Angel, no disgustes a mamá. Recuerda que hoy vas a recibir a Jesús.

María se vistió para la gran ceremonia. Se puso el vestido de color rosa con puntitos blancos que le regaló una señora amiga, los zapatitos nuevos y el velo blanco, ofrendados también por amables vecinas, que estimaban en gran medida a los Goretti. Su madre le puso los pendientes del día de la boda y el collar de coral que le había legado su madre al morir. Si siempre la niña era bella, aquel día era sencillamente encantadora, y la frase "Que ángel de niña tiene Asunta", pasaba de boca en boca entre la gente. Le Ferriere entera se trasladó en carro o a pie a Conca. La iglesia estaba adornada como en las fiestas más solemnes del año.

Nuestra niña, después de reconciliarse de nuevo, como hemos dicho, se dispuso a recibir la comunión con todo el fervor y amor de que era capaz su corazón. María no llevó aquel día en su frente corona alguna de flores, pero sus pensamientos celestiales adornaban su entendimiento con la más florida de las guir-

naldas y la más rica de las diademas. Su vestidito no era blanco, pero la vestidura de su alma era tan cándida como la luz matinal y como la nieve no hollada de las altas montañas.

Antes de la comunión, el celebrante hizo una bella plática preparatoria, muy apropiada a los pequeños comulgantes, que acabó de inflamar las ansias del corazón de la virgencita. También el Corazón de Jesús, sin duda, estaba inflamado en deseos de entregarse a su pequeña Esposa para posesionarse de ella para siempre.

Llegó el momento suspirado. Una blanca hostia temblaba en las manos del sacerdote:

— He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados de mundo.

María se acercó al comulgatorio, y sintió como Jesús penetraba en su pecho, inundándola de la mayor felicidad. Cara a cara con su Amor, le repitió sus propósitos inalterables: morir antes que ofenderle, pureza a toda costa y amar a la Virgen y rezarle cada día las tres avemarías.

Jesús que se encontraba bien en aquel maravilloso corazón, sintiendo celos de que un día pudiera ser de otro, planeó el modo de hacérselo suyo para siempre. La contemplaba vestida con la blancura de la pureza, pero a Jesús le gusta también el color escarlata, símbolo del amor y del sacrificio. Y es justamente el regalo que Jesús brindó a su pequeña esposa: la haría virgen y mártir, como fue su Madre Santísima. La quería en el coro de las vírgenes "que lo siguen a dondequiera él va", pero dispuso que en sus manos angélicas llevase la palma ensangrentada de los mártires. Y así, el destino de María quedó señalado aquel día de modo irrevocable.

Terminada la función, los neocomulgantes se

fueron a la sacristía, pero nuestra niña permaneció de rodillas en la iglesia un rato más. Al juntarse luego con sus compañeros, se sentía aún fuera de este mundo y se quedó en un rincón, algo apartada, ajena a cuanto pasaba a su alrededor. Finalmente, recibidos con gentileza los parabienes de todos, emprendió el regreso a Le Ferriere.

Aquel día fue la reina de la aldea. Todos estaban por ella, Todos la admiraban, la felicitaban, la bendecían. Ella sonreía a todos. Y la madre, tan feliz como la hija, la exhortaba:

— María, has recibido a Jesús. Ahora sí que debes ser buena.

La niña abrazándola le respondía:

— ¡Oh, sí! Desde hoy, siempre seré más buena. Te lo prometo.

Por fin llegó para ella el momento deseado de la soledad, en que poder dedicarse del todo a su Amado. Los niños fueron a jugar, pero María se quedó en casa y entró en su habitación. Allí habló a Jesús de tú a tú. Se sentía con confianza para hacerlo. ¿No era él su Esposo?... Y le habló de su penas y de sus ilusiones, ilusiones de color azul y oro, pureza y amor. Si fuera necesario, moriría por serle fiel como él había dado la vida por ella. Esta idea se encarnó en la santa niña, aquella memorable jornada de siembra divina. La semilla quedaba echada. No pasarían dos meses y medio sin que fuera segada la granada espiga del martirio.

VI

Retrato de María Goretti

Aun cuando no dispongamos de una fotografía ni de alguna pintura directa de la niña, nos hallamos en situación bastante favorable para formarnos una imagen relativamente objetiva del físico de María. Contamos para ello con los informes de calificados testigos oculares, como lo fueron el abogado Marini, mamá Asunta, el propio asesino, además de las varias personas que la vieron y trataron.

También coadyuvaron, en este intento de adquirir una imagen lo más posible cercana a la realidad, diversas fuentes que llamaríamos indirectas. Es el caso, por ejemplo, de una fotografía de su hermana Ersilia, que tenía mucho parecido con María; o también la fisonomía de la artista Inés Orsini, que personificó a la santa en la película *Cielo sobre el pantano*, y que, al decir de todos los que conocieron a ambas, era una perfecta *doble* de María Goretti.

El abogado Carlos Marini, que arriba mencionamos, autor de unos *Rasgos biográficos* de la niña, se sentía inspirado ante su recuerdo. Y decimos *recuerdo*, porque la conoció en persona cuando, mortalmente herida, fue internada en el hospital de Neptu-

no. Acerca de ella, se expresa así: "Era hermosa la santa niña. De una hermosura digna del pincel del beato Angélico. Dos marcados párpados embellecían su mirada modesta y penetrante, y daban gran realce al rosa pálido de su cara gentil. Abundantes y rubios cabellos aumentaban su atractivo. Su tipo esbelto y elegante la hacía, ya a los doce años, una niña en flor, admirada por todos".

Escuchemos ahora lo que atestiguaba su madre en los procesos que se llevaron a cabo en el Vaticano.

"Para la edad que tenía estaba muy desarrollada. De altura me llegaba a los hombros, y yo medía un metro setenta. Sus cabellos eran de color castaño claro; su mirada dulce, suave y modesta; su cara era rosada y más bien delgada. Era de aspecto hermoso".

Sobre el tema, son altamente apreciables las declaraciones de su asesino, Alejandro Serenelli, que se completan y refuerzan con las impresiones que le produjo su encuentro con la actriz Inés Orsini.

"En los mismos procesos declaré que la niña me resultaba agradable aunque no era muy hermosa, sino una cosa justa, pero en fin, me gustaba.

"A la pregunta de si había yo pensado contraer matrimonio con ella algún día, respondí que no; no sólo porque era demasiado pequeña para que yo pensara seriamente en ella, sino porque no me atraía tanto como para eso.

"El tipo oficial que se ha adoptado de santa María Goretti es sin duda muy bello y ha influido seguramente no poco en la difusión de su devoción.

"Sé que ese retrato se sacó de una fotografía de su hermana Ersilia, y personalmente de su hermana Teresa, ambas parecidas a la santa, en especial la última, como puede apreciarse por la toma que la presen-

ta con su madre y su hermana.

"Es de tipo agraciado, cara bien proporcionada, la mirada dulce aunque profunda, largas trenzas, y toda ella envuelta en un porte gracioso y elegante. También su belleza es triste. Desde luego, María Goretti no era así. Sin embargo tengo que confesar que es ella. Está muy idealizada, pero me recuerda mucho el modo como la vi en mi sueño misterioso del penal de Noto, del que más tarde hablaré.

"Antes me hubiera sido difícil dar una idea exacta de su fisonomía. Hoy me es bastante fácil.

"A principios de setiembre de 1950, llamaron a la portería del convento de los padres capuchinos en que vivo. Cumpliendo mi empleo de portero, fui a abrir, y me encontré con un franciscano, una señorita casi niña y un joven no mucho mayor. A boca de jarro me dijeron que habían venido por mí.

"Obtenido el permiso del padre guardián, entablé conversación con los forasteros.

"Al clavar por vez primera mi mirada en el rostro de la jovencita, sentí un estremecimiento profundísimo: creía ver de nuevo a María Goretti. Y mi emoción aumentó cuando ella, alárgandome gentilmente la mano, me dijo:

"— Soy... María Goretti.

"Y dejó en mi mano, temblorosa por la emoción, unos finísimos rosarios negros, de coco.

"Pronto completó la frase:

"— Soy la María Goretti del filme *Cielo sobre el pantano.*

"Ante esta presentación, me sentí molesto, porque es una película simplemente calumniosa para la memoria de mi pobre padre y para mi propia honra. Esta para mí no cuenta, pero no puedo consentir que así se arrastre la fama de mi progenitor por las pan-

tallas del mundo entero. Podría entablar pleito contra el productor Genina, pero mi vida toca a su fin y todo lo que puede ayudarme a expiar mi crimen de un día, estoy dispuesto a aceptarlo con calma y resignación. Mucho más me he confirmado en esta tolerancia respecto del filme, a causa de lo que ese día le oí comentar a Inés Orsini, que es la protagonista del mismo, y encarna, según dicen, maravillosamente la figura de la víctima.

"— Recibo muchas cartas —me expresó ella—, tanto de Italia como del extranjero, en que innumerables jovencitas me comunican que, después de ver *Cielo sobre el pantano*, han hecho el firme propósito de permanecer buenas y puras; mientras otras confiesan que desde que han asistido a su proyección han dejado el camino del mal para forjarse un alma mejor, más hermosa. Vale la pena de renunciar a mi honra para que se logre tanto bien.

"E Inés añadió:

"— Y por mi parte he prometido a la Santa no trabajar en ninguna película inmoral.

"Inés Orsini habla con ademán todavía infantil a pesar de sus quince años.

"De cuantas niñas he visto en mi vida es ella la que más se acerca a María. Desde luego Inés es más alta y, además, tiene el cabello algo más oscuro, pero, en conjunto, parece una reproducción de la persona de la mártir. Las facciones de su rostro son idénticas y tienen el mismo aire ingenuo, dulce y sencillo, afectuoso y algo tímido de ella.

"No me extraña, pues, que algunas biografías para representar a María Goretti, hayan echado mano a los retratos de Inés Orsini; realmente no podían buscar nada más parecido.

"Por las características de esta joven artista es

fácil comprender mis declaraciones sobre la belleza de la santa, cuando expresé que *era una cosa justa, pero que en fin, me gustaba.* Seguramente influían mucho en esta afición sus cualidades innegables de inteligencia, prudencia, laboriosidad y corazón, como también una simpatía especial que envolvía a su personita, y aun cierta agradable desenvoltura infantil que ponía en sus maneras mientras estaba en casa; pues fuera de ella y con extraños, parecía más bien reservada y tímida».

VII

El alma del asesino

Nos resultarán sumamente útiles para figurarnos el perfil interior del asesino Serenelli, sus propias apreciaciones vertidas en los años de su vida penitente. Oigamos su sincero y sereno testimonio, avalado por el de la misma familia Goretti.

"Todo mártir supone un verdugo, y, desgraciadamente para mí, en la tragedia de Le Ferriere me tocó desempeñar papel tan repulsivo, lo que es para mi conciencia un gran tormento. Pero a veces me consuelo pensando que Dios se valió de mí, enceguecido por tantas cosas, para abrirle a María, no sólo las puertas del cielo sino el camino de los altares.

"Nací en Paterno el 2 de junio de 1882. Mi padre Juan era natural de Loreto, de cuya santa Casa había sido aparcero. En mi hogar se vivía bien y había para todos los hermnos: Lorenzo, Gaspar, una hermana y yo.

"En cierta ocasión se suscitaron riñas entre mi padre y sus hermanos, y quedaron todos en la ruina. Debimos trasladarnos a una localidad vecina de Ancona.

"Al principio tuve una maestra muy buena y religiosa que venía cada día de esa ciudad. Puedo afirmar

que a ella debo toda la formación religiosa de mi infancia.

"Desgraciadamente pronto enfermó y la sustituyó un maestro que también hacía de veterinario. Por cierto que a veces creíamos que nos confundía con algún animalito. Nos castigaba y pegaba por cualquier motivo. Nos retorcía los dedos hasta hacernos dar gritos desesperados. Nos golpeaba con una regla y nos tiraba por la cabeza una pelota muy dura, que una vez me arrojó con tan mala suerte que me hizo sangrar mucho por la nariz y me lastimó seriamente los labios. Esto empezó a desarrollar en mí un carácter agrio y retraído y, además, poco afecto a la autoridad, al experimentar estos intolerables abusos de un maestro.

"Pasados estos dos años, como los negocios de casa iban de mal en peor, mi padre me colocó de ayudante de pescador. Me daban de comer, y, según iba la pesca, podía ganar algún dinero.

"Entonces empecé a alternar con hombres y muchachos corrompidos, que, despertando en mí los malos instintos, me enseñaron el camino de la inmoralidad.

"El oficio de marinero no me gustaba, tanto es así, que ni siquiera me tomé la molestia de aprender a nadar. El agua no me hacía gracia alguna.

"En 1897 nos fuimos a Olevano a trabajar en las tierras de un pastor protestante, apellidado Capellini. Teníamos un campo regular, unas vaquitas y un gran perro de presa, pero el contrato que nos impuso era demasiado duro y, además, ni a nosotros nos gustaba el amo por ser protestante, ni nosotros éramos de su agrado por vernos frecuentar los días de fiesta la iglesia católica. Por esto buscamos trabajo en otras partes, consiguéndolo por fin en Paliano.

"Allí trabajamos siete meses, en sociedad con los

Goretti, aunque vivíamos en casa aparte, y después nos trasladamos con ellos a Le Ferriere de Conca, donde tuvo lugar mi desgraciada 'aventura' ". Hasta aquí Alejandro.

De nuestra parte debemos referir que en ese tiempo el muchacho se esforzaba en aliviar la pena de su padre por la desgracia de Gaspar, que ya hemos descrito, con su afecto siempre sencillo y poco expresivo, aunque se manifestaba muy efectivo en la gran voluntad que para el trabajo demostraba.

Por lo demás su conducta era normal y en nada podía descubrirse aquella infección interior de inmoralidad que, desgraciadamente, se había inoculado en su alma durante el tiempo que ejerció el oficio de pescador.

Mariano Goretti, que entonces contaba nueve años, recuerda de él:

— Alejandro me parecía bueno, iba a misa, no blasfemaba.

Y la madre dice más detalladamente y con mayor autoridad:

"Alejandro era un joven físicamente bien desarrollado y robusto, asiduo al trabajo, respetuoso con su padre y conmigo. Trataba a mi hija María y a sus hermanitos con verdadero afecto fraternal y se esforzaba por hacerles menos pesada la vida en aquella soledad. Todas las fiestas iba a misa cuando la había, cada dos meses se acercaba a confesar y a comulgar, al principio en mi compañía, los dos últimos meses también en compañía de María. Todas las noches rezaba el rosario con nosotros. Pero tenía un carácter cerrado, solitario, huía generalmente de la compañía de la gente, tal vez por haber vivido casi siempre en despoblado; y, cuando no se trabajaba, por mal tiempo, o por ser fiesta, se encerraba en su cuarto y se

entregaba a la lectura de periódicos malsanos, que publicaban crónicas y láminas escandalosas. Como los dejaba sobre la cama o en las sillas o los pegaba en la pared, no permitía yo a mis hijos que entrasen en su estancia si no era por necesidad, y, aun en este caso, los prevenía para que no se entretuviesen mirando aquellos papeluchos''.

Como hemos visto, Alejandro reconoce esta falla que era la única señal exterior de su mala inclinación. En cambio tenía ciertamente en la cabecera de la cama un crucifijo que besaba algunas veces, cuando María se lo recordaba, y una pequeña y sencilla estampa de la Virgen. Se portaba en todo lo demás como un muchacho corriente. Los psiquiatras que lo examinaron a raíz del crimen depusieron de él:

''Alejandro Serenelli es un individuo absolutamente normal, particularmente perpicaz y de muy buena memoria...''

Otros psiquiatras que le trataron con ocasión del proceso de beatificación de María, declararon: ''Alejandro Serenelli es de carácter manso, y, después de su entrada en la vida de sociedad, se ha mostrado sosegado y sereno, más bien un poco misántropo''.

El postulador de la causa testimonia que ''era asiduo y concienzudo en el trabajo, sociable con los compañeros, correcto en el hablar, enemigo de la blasfemia''.

Por mi parte durante las horas que yo lo traté, pude reconocer en él un carácter amable y suave, muy atento y servicial. Debo confesar que nunca había podido imaginar un asesino tan manso y tan pacífico. Ciertamente no hay que olvidar la obra de la gracia en su alma, pero era tal su espontaneidad y sinceridad, que su carácter quedaba al desnudo y era, ni más ni menos, el mismo que conoció Asunta en los días trági-

[redacted]

cos de Le Ferriere.

¿Cómo, pues, pudo llegar a cometer un crimen tan repugnante y tan macabro? Esto, que es la clave de toda la historia gorettiana, nadie nos lo podrá explicar mejor que el mismo Alejandro.

"Las razones —dice— que me empujaron al crimen son, desde luego, muy complejas. En primer lugar he hecho notar, repetidas veces, mi falta de formación religiosa. Esta razón fue decisiva para mí.

"Tenía una idea confusa de la gravedad del pecado y de la responsabilidad ante Dios, y carecía de la fuerza moral que dan las convicciones religiosas sólidas y la oración hecha de corazón y con voluntad sincera. Mi religiosidad no pasaba de un barniz exterior. Me faltaba instrucción religiosa, pues en Le Ferriere no había facilidad para estas cosas. En las misas dominicales muchas veces faltaba la homilía porque el sacerdote debía terminar pronto para decir misa en otra parte, a una o más horas de distancia.

"En las Lagunas vivíamos como animalitos. Esta es la palabra. No faltaban oraciones rutinarias, pero mi convicción religiosa no era profunda.

"Además, la vida que vivía era capaz de llevar a la desesperación a cualquiera. Trabajábamos de sol a sol en una zona terriblemente malsana, de clima extremado: ardiente en verano y glacial en invierno, y todo ello con la perspectiva de que, al recoger la cosecha nos quedaríamos con deudas, mientras el amo se llevaría su buena parte. Esta injusticia social me quemaba la sangre y me hacía aborrecer la sociedad y todo cuanto me rodeaba. El amor a mi padre me sostenía en el trabajo, y me daba aliento la esperanza vaga de que en este mundo siempre queda un mañana. Sin embargo, a menudo me invadía la desesperación, y me sentía capaz de todo, menos de llevar un día más

aquella vida de esclavos.

''Una tercera causa fue, sin duda, mi afición a la literatura violenta. De tanto leer crímenes, llegué a pensar que el ser criminal era una cosa corriente. A veces el criminal era presentado por revistas como un semihéroe, valiente, atrevido y movido por instintos nobles, pero equivocado en los procedimientos. Se fue formando poco a poco en mi alma un deseo inicial de querer imitar a aquellos 'bravos' cometiendo alguno de esos crímenes, narrados en esas publicaciones con tal lujo de detalles.

''Se alzaba entonces ante mi imaginación la sombra fatídica de la cárcel, del penal, del patíbulo. Pero, en los momentos en que el asco de la vida llegaba al máximo, me hacía la reflexión de que, a lo menos, podría vivir sin trabajar y sin que me faltase un bocado de pan. Y si, en el peor de los casos, me condenaban a muerte, no sabía escoger qué era mejor, si morir de golpe o ir muriendo cada día en una vida de miseria insoportable. Todavía otra causa minaba mi voluntad. Esas insanas lecturas no eran sólo violentas, sino que describían crímenes pasionales que afectaban a mí espíritu de un modo particular. Basta tener en cuenta que yo era un joven de veinte años, en el hervor de las pasiones, que debía vivir en un aislamiento total, y completamente ajeno a las alegrías del mundo.

''Fue a principios de mayo de 1902, cuando mi alma quedó vencida en tan fiera lucha. La víctima sería Mariettina, pues sabía que ella me amaba. Este 'detalle' lo supongo decisivo en esta clase de ataques.

''Se me echa en cara, y con razón, que eligiera como blanco de mi criminal designio a una niña de once años. A esto debo contestar, no para justificarme, sino para avergonzarme, que María, a esa edad, apa-

[redacted]

rentaba perfectamente catorce años o más. Y por otro lado, mi carácter tímido no se hubiera atrevido a intentar otra clase de aventuras.

”Aun puedo añadir una última causa: mi orgullo herido. Sentí verdadero despecho ante la resistencia victoriosa de María en mis dos primeros intentos. Su presencia desde entonces me humillaba, y medité el modo de vengar mi derrota”.

Es hora ya de empezar la triste historia de la debilidad humana de Alejandro, y la jubilosa narración de la victoriosa resistencia de Mariettina.

• • •

Alejandro buscó el modo de encontrarse a solas con María, en pleno campo, como que la soledad ha sido siempre el marco más apropiado para toda clase de crímenes. No le costó nada conseguir sentarse a su lado. ¡Lo había hecho tantas veces al enseñarle a deletrear y silabear o al rezar el rosario! La tomó de la mano sin que de pronto la inocente niña viese en ello nada malo. Pero, a los pocos instantes, su sentido de pureza debió hacerle descubrir algo raro, en aquella caricia. Miró a Alejandro a los ojos y vió en ellos un resplandor siniestro:

— Alejandro, ¿por qué me miras así? Nunca me habías mirado de este modo.

— Te miro así porque te quiero.

— También me quiere mi madre y nunca me ha mirado con esos ojos. Y tú tampoco hasta ahora... No sé... Me parece como si el demonio me mirase por ellos.

Sin saber por qué, le parecía ahora que la mano de Alejandro le quemaba la suya, y disimuladamente la fue escurriendo. Alejandro creyó más prudente ceder.

— María, hace tiempo que te lo quería decir. Tú has hecho mucho por mí y por mi padre, y te he cobrado mucho afecto por ello.

— ¡Bah! No es nada. ¡Qué bueno eres, Alejandro! Tú, si que trabajas sin descanso. Además tienes mucha paciencia en enseñarme a leer.

— Lo hago con muchó gusto, María. Por ti haría cualquier cosa. Desearía poderte manifestar mi cariño.

—¡Oh! No es necesario; ya lo sé que me quieres como a una hermanita...

— Y como algo más también, María.

Y al decir esto, le tembló a Alejandro la voz de un modo desconocido para María, por lo que, presintiendo algo malo, se levantó:

— Marchémonos que es tarde y en casa se extrañarían.

Es la clásica excusa de toda buena muchacha al encontrarse en peligro. Alejandro le tomó de nuevo la mano.

— Espera, María; es un momento.

María, nerviosa, no sabía qué hacer. Alejandro seguía acosándola:

— Voy a pedirte algo que nada te va a costar a ti y que, en cambio, me va a hacer muy feliz a mí.

—Pero, Alejandro ¡cómo hablas esta tarde! ¿Qué quieres?

Alejandro le propuso algo que la niña no entendió:

— No sé que quieres decir... Es mejor que nos marchemos.

Alejandro le hablo más claro. María lo miró entonces con unos ojos llenos de pavor. Parecía —dice Alejandro— como si despertase de un bello sueño de pureza y se encontrase con una realidad dolorosa y repugnante.

— No, Alejandro; esto no está bien. No se puede hacer. Esto es pecado. Dios no lo quiere.

Y, sin esperar que el muchacho le replicase, se echó a correr. El tentador le pudo dar fácilmente alcance, agarrándola provocativamente:

— Si no es a las buenas, será a la fuerza.

— No, nunca, nunca, —contestó ella, defendiéndose con bravura y deshaciéndose de sus brazos.

Se marchó a la carrera hacia la casa, gritando:

—Mamá, mamá.

Alejandro comprendió que había errado el golpe; pero no desesperó.

—Siempre queda un mañana— se repitió en muy diferente sentido que otras veces. Lo importante era que la niña no descubriese a su madre lo ocurrido. Sólo así, con astucia y tiempo, podría un día rendirla a su pasión brutal.

Alejandro se le adelantó por un atajo, de modo que al llegar ella a casa, ya el muchacho la estaba esperando debajo de la escalera.

— ¡Ay de ti, si cuentas algo a tu madre! Te mataría. Ya lo sabes.

Y se lo decía con una mirada tan cargada de ira, con un ademán tan feroz y una voz tan dura que María quedó convencida de que estaba dispuesto a cumplir su sangrienta amenaza.

Y María nada dirá a su madre. Se callará por temor a la muerte y para no ser causa de que en casa estallase un terrible conflicto entre su madre y los Serenelli, y porque le daba vergüenza y sentía fastidio al

tener que hablar de estas cosas que no sabía como explicar.

Empezó para ella el último trecho de su calle de amargura hacia un calvario cuya cumbre le parecía humanamente inaccesible. Desde este instante vivió con el ay en el corazón. Día y noche se sobresaltaba al menor ruido que pareciese delatar la presencia del tentador. Rehuía su mirada, se apartaba de su trato, y, sobre todo, hacía todas las combinaciones posibles para evitar estar sola. Durante sus trabajos en la casa siempre se hacía acompañar por alguno de sus hermanitos o se ponía en el descanso de la escalera para ver y ser vista de los que estaban en la era o en la huerta vecina.

A su corazoncito, tan afligido ya por tantas penas y tantas preocupaciones, se le añadía la mayor de todas las amarguras y de todas las angustias: la de no poder desahogarse con nadie. Era un secreto que le consumía hasta los huesos. Sabía que, abriendo su corazón a la madre, su pena quedaría aliviada, pero la amenaza de muerte por parte de Alejandro le ponía un candado en los labios, y no le quedaba más remedio que sufrir a solas.

Por desgracia, parecía como si todo se le volviese en contra en aquel último mes de su vida. Alejandro que hasta entonces había sido su defensa en los altercados familiares, ahora le había declarado la guerra abierta. Le mandaba cosas pesadas, de malos modos y sin miramiento alguno.

— Vete a la fuente, a llenar este balde —le dijo un día—. Rápido y no te entretengas charlando con las amigas hasta la cena. María tomó, sin quejarse, el balde y se marchó obediente a cumplir el mandato de su tentador. A los pocos minutos María estaba de vuelta. Alejandro la reprendió severamente:

— En este rato podías haber ido tres veces a la fuente...

Y, dando un puntapié al balde, echó al agua por el suelo, mientras le gritaba:

— ¿De dónde has sacado esta agua tan sucia?... Ya puedes ir a llenar otra vez el balde. Y, a traer el agua más limpia.

María quedó anonadada; en adelante le sería imposible contentar a Alejandro, lo estaba viendo: su hermano se había convertido en un terrible enemigo. Volvió a la fuente, mientras murmuraba dulcemente:

—Alejandro, no sé si estará limpia la que traeré, pues será de la misma fuente... Siempre la hemos tenido así.

La niña regresó nuevamente, encontrándose con una camisa en el suelo, llena de polvo y barro.

—¿Qué hace aquí esta camisa? —preguntó mientras la recogía.

—Y ¿lo preguntas? —le saltó Alejandro—. Dijiste que la habías lavado y la has dejado tan sucia como antes. La he fregado por el suelo. Así te darás cuenta de que está sucia y la lavarás de nuevo.

María recogió sin protestar la camisa y fue a colocarla con la ropa sucia. Alejandro se marchó, lanzando una mirada amenazadora a la niña. Cuando él hubo salido, María se echó a llorar. Su madre la animó diciéndole:

—Animo, María; pronto tendrá la edad y se marchará al servicio militar.

Por dolorosas que le fuesen a la niña estas represalias del joven, mucho más amargas le resultaban las correcciones que su madre amada le daba con frecuencia durante esos meses.

Era tanta la preocupación interior que sentía la niña, que a veces se olvidaba de ciertas indicaciones o

cometía descuidos involuntarios. Asunta, notando esta novedad desagradable en su hija, e ignorando la causa, la reprendía ásperamente, por permisión del Señor que quería aquilatar el oro de su paciencia.

— No sé qué te pasa, María. Cuanto mayor te haces, más descuidada te estás volviendo.

La niña, lejos de excusarse, admitía sencillamente su descuido:

— Tienes razón, mamá, pero en adelante me fijaré más. Créeme que lo he hecho sin darme cuenta.

Las disputas entre los Serenelli y los Goretti arreciaban. Ahora Alejandro se ponía siempre a favor de su padre contra la pobre Asunta.

La santa niña comprendía que ella era la causa de aquel cambio del muchacho y de que se agriasen de ese modo las relaciones entre las dos familias, y veía en ello un nuevo motivo para callar y sufrir su pena a solas. A veces la asechaba un mal pensamiento:

— ¡Qué poco me costaría terminar con este infierno! Un beso, un abrazo, tal vez una pequeña libertad podría devolver a mi casa la paz y a mi corazón la amistad de Alejandro.

Pero, no; María rechazaba la tentación con prontitud y firmeza. Su pureza no consentía tales concesiones y, además, presentía que en estas cosas *todo está en comenzar*

VIII

El enemigo asecha

Un día, hacia el atardecer, Asunta envió a María de compras al vecino pueblo de Conca. La niña, que tantas veces había recorrido sola aquel camino, manifiesta ahora a su madre que se hará acompañar por el hermanito, porque tiene miedo... Asunta, la mira, extrañada, y no llega a comprender qué le sucede.

— ¿Miedo de qué?, le pregunta.

— No sé. Miedo... de algo.

— Anda, anda; toma la canasta y vuelve pronto.

María se había dado cuenta de que Alejandro no estaba en casa y temía encontrarlo por el camino.

— Mamá, ¿no lo podríamos dejar para mañana?

Asunta ya empezaba a perder la paciencia.

— Pero ¿qué es esto? ¿Cuántas veces se te han de decir las cosas?

Ante tal insistencia, la niña salió de la casa con el corazón temblando. No había andado mucho trecho, cuando encontró a Alejandro tal como ella temía.

— ¿A dónde vas?, María.

Ella, sin contestar, aceleró el paso.

— Te pregunto a dónde vas —insistió Alejandro, cerrándole el camino.

— Déjame. Tengo que ir a Conca. Déjame pasar; mamá me está esperando.

— Te acompañaré.

— No.

— ¿Por qué no?

— Porque no.

—¡Vaya razón! Oye. Hace días que parece que me tienes miedo. Siempre huyes de mí.

—Tú sabes por qué... Déjame pasar.

—Escucha. Si quieres hacer las paces, no te será tan difícil. Te pondré unas condiciones muy sencillas y muy... agradables.

María no preguntó qué condiciones eran aquellas tan sencillas y tan agradables. Se turbaba sólo al presentirlas.

— Yo quiero hacer las compras —exclamó con un sollozo en la garganta.

— Pero, María. No seas tan esquiva.

Y diciendo esto, la tomó con fuerzas.

— Déjame, déjame —gritaba la inocente niña, revolviéndose briosamente. Esto es pecado.

— Nadie nos ve, María.

— Dios nos ve. Y aunque no nos viese, sería igual. No lo quiere.

Y, luchando como una leona, consigue por segunda vez deshacerse de los brazos del muchacho. El amor a la pureza daba a aquella delicada niña de once años fuerza suficiente para vencer a un fornido muchacho de veinte.

María emprendió una rápida carrera hacia la casa, mientras Alejandro la amenazaba furioso:

— Me las pagarás. Si hablas... estás muerta.

María llegó a casa. Su madre esperaba la compra.

— ¿Ya estás de vuelta? Esto es un milagro.

María apoya la cesta vacía sobre la mesa y se echa a llorar junto a la chimenea.

— ¿Qué es esto? ¿No has ido? ¿Es este el modo de obedecer?

La niña, hecha un mar de lágrimas, exclama dolorosamente:

— Mañana, mamá, mañana. Ahora no puedo. Te lo aseguro... Tengo miedo.

A la madre se le ocurre un doloroso reproche.

— ¿Este fruto has sacado de la primera comunión?

María no puede más, se echa de rodillas ante su madre con las manos suplicantes:

— Castígame, mamá. No lo haré más, pero... no me obligues a ir ahora...

Asunta se encoge de hombros no comprendiendo, y ve en todo aquello un misterio, tal vez una rareza de María.

Cuando, al día siguiente, la niña, sin que nadie se lo diga, toma el cesto para ir a Conca, llevándose consigo a su hermanita Ersilia, la madre nada le dice; al fin y al cabo su María sabe lo que hace.

Alejandro, lleno de despecho, empezó a planear el tercer ataque que, desde luego, decidió que sería el último. Los valientes cantan: Vencer o morir. Los cobardes dicen: Vencer o... matar. El muchacho, cegado por el denso humo de su pasión y lleno de despecho al verse vencido por una chiquilina, hizo cuestión de honor llevar a cabo sus innobles intentos.

María fue a comulgar el domingo siguiente, pues sentía, más que nunca, necesidad de ello, y ese día su encuentro con Jesús había de ser en extremo emocionante. Le confió, una vez más, la tortura de su alma, y le pidió renovadas fuerzas para seguir luchando hasta el fin... Y se confirmó su corazón con el lema de

los santos: "Antes morir que mancharme".

En la apartada soledad de su espíritu, oculta como las catacumbas, acababa de hacer su comunión martirial. Los leones la aguardaban a dos pasos y María los oía rugir. Su alma temblaba ante la alternativa que ya se le presentaba inevitable. Hacía más de un mes que Alejandro nada le decía, pero el mal modo de comportarse con ella, las miradas llenas de rencor con que la atravesaba le aseguraban que un nuevo asalto no se haría esperar mucho tiempo. Si ya no se había dado, era debido a la maravillosa cautela con que había conseguido estar siempre acompañada. Pero la trilla se acercaba y la pequeña presentía que, durante este tiempo, le iba a ser difícil no tener que quedarse a veces solita en casa, cuando los demás acudieran a la era.

Su alma navegaba entre dos escollos: temía perder la pureza, pero también temía perder la vida. ¿Quién podría comprender el drama íntimo de María durante estos dos últimos meses? Realmente era difícil imaginar que aquella niñita estuviese sufriendo un tormento moral profundamente trágico, para cuyo desenlace faltaba ya tan poco tiempo. Sí, muy en breve su martirio interior heroico iba a ser coronado con un martirio cruento.

Pero por grande y bello que sea el gesto de María al caer exámine, abrazada al lirio de la virginidad y a la palma del martirio, creemos que esta grandeza y esta hermosura quedan ofuscadas por la excelencia incomparable de esos meses de martirio interior y de entrega constante a la muerte, para ser fiel a Jesús, Esposo de su alma, su amor y su todo.

IX

Vencer o ... matar

Hemos llegado a la cumbre del calvario de la vida de María Goretti. Antes de empezar el relato de su martirio, sentimos la necesidad de declarar que cuanto vamos a consignar es *rigurosamente histórico en sus mínimos detalles.* No hay en él una sola palabra que no sea escrupulosamente verídica, ni una situación que no esté en absoluto conforme a la realidad.

Hemos podido oírlo de boca de su madre y, sobre todo, de la de Alejandro, y, si hubiera alguna laguna, quedaría suplida perfectamente por las aseveraciones del asesino ante el juez en su juicio, y en sus declaraciones y las de los testigos durante el desarrollo de la causa de beatificación de la mártir.

●●●

Es el 5 de julio de 1902. Los Serenelli y los Goretti estaban dedicados a la trilla de las habas. En la era del lado izquierdo de la casa, dos pares de bueyes arrastraban sendas carretas que conducían Juan y Alejandro Serenelli.

Es una mañana de sol abrasador, que calcina hasta los huesos. Otro ardor, el de la pasión, está quemando el alma del joven Alejandro. No dejará pasar aquel día sin rendir a María, o a sus deseos o a su despecho. Esta idea le polarizaba toda la atención, y la era desaparecía de su vista para dejar lugar a la visión interna de la escena del triunfo de sus ilusiones libidinosas.

Iba ultimando el plan de ataque a la inocente virgencita. Sus resortes serían los de todo tentador: el cariño, la soledad y la amenaza. Alejandro, mientras giraba la carreta, iba calculando sus probabilidades de éxito. Sabía que María lo amaba. Ciertamente, su amor era puro, fraternal, pero también era sincero y firme, nacido con el trato cotidiano durante tres años.

Es verdad que desde la primera provocación, ella se portaba reservada, y él, áspero y duro, pero quizá la niña preferiría, por fin, volver a la antigua paz, amistad y confianza, aunque tuviera que ceder algo o mucho de su virtud.

Aquella mañana no se prestaba al asalto, pues su padre y los Goretti, entraban y salían de la casa, en la que María estaba preparando el almuerzo. Había que tramar el aislamiento de la niña para las primeras horas de la tarde, cuando, después del descanso de la siesta, volverían todos a la trilla con más entusiasmo y ánimo renovado.

Se le ocurrió que una camisa podía obtenerle el aislamiento de su víctima. El calor sofocante y la pesadez de aquel trabajo, hacía sudar abundantemente, con lo que era preciso cambiarse la camisa con alguna frecuencia, dado que a Le Ferriere no había llegado, todavía, la costumbre de trabajar con el torso desnudo. Dejaría una camisa vieja y rota sobre su cama y, junto a ella, el pedazo de tela adecuado, la aguja y el

hilo. La inocente niña caería, sin duda, en la trampa de quedarse a coser aquella prenda en la misma habitación del joven. Desde luego, si le fracasaba el plan, estaba decidido a acudir a la violencia. Así lo hacían los "héroes" de la crónica negra de la *Tribuna Ilustrada* y del *Mensajero* que constituían su habitual fuente de lectura e inspiración.

María en el fondo era tímida; quién sabe si, viendo temblar sobre su cabeza el arma homicida, acabaría por espantarse y ceder. Sin embargo esto no significa que Alejandro tuviese muchas esperanzas de éxito, pues conocía el pudor y el recato de la niña, pero su pasión se contentaba con un "quién sabe".

En cuanto al instrumento del martirio, ya lo tenía listo. Uno de aquellos punzones de acero de veinticinco centímetros de largo, que usaba para hecer sillas y escobas, serviría perfectamente para el caso de tener que llegar a la violencia. Y ¿después?... ¿Huiría? ¿A dónde? ¿Se entregaría? ¿Lo matarían? Nada le parecía demasiado grave comparado con la posibilidad de conseguir su deseo, y confrontado con la vida miserable y dura que estaba viviendo.

Cuando María tuvo la comida a punto, salió al rellano, y llamó a los que trabajaban en la era. Estos no se hicieron mucho de rogar, casi más para ir a la sombra, que para tomar alimento, aunque también lo necesitaban.

Se comió con la monotonía y la gana de costumbre, sin que nadie notase nada anormal en el joven Serenelli. Después de la comida, todos entraron en sus habitaciones para descansar durante las horas más abrasadoras del sol, menos María que se quedó para levantar la mesa y lavar la vajilla.

Alejandro, empero, no se recostó. Decidido a realizar su criminal proyecto, extendió la camisa rota

sobre su cama y junto a ella todo lo necesario para remendarla. Lúego, saliendo, se acercó a la niña, y le dijo:

— Fíjate bien, María, que tienes que remendar una de mis camisas.

Y lo dijo alto para que, oyéndolo todos, no se descubriese la insidia que iba envuelta en aquellas palabras. María sin duda no vio claro el asunto. Pero su intuición femenina aguzada por la experiencia de las pasadas tentaciones, y este providencial presentimiento que suele preceder a las grandes desgracias, le hizo observar lo raro del caso. ¿Por qué Alejandro no le entregaba allí mismo la camisa?

Lo cierto es que María no contestó a la pregunta de Alejandro, continuando en la limpieza de la cocina. La madre, que, desde su habitación, había oído la petición de Alejandro, se extrañó de que María, tan gentil y complaciente, no le contestase siquiera, y la observó no sin cierta dureza:

— María, ¿no oyes lo que te dice Alejandro?

La niña se sobresaltó ante esa inesperada intervención de su madre. ¡Oh! ¡Cómo era claro que su madre desconocía el peligro en que ella se encontraba y el tormento que afligía su espíritu!

— ¿Dónde está la camisa? — preguntó María con suavidad.

— Sobre mi cama —se apresuró a contestar el joven—, allí la encontrarás con todo lo necesario.

María comprendió. ¿A qué venía aquella delicadeza inesperada de prepararle todo lo preciso para su trabajo, justamente dentro de su habitación, sobre su cama? Se sintió en aquel momento tan sola ante la emboscada, que su alma experimentó unas ansias infinitas de estar con Jesús para recibir la fortaleza para serle fiel hasta la muerte, por lo que dijo a su madre:

— Mamá, mañana iré a Neptuno a confesarme; no veo el momento de poder comulgar.

Ir, en julio, a Neptuno a comulgar era sencillamente un acto heroico. Se tenía que andar dos horas en ayunas incluso de agua. Un viaje de cuatro horas, entre ida y vuelta, bajo un sol canicular, saltando por charcos y matorrales espinosos. Cierto que no se arredraban los Goretti por estos pequeños inconvenientes, pero había una gravísima dificultad: la trilla; por lo que Asunta contestó con viveza.

— Esto no es posible, María, nosotros trillando y tú andando por ahí..., y además, ¿quién te acompañará? Mira, hoy es viernes, pasado mañana podrás comulgar.

— Mamá necesito comulgar cuanto antes.

La madre que por un lado hubiera deseado complacer a su hija y por otra parte comprendía la imposibilidad, se limitó a darle esperanzas.

— En fin, mañana veremos.

Efectivamente, María comulgaría el día siguiente, pero por viático.

Los Serenelli ya habían bajado a la era, lo mismo que los hermanitos de la niña. Al salir la madre, María se acercó llorosa a ella y le suplicó con más ardor que las otras veces:

— Mamá, no me dejes sola en casa...

Asunta la miró como quien ve una cosa rara:

— Pero ¿qué te pasa?, María. Cuando pequeñita tan animosa que eras, y ahora que eres mayor, tanto miedo. ¡Bah! Para mí que te estás tomando manías.

— No, mamá, no son manías. No me dejes sola. Te lo suplico.

— Y ¿quién va a cuidar de Teresa? No vamos a bajarla a la era con este sol. Vamos, déjate de tonterías y vete a buscar a la pequeña.

— No te vayas, mamá, no puedo quedarme sola... No puedo... No puedo...

Y diciendo esto se agarró del brazo de su madre. Esta, disgustada por la aparente terquedad y capricho de su hija, le dio un empujón, apartándola bruscamente de su lado. María, se tambaleó y cayó al suelo, donde lloró largo rato. ¡Nadie la comprendía! ¡Nadie! ¡Ni su propia madre! No le quedaba más remedio que beber a solas, el cáliz de su amargura. Toda la vida, al recordar este doloroso trance, su madre experimentaba una vivísima pena.

María se levantó con el alma deshecha, enjugó sus lágrimas, apretó el rosario sobre su corazón que latía apresuradamente, y fue a buscar a su hermanita Teresa, de dos años y medio, que colocó en el rellano superior de la escalera, debajo del tejadito, sobre unas mantas dobladas.

Después se dirigió al cuarto de Alejandro, a quién aún no sabía aborrecer, a pesar de sus insultos y de sus asechanzas, y por el cual rogaba tanto a la Virgen. Allí, sobre una mesa, estaba el montón de periódicos y revistas que hablaban de crímenes, de seducciones, de tragedias. Apartó de ellos la vista, como se lo había enseñado su madre y como se lo dictaba su amor a la pureza.

Para evitar ser sorprendida en aquel lugar por el tentador, recogió enseguida la camisa y lo necesario para remendarla, y se apresuró a ir al rellano de la escalera exterior, al lado de Teresa, desde donde podría ver a su madre, que estaba en la era vecina, y llamarla en caso de peligro.

Con el rosario arrollado en el brazo, como de costumbre en el último mes, empezó a coser la camisa de aquel que, en ese mismo momento, estaba planeando matarla. No tardó en llegar Alejandro, que había

aprovechado un momento que le resultó oportuno para su criminal designio. En efecto, Juan Serenelli, su padre, acababa de sufrir un ataque de fiebre y se había sentado a la sombra, al pie de la escalera, y estaba ajeno a todo lo que pasaba a su alrededor. Angel ocupó el carro que había dejado el viejo y, reemplazándolo, seguía trillando, acompañado de sus hermanos Alejandrito y Ersilia.

Asunta y Mariano estaban removiendo la parva de la era, y como era un trabajo fácil de abandonar, esta circunstancia no le convenía a Alejandro Serenelli, quien se ingenió para entretener de manera más segura a la madre y al muchacho. Desde el segundo carro que él conducía, se dirigió a la señora con estas palabras: "Asunta, tengo que marcharme unos minutos. Si quisiera guiar entretanto los bueyes". Accedió ella de inmediato y subió al carro con Mariano, mientras Alejandro se dirigía a la casa para matar a la hija de aquella buena mujer...

Es el propio asesino, quien va a contarnos su "azaña", como él dice, bajando la cabeza al peso del rubor y del arrepentimiento:

"El cinco de julio estaba yo resuelto a intentar el tercer asalto; y hacia las tres de la tarde, mientras estaba en el carro trillando las habas en la era, al ver a María en el rellano de la escalera, ocupada en remendar una camisa mía, pensé que era el momento oportuno para poner en práctica mis designios.

"Antes de llegar a la puerta de la entrada de la casa, junto al establo de los buyes, me topé con mi padre, que estaba echado sobre un montón de pajas, y le pregunté cómo se encontraba, pues había tenido que abandonar el trabajo por haberle vuelto la fiebre, y él me contestó que aún no se sentía bien.

"Subí rápido la escalera: María, al verme subir,

me miró sobresaltada, pero se tranquilizó cuando pasé por su lado sin dirigirle la palabra. Mi emoción era tan enorme y el corazón me latía tan fuerte que me hubiera sido imposible hablarle.

"Tuvo que levantarse para hecerme paso. Se la notaba nerviosa y tenía el rosario enroscado en torno a la muñeca.

"Entré en mi habitación y, como iba sudando, me cambié la camisa, poniéndome una nueva, blanca, bien planchada. Después, previendo la resistencia de María, entré en la tercera habitación, a mano derecha de la entrada, y tomé un punzón con que hacíamos las escobas, y lo dejé encima del banquito de la cocina.

"Hecho esto, llamé a María. Al sentirse llamada, se sobresaltó y decidió no acudir en modo alguno. Si había presentido el martirio, estaba cierta de que había llegado el momento.

"— María— repetí.

"— ¿Qué quieres?— contestó entonces la niña.

"— Ven adentro.

"— Si no me dices para qué, no voy".

Como hemos dicho, desde la grada, la niña podía ver a su madre y ser vista por ella. No quería abandonar esta trinchera, que le parecía imbatible.

El muchacho vio claro que tenía que llegar a la vía de los hechos.

"Entonces, sigue Alejandro, me dirigí al rellano. Ella, al verme venir, dejó apresuradamente la ropa que remendaba y, levantándose rápida, se arrimó a la baranda del mismo.

"— María, ¿quieres o no?— le dije.

"Ella intuyó enseguida que yo quería repetir el atentado de las dos veces anteriores. Y, moviendo en sentido negativo la cabeza, varias veces, exclamó:

"— No, nunca.

”Y, mientras tanto, se aferraba con ambas manos, a la baranda del descanso. La agarré casi brutalmente por un brazo, y le tapé la boca con una mano para que no gritara. Como ella se resistiera con toda su fuerza, de un tirón la entré a la cocina-comedor, a pesar de su inútil intento de parapetarse con los pies en la gradita de la entrada, y cerré la puerta, pasando el cerrojo. Todo había sido cuestión de contados segundos.

”Una vez dentro, el primer estorbo estaba superado. Asunta, ocupada en la trilla no se había dado cuenta de nada.

”Intenté meterla en mi habitación, pero María, con una fuerza superior a sus años, forcejeando y rechazándome violentamente logró impedirlo, y desprendiéndose de mí, intento huir dando vueltas alrededor de la mesa, pero, a la primera, tropezó con el banquito sobre el cual estaba el punzón, produciéndose seguramente las contusiones en las rodillas que se le notaron más tarde, al hacerle la autopsia.

”La agarré de nuevo y le propuse otra vez el pecado, haciéndole violencia.

”Ella, defendiéndose con arrojo, a puntapiés, arañazos y mordiscos, empezó a gritar:

”— No, no, no. ¿Qué haces? Alejandro... No me toques... Es pecado. Vas al infierno... Sí, vas al infierno. Dios no lo quiere... Es pecado...

”Para ahogar sus gritos, le cerré la boca con un pañuelo, y la amenacé con el punzón:

”—Consientes o te mato”.

La niña comprendió que había llegado el momento decisivo de su vida; dentro de unos instantes sería o una deshonrada o una mártir. Su juventud, todavía en flor, la convidaba a la vida, al goce, al amor. Nunca la vida le debió parecer tan bella como ahora,

que estaba a punto de perderla. Morir en manos de un vulgar asesino, es doloroso, pero, *ser asesinada por una persona querida* ha de ser horriblemente trágico.

No había tenido tiempo para pensar. El puñal fulguraba ante sus ojos atormentados, ávido de hundirse en su carne virginal. Pero María no necesitaba ya meditar. Larga y profundamente lo había hecho en aquellas interminables semanas de tormento y mortal incertidumbre. Recordó al instante el juramento de fidelidad hecho repetidamente a Jesús, y, en medio de su angustia suprema, se sintió feliz de poder demostrarle su amor con el martirio. Miró ansiosamente al cielo pidiendo fortaleza, apretó con cariño el rosario sobre su pecho palpitante, y se entregó heroicamente al puñal, como los antiguos mártires a las llamas o las garras de los leones. Con la voz entera y la nobleza pintada en el semblante, dio al tentador, la respuesta que había de ser su propia sentencia de muerte. El mismo Alejandro lo narra:

"— No, no, no —contestó María con más firmeza, si cabe, separando el pañuelo que le tapaba la boca—. Es pecado, Dios no lo quiere.

"Y, echándo mano a todos los recursos defensivos, apretaba las largas faldas entre las piernas.

"Viendo que esta vez tampoco conseguía mis deseos, empecé a golpearla con el punzón como se machaca el maíz. Ella estaba caída en el suelo, cara arriba, junto al banquillo de la cocina.

"En mi furia, no sabía si desgarrarle los vestidos o más bien matarla. De hecho, en los primeros momentos, en lugar de clavarle el punzón, le dí los golpes de derecha a izquierda en el vientre. Pudo influir en ello el que la punta del instrumento era algo curva.

"Al notar la niña que por las rasgaduras del vestido se le veía el cuerpo dejó ya de defenderse, preocu-

[redacted]

pada sólo por cubrirse, mientras seguía gritando con vehemencia: 'Te vas al infierno... Sí, te vas al infierno...'"

Entonces aconteció un espectáculo sublime, que el mismo Alejandro nos ha referido presa de una emoción extraordinaria.

"Los primeros borbotones de sangre corrieron por los vestidos de María derramándose hasta el suelo.

"— Al ver yo la primera sangre, sentí una sensación extraña, casi de espanto, que me hizo exclamar: '¡Sangre!', si bien esta palabra se me apagó en la garganta. Entonces María, al notar mi impresión, me miró con ojos llenos de bondad y me dijo con voz suave, entrecortada por los suspiros que le arrancaba el dolor:

"— No es nada, Alejandro. Ya te perdono. —Y cayó al suelo desvanecida".

Todavía lo amaba, pero para ella primero era Dios, y su pureza. Este perdón otorgado al verdugo, al mismo tiempo que la estaba sacrificando; mientras veía, en la cara de su asesino, la repelente expresión de la pasión y de su odio, es de una belleza incomparable. El perdón que de nuevo le otorgó, antes de morir, fue conmovedor, pero era un acto obligatorio y necesario para salvarse. Este, que le concede mientras le desgarra el cuerpo y siente la niña cómo se le salen los intestinos por la herida, es sencillamente sublime. Prosigue Alejandro:

"La creí muerta y me retiré a mi cuarto.

"Pero María, al verse sola, ansiosa de huir del peligro, hizo un esfuerzo supremo, consiguiendo arrastrarse los cuatro metros que la separaban de la puerta. Corrió el cerrojo y la abrió, gritando con voz temblorosa:

''— Mamá, mamá... Dios mío... Dios mío..., me muero.

''Al oír estos gritos salí de mi habitación y en mi infame locura, me lancé de nuevo contra ella, la encontré medio echada de cara al suelo, mirando hacia la puerta y le clavé el punzón en la espalda. A la verdad, cometí entonces mi mayor vileza. Rematar a mi víctima, cuando ya había oído de sus labios que me perdonaba, reconozco que es algo que no tiene nombre: creo que me empujó a esta infamia, el afán de cerrarle la boca para siempre. Estaba como un loco furioso y no era dueño de mí mismo.

''La niña, sintiéndose sin fuerzas para defender su pureza, adoptó el único recurso que se le ocurrió: se echó en el suelo de bruces, gimiendo dolorosamente, ya casi sin voz:

''— No, Alejandro... Dios no lo quiere... Es pecado... Dios mío, me muero.

''Mi mano criminal le clavó de nuevo el punzón varias veces. Tuvo ella un estremecimiento y cesó de moverse. No me quedó ya duda alguna de que estaba muerta. Entré a mi habitación, me lavé y me vestí con el mejor traje que tenía, pues pensé que me sería útil en la cárcel. Luego, cerrándome en mi habitación, me tendí en la cama, esperando que los carabineros me vinieran a buscar.

''Ciertamente pensé en fugarme, pero sabía que las Lagunas no eran terreno apto para poder escapar de la justicia largo tiempo. Mi agitación era enorme. Intenté inútilmente sosegarme. Aunque en aquellos momentos de fiebre pasional no me encontraba en estado de discurrir, sin embargo apenas consumado el crimen, empezó a dominarme la resolución de que tenía que conformarme con expiarlo. También me

alentaba la idea de que en la cárcel lo pasaría mejor que en mi propia casa.

"Por un momento, cruzó por mi mente la perspectiva de los desastrosos efectos de mi execrable aventura: María muerta, los Goretti en la miseria; yo en la cárcel; mi padre en la desesperación... Tuve que apartar estas ideas, porque no me sentía con fuerza para afrontar el dolor de tanta desgracia.

"Eché una mirada despectiva, casi de odio, a aquellos papeluchos que me habían animado a perpetrar aquella infamia. No dudaba de que, dentro de pocos días, saldría yo en ellos, como 'héroe' de una tragedia de sangre. Entonces empecé a sentir asco por aquellos 'valientes' que hasta entonces había casi admirado. Para que tanta excitación interior no me llegase a trastornar la cabeza, intenté dormirme, no consiguiéndolo a causa de la representación vivísima en mi imaginación de la escena del crimen, viendo la cara de María que me miraba llena de angustia o con las palabras de perdón en los labios. Sin embargo, quedé amodorrado.

Pero María no había muerto. Dios quiso conservarle la vida, a fin de que se manifestase más su virtud y se hiciese más patente su martirio.

Había caído junto a la puerta de entrada, que el asesino había cerrado nuevamente de un golpe. Tomándose de ella, logró incorporarse algún tanto y sacar la cabeza al rellano de la escalera, a cuyo pie, estaba sentado el viejo Serenelli, atacado por la fiebre. En este rellano estaba la pequeña Teresa, llorando desesperadamente, pero María, no se sentía ya con fuerzas para consolarla. Fijaría en ella una cariñosa y triste mirada de despedida y, dirigiéndose al padre de su verdugo con voz débil y apagada, que ya no oyó el asesino, le dijo:

— Juan, suba..., Alejandro me ha matado... La niña sentía que la vida se le escapaba por momentos.

Entró de nuevo en la cocina, y cayó al suelo cuan larga era, apenas atravesado el umbral, mientras llegaban a sus oídos los gritos de la madre que la llamaba desde la era para que hiciera callar a Teresa. ¡Pobre mamá!, pensaría María al caer. La puerta quedó entornada.

Dejemos ahora que la madre nos siga contando lo acaecido en aquella hora trágica.

"Cuando oí llorar a la pequeña Teresa, levanté los ojos y vi que María ya no estaba en el rellano, y, temiendo que la pequeña cayese por la escalera, mandé allá a mi hijo Mariano, que estaba conmigo en el carro, diciéndole:

"— Mariano, vete a ver un poco, por qué llora Teresita, y a dónde ha ido María.

"Yo, en aquel momento, no sospechaba nada de lo ocurrido.

"Mientras Mariano marchaba, vi que el viejo Serenelli se había levantado de donde descansaba y que subía apresuradamente la escalera, por lo que Mariano había retardado el paso, seguro de que Juan socorrería a la pequeña Teresa.

"En aquel momento, los bueyes de mi carro hicieron un movimiento extraño y parecía como si quisiesen marcharse de la era... Empecé entonces a presentir algo malo, por lo que exclamé:

"— ¡Oh, Virgen Santísima! ¡San Antonio querido! Pero ¿qué esta sucediendo?...

"Llegado ya arriba el viejo Serenelli, ví que abría la puerta y que enseguida se volvía para llamarme:

"— Asunta, suba un momento.

"Y también llamó a Mario Cimarelli que estaba

trillando las habas en otra era inmediata, delante de la casa.

"— Mario, venga, venga.

"Cuando oí que llamaba también a Mario, me espanté y exclamé:

"— ¡Virgen Santísima! ¿Qué habrá pasado?...

"Dejamos el trabajo y nos dirigimos todos a la casa, precedidos de Mario Cimarelli, y seguidos de su esposa Teresa Lungarini, y otros vecinos.

"Apenas llegué arriba, vi que Mario llevaba en sus brazos a mi hija María, que apoyaba la cabeza en su hombro.

"Al ver yo a mi hija como muerta en los brazos de Cimarelli, lancé un grito, pero él procuró animarme, diciendo:

"— Comadre, no grite, porque María se ha hecho daño.

"Desde la cocina llevaron a María a su habitación, para dejarla sobre su camita. Yo la seguí y, de repente, se me ocurrió cuál había podido ser la causa de lo acaecido.

"La examiné y vi que estaba malherida en el vientre, saliéndosele los intestinos. En ese momento María se encontraba desmayada.

"Yo lancé un gran grito y, cayendo de rodillas, exclamé:

"— ¡Oh, Dios de misericordia! ¡Salva a mi hijita!

"Entonces los circunstantes me tomaron y me sacaron al rellano de la escalera desde donde yo llamaba ansiosamente a mi hija".

Entre tanto, Teresa atendía a la niña, haciéndola volver en sí, a fuerza de respirar vinagre. La mártir sentía un malestar indecible. Pensaba seguramente

que, cambiando de posición y metida en cama, sus dolores serían más soportables, por lo que suplicó a la señora Teresa:

— Déme vuelta del otro lado... Desvístanme.

Mas, para esto quería a su madre.

— Mamá, mamá— le gritó.

Dice Asunta:

"— Estando en el rellano oí que María desde su habitación me llamaba.

"Y yo, haciendo un gran esfuerzo, me deshice de los que me sujetaban y volví a entrar en su habitación.

"Entonces le pregunté:

"— María mía, ¿qué ha pasado?... ¿Quién ha sido?... ¿Cómo ha sucedido?

"Ella contestó con voz clara:

"— Ha sido Alejandro... ¡Mira qué me ha hecho Alejandro!...

"— ¿Por qué te lo ha hecho?

"— Porque quería hacerme cometer una cosa mala y yo no he querido.

"Entonces exhalé otro grito, y me sacaron afuera.

"Al salir, vi que entraba un médico llamado urgentemente..."

La madre fue transportada sin sentido, en brazos, a casa de los Cimarelli, donde la atendió la cuñada de Teresa, mientras ésta socorría a la virgencita junto con el médico.

No sólo había sido llamado el doctor. Los vecinos habían ido a Conca y a Neptuno en busca de carabineros para arrestar al asesino, quien posteriormente en sus declaraciones se admiraba de la rapidez vertiginosa de los sucesos de aquella tarde.

— Cometí el crimen —decía Alejandro— poco después de las tres de la tarde, y minutos después de

las cinco, habían llegado ya los carabineros de Neptuno, que dista de Le Ferriere unos doce kilómetros.

Pronto se divulgó la noticia, y empezaron a venir curiosos de Conca y de Campomorto. Algunos de éstos empezaron a meterse en la habitación de la niña, por lo que ella preocupada por salvaguardar su modestia, suplicó a Teresa:

— Quiero estar sola contigo... Llévame a otro sitio.

No era ello posible, pero sí se alejó a los curiosos. Temiendo que Alejandro intentase verla, la casta niña repetía casi inconscientemente:

— Por favor... No dejen entrar a Alejandro.

Entre tanto, se hacía la primera cura. El médico había venido poco provisto, por lo que fue necesario improvisar vendas con pañuelos y sábanas viejas, para detener la sangre que manaba de las heridas. La niña se daba cuenta de todo, y soportaba el dolor sin quejarse. Al quitarle la ropa, se le veían los intestinos y se desprendían trozos de piel y de carne. En su cara se reflejaba una mueca de sufrimiento, pero callaba heroicamente. En verdad era una mártir de la mejor escuela, en nada inferior a Inés y a Cecilia. Teresa le preguntaba cariñosamente, como antes lo había hecho ya la madre.

— ¿Quién te ha hecho esto, Mariettina?

Y ella, con un hilo casi imperceptible de voz:

— Alejandro.

— Pero ¿por qué te ha hecho una cosa así?

— Porque quería hacerme cometer un pecado torpe, y yo le decía: No, no, no.

Mientras tanto, el asesino permanecía encerrado en su cuarto. Nerviosos los circunstantes porque, en su impaciencia, les parecía que tardaban en llegar los carabineros, empezaron a dar golpes en la puerta de

su habitación diciendo a gritos:

— Alejandro, abre.

Pero el asesino seguía echado en su cama.

— Ya que no huyo —pensaba fríamente el muchacho—, que se tomen la molestia de echar la puerta abajo.

Al oír María, desde su habitación, los gritos de la gente, murmuraba tristemente:

— Alejandro... ¡Qué desdichado eres!... Te vas al infierno...

Y en su corazoncito, inmensamente capaz de amar y perdonar, ofrecía sus terribles dolores para que su asesino no perdiera la gracia de Dios, y para que no fuese al infierno. Bastaría con que Dios lo perdonase, como ella ya lo había perdonado.

Tenemos especial interés en hacer resaltar que la niña lo amaba. Alejandro no era para ella un ogro, un monstruo, un tipo repugnante, un malvado de instintos criminales, sediento de sangre. Alejandro era para ella como un hermano mayor, un amigo que la ayudaba y defendía, que le traía regalitos de Conca o de Neptuno; el joven robusto, apuesto, que, a pesar de su carácter retraído, era amable y bondadoso. El la acompañaba a misa y a comulgar, y él le había enseñado las primeras páginas de la gramática.

A María Goretti se le había presentado la terrible alternativa de perder la vida y la amistad de Alejandro, o perder la pureza y la gracia. Pero ella no dudó un momento, y prefirió conservar la perla de la virginidad, cuyo valor había aprendido a apreciar en el ambiente sólidamente cristiano de su hogar. Y así dio gentilmente su vida, y aún le quedó una sonrisa en los labios para decir a su asesino mientras la hería y ultrajaba:

— No es nada, Alejandro... Ya te perdono.

Era el eco de las palabras del Rey de los mártires en el Gólgota:

— Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen.

X

El sol va hacia el poniente

Eran las cinco y cuarto de la tarde, y llegaron con andar presuroso los carabineros a pie, de Cisterna.

Los curiosos reunidos en la Granja Antigua se arremolinaron a su alrededor pidiendo justicia. Los gritos de "mátenlo" llegaron a oídos del criminal, que adivinó la presencia de los agentes de la autoridad, como pronto pudo cerciorarse de ello.

"Oí —dice Alejandro— voces desconocidas, que me intimaban que abriese la puerta.

"— Somos carabineros— gritaban con tono amenazador—. Abre a la autoridad.

"Yo dudaba en mi interior qué debía hacer.

"Ante el griterío de la gente y los golpes con que sacudían la puerta, me confirmé en mi propósito de no abrir a nadie.

"Distinguí la voz de una mujer, Rita Comparini, dotada de mal genio y de fuerza hombruna, la cual arremetió contra la puerta, ya de suyo vieja y desvencijada, hundiéndola a empujones y puntapiés.

"Yo cerré los ojos y aparenté dormir. Desde luego no era posible estar dormido entre aquellos gritos y golpes infernales.

"Rita intentó arrojarse sobre mí, pero los carabineros se lo impidieron.

"Estos me mandaron levantarme, lo que hice sin oponer resistencia alguna, y, a una indicación suya, presenté las muñecas para que me esposaran.

"Al salir de mi habitación entre miradas de odio me di cuenta de que el suelo de la cocina-comedor estaba teñido de sangre, lo que me causó una impresión desalentadora.

"Al aparecer en el rellano superior de la escalera externa, la gente, al verme, estalló en imprecaciones y amenazas contra mí.

"En aquellos momentos me sentí anonadado y estaba decidido a no rehuir mi triste destino.

"Todas aquellas manifestaciones de aversión me parecían plenamente justificadas y no creo que me hubiese defendido, si hubieran intentado lincharme.

"Los curiosos seguían incitando a los carabineros con los gritos de 'mátenlo', pero ellos me defendían con sus armas, y, sin detenernos, emprendimos el camino hacía Neptuno.

"Las pocas veces que levanté los ojos, que tenía fijos en el suelo, reconocí a varios de los que gritaban contra mí; no ví en cambio a los Goretti, pero sí pude ver a mi padre, cuya expresión de angustia me impresionó terriblemente.

"No pudimos decirnos nada, ni tampoco nos lo hubieran permitido"

Acababan de llegar los carabineros a caballo de Neptuno, a quienes fue entregado el criminal. Atadas sus manos con sendas cadenillas prendidas de la montura de los caballos, comenzaron a recorrer a buen trote los once kilómetros que los separaban de la ciudad. Alejandro emprendió, pues, una extenuante

carrera a pie hacia Neptuno. Su abatimiento lo hacía insensible a todo cuanto se desarrollaba a su alrededor. Se dejaba empujar por los acontecimientos sin creerse con derecho a protestar por nada, y cualquier agravio le parecía muy justificado.

Apenas embocaron la carretera, empezaron a encontrar grupos de curiosos que acudían a Le Ferriere para enterarse de lo sucedido. Al ver al criminal, lo miraban con desdén, soltando a veces frases despectivas, a pesar de la natural compasión que les causaba verlo correr suduroso en aquella tórrida tarde de julio, extenuado, lívido, entre aquellos dos carabineros, al trote de sus caballos.

Afortunadamente para Alejandro, a los pocos kilómetros se cruzaron con el sargento que se dirigía también a la Granja Antigua para hacer la inspección del lugar del crimen, el cual recomendó a los carabineros que aflojasen la marcha, diciéndoles:

— ¡A paso moderado!

Aun en los años de su vejez, experimentaba Alejandro inmensa gratitud hacia la memoria de dicho sargento, cuando recordaba su intervención humanitaria.

Hacía una hora que el preso andaba sin descansar por aquella carretera reseca y cubierta de polvo, cuando se encontró con la ambulancia de la Cruz Roja de Neptuno que iba a recoger el cuerpo malherido de María. Al cruzarse con ella, no pudo menos de sufrir una sensación de angustia, que se agravó cuando uno de los carabineros exclamó:

— Lo que allí hace falta es un coche fúnebre.

Desde luego que Alejandro creía a María ya muerta, pero esta especie de nueva seguridad no le dejó de impresionar. Seguía recordando la mirada que la niña le había dirigido al verse herida, y sus palabras

de perdón resonaban sin cesar en su conciencia, causándole una emoción que no dejaba de tener parte en la fatiga de aquella larga carrera sin descanso.

Llegaron finalmente a Neptuno, y al penetrar Alejandro en la cárcel, tuvo la impresión de que para él empezaba una vida de trabajos y de dolores, de modo que al cerrarse detrás de él la puerta, se creyó ya sepultado en vida. La existencia en Le Ferriere ya no le parecía tan dura como siempre había juzgado.

Dejemos ahora al asesino esperando ser presentado al juez, y volvamos a contemplar una vez más a la pequeña víctima tendida en su lecho de martirio.

•••

Llegó la ambulancia a Le Ferriere. Y Asunta, que estaba de nuevo al lado de su hija, recibió la noticia con un estremecimiento.

— Señora Asunta, la ambulancia.

Iban a sacar a su hija de aquella casa a la cual la niña ya no volvería más. Su corazón de madre sabía que esta vez no se equivocaba. Sólo le restaba el pequeño consuelo de poder acompañarla al hospital, para estar a su lado hasta que exhalara el último suspiro, si se lo permitían.

Entre tanto llegaron los enfermeros y con el médico prepararon a la niña lo mejor que pudieron para el traslado. Luego, Mario Cimarelli la cargó en sus fornidos brazos, la sacó de la habitación y, atravesando la cocina-comedor, apareció con ella en el rellano de la escalera, ante un público emocionado que guardó un religioso silencio. Sus hermanitos la veían marchar, sin poder decirle adiós.

— ¡Se la llevan —gemía Ersilia con inmenso dolor, a pesar de sus cuatro años. La pequeñita parecía ahogarse, y a raíz de esto cayó gravemente enferma, y le salieron por todo el cuerpo granos malignos que los médicos atribuyeron a la sobreexcitación nerviosa de aquella tarde.

También Angel, al ver a María, pálida como muerta, sufrió un acceso de nervios tan violento que muchos creyeron que iba a volverse loco.

¡Y la madre contemplaba todo aquello!... María, muriéndose; Ersilia, ahogándose en llanto; Angel volviéndose loco, y ella..., ella, rezando en voz baja: Dios mío, hágase tu santa voluntad... Miraba tristemente a su alrededor y no veía a nadie ni nada capaz de consolarla. La gente se acercó a contemplar el rostro de la mártir. Será porque en este mundo no se aprecian las cosas hasta que se pierden; pero lo cierto es que nunca les había parecido tan bella.

— Es verdaderamente un ángel —murmuraban unas.

—Es una santita —decían otras.

—Adiós, Mariettina, adiós —decían a su paso algunas de sus amiguitas de catecismo de Conca y de Campomorto, con la ilusión de que las oyera y reconociera por la voz.

Era ya media tarde, y el sol de aquel día canicular de julio teñía de sangre, como por milagroso espejismo, las escasas nubes. La carita blanca de la mártir, coronada de su preciosa cabellera rubia que le habían soltado, tomaba, a los rayos del sol, un leve matiz rosado que le añadía un toque de perfección.

Asunta y Teresa Lungarini ayudaron a colocar en la camilla de la ambulancia a la pequeña víctima, y luego subieron al vehículo con Mario Cimarelli y enfermeros para acompañarla al hospital de los Herma-

nos de San Juan de Dios, de Neptuno. La ambulancia partió en medio de un profundo silencio de respeto al dolor de la madre y de veneración religiosa a la pequeña gran heroína.

Los caballos de la ambulancia iban a paso más bien lento para no aumentar con las sacudidas violentas producidas por los numerosos baches del camino, los dolores de la niña. Pero no siempre eran evitables, y entonces la mártir sentía recrudecérsele la violencia del dolor de las heridas. Pero ella callaba, porque había aprendido del divino Maestro toda la sublime belleza del silencio en medio del sufrimiento. Callaba, además, porque a su lado estaba su madre, cuyo tormento no quería aumentar manifestándole los suyos.

Pero llegó un momento en que no pudo más. Las entrañas se le desgarraban; cada respiración clavaba una puñalada en su pulmón atravesado; su corazón herido trabajaba con gran dificultad y opresión; cada minuto se le figuraba una hora. Entonces eligiendo entre todas las expresiones la que mejor podía ocultar a su madre el sufrimiento que la extenuaba, le preguntó con voz débil y confiada:

— Mamá, ¿falta mucho para llegar?

¡Cuánta amargura encerraba esta pregunta, al parecer tan ingenua! La niña había alcanzado aquel momento culminante del dolor en que un alma exclama desfallecida: Ya no puedo más.

Sin embargo, aún faltaba media hora de camino, que le parecería interminable...

Entre tanto el asesino era presentado ante el juez de Neptuno. Oigamos al culpable:

"Al poco rato de entrar en la cárcel municipal de Neptuno, fui presentado al juez. Manifesté allí mi identidad personal y mis antecedentes. Al declarar que no había aún cumplido los veintiún años de edad,

noté que los presentes cuchicheaban entre sí. Entonces no comprendí la causa. Más tarde me di cuenta de que estarían comentando que era menor de edad, por lo cual no se podía pensar ni en la pena de muerte, ni en la cadena perpetua.

”Insistieron en ese dato de la edad. Ratificando mi declaración, dije que mi cumpleaños era el 2 de junio, y que el año de mi nacimiento había sido el de 1882.

”También les impresionó mi afirmación de que uno de mis familiares, mi hermano Vicente, era del cuerpo de carabineros. Seguramente lo conocían y tenían de él buenas referencias.

”Cuando me empezaron a preguntar sobre el asesinato de Mariettina, me encerré en un silencio obstinado. Estaba perplejo y no sabía qué determinación tomar; además ignoraba que ya María había declarado que era yo el culpable. Por otra parte, me hallaba muy excitado y rendido físicamente por la terrible carrera a pie desde Le Ferriere a Neptuno. Seguramente notaron los del jurado esto último, pues levantaron en seguida la sesión y se me sirvió una cena reconfortante.

”De pronto mi porvenir no se presentaba ya tan ‘pasable’ como anteriormente mi desesperación me lo había hecho soñar. Ciertamente no me faltaría en adelante un bocado para comer, pero en pocos minutos me había dado cuenta de que acababa de perder algo mejor: la libertad.

”Esta idea me empujaba a intentar en lo posible mi liberación, determinación que había puesto un silencio impenetrable en mis labios, pero, por otro lado, no se me podía ocultar que el crimen era totalmente manifiesto, sin posibilidades de paliativos. Mientras estaba luchando conmigo mismo, se me

acercó el carabinero Leonardo Ruggiero, enviado expresamente para explorarme.

"Se esforzó en infundirme valor para declarar la verdad, con el aliciente de una pena más suave:

"— No temas, Alejandro —me dijo—. Como eres menor de edad, el castigo se va a reducir a unos años de cárcel. No dudes que el tener un hermano carabinero se tomará en cuenta a tu favor. Además, él no dejará piedra por mover para que te libres de la condena. Una confesión clara y noble de tu 'desgracia' pondrá a los jueces en estado favorable de ánimo, y se apreciará el crimen como una aventura de un joven alocado e impulsivo. El haber habido entre tus familiares varios dementes acabará por eximirte de la mayor parte de la culpa.

"Se marchó Ruggiero y me quedé solo con mis pensamientos. De hecho, había ya tomado mi resolución: confesaría.

"Ya adelantada la noche, me condujeron de nuevo al tribunal. Allí, entre la extrañeza de algunos y la sonrisa de Ruggiero, me declaré culpable del asesinato de Mariettina.

"Al ser preguntado sobre los motivos de mi macabra resolución, dije sencillamente en honor de la verdad y también de mi víctima:

"— La he herido porque no quiso acceder a mis deseos... La había acosado ya dos veces sin conseguir nada".

Y a estas palabras se reducen las que ha pronunciado la Iglesia al declarar virgen y mártir a santa María Goretti.

Ante afirmaciones tan terminantes, el interrogatorio se dio por terminado. Se trataba de un asunto en el que habían de entender los tribunales romanos. Prosigue Alejandro:

"Terminado el breve interrogatorio, me condujeron al calabozo. Mi excitación se había calmado algún tanto. Había dicho la verdad. Había tributado un homenaje a mi propia víctima.

"Al ir a tenderme sobre la tabla en que había de pasar mi primera noche de recluso, no recé por su curación, pues la creía muerta, pero, tapándome los ojos humedecidos con el llanto del arrepentimiento con mis manos teñidas aún en sangre, recé devotamente por su alma un padrenuestro, avemaría y requiem".

En adelante ésta será su última oración y su último pensamiento al final de cada jornada, en sus largos años de cárcel. Y cuando todos lo tendrán como un cínico porque confesó sin tapujos la verdad de su crimen; cuando se lo llamará fiera sin corazón y monstruo sin piedad, él, todas las noches, cuando el centinela haya recorrido por última vez, con la linterna en la mano, los largos corredores de las cárceles y penitenciarías en donde estará enterrada su juventud, se hincará de rodillas en el húmedo suelo de la celda carcelaria.. Allí, recordando la última mirada de perdón de María, rezará invariablemente y con emoción profunda su padrenuestro, y le temblará la voz al pronunciar las palabras de arrepentimiento y de rehabilitación: Y perdónanos nuestras deudas...

●●●

La ambulancia llegó al hospital de los Hermanos de San Juan de Dios, de Neptuno, a las ocho de la noche. Una multitud esperaba a la puerta, ansiosa de ver a la que ya empezaban a llamar mártir. El pueblo

con su instinto maravilloso descubría en aquel hecho la grandeza y la majestad del martirio. Para él, aquella niña ya no era la pobrecita campesina de Le Ferriere, sino la Inés del siglo XX, como se la comenzó a apellidar desde aquel atardecer de julio de 1902.

Cuatro jóvenes de Neptuno reclamaron para sí el honor de entrar la camilla a hombros en el hospital.

María abrasada por la sed a causa de la gran cantidad de sangre perdida y de los tormentos sufridos, mirando a su madre le dijo suplicante:

— Tengo sed.

La pobre mujer se apresuró a manifestar la necesidad de su hija a los enfermeros.

— Tiene sed.

Pero la respuesta duramente negativa quitó toda posibilidad de alivio.

— Es imposible darle de beber, pues debe ser operada de inmediato.

Avisados oportunamente, esperaban ya a la herida tres médicos y un practicante cirujano.

Llevada la niña al quirófano, le hicieron el primer exámen. Los médicos se miraron, cambiándose una mueca de desagrado. Al momento comunicaron su impresión decididamente pesimista al superior, padre Martín Guijarro, español.

— Padre, no hay nada que hacer. Puede confesarla, si le parece.

El padre Guijarro, ante declaración tan terminante, se decidió a comunicárselo a Asunta.

— Señora, somos cristianos, ¿no es verdad?

— ¡Vaya! No faltaba más.

—Entonces, antes de operar a su hija, la vamos a confesar.

— ¡Virgen Santísima! Ya que Dios ha hecho que

llegue viva aquí, lo primero es confesarla.

El padre Guijarro entró en la sala de operaciones y comunicó a los médicos que iba a atender a la paciente. Se acercó a la pequeña y se dispuso a confesarla. Dejemos que él mismo cuente aquella admirable y piadosa escena.

"La sala de operaciones —que ahora es un recibidor—, estaba espléndidamente iluminada con luz eléctrica, cosa rara en aquel tiempo. El centro estaba ocupado por un aparato giratorio sobre el cual yacía María Goretti medio vestida, cuya rubia cabellera, en completo desorden, cayendo por sus mejillas blancas, daba un aspecto angelical y majestuoso a las delicadas facciones de su cara, muy pálida por la abundante pérdida de sangre".

La confesión general de la niña duró pocos minutos, durante los cuales, olvidándose de sus dolores, explicó con naturalidad y claridad sus pequeñas faltas al confesor. Ella, que algunas horas antes, durante la mañana, había dicho varias veces que al día siguiente quería confesarse en Neptuno, lo estaba haciendo ahora en unas circunstancias que no podía haber imaginado.

Terminada la confesión, entraron de nuevo los doctores en la sala y sin practicarle anestesia de ninguna clase, empezaron una operación desesperada, sangrienta, agotando todas las posibilidades de la cirugía para salvarle la vida.

Después de cuanto había sufrido durante aquella tarde, que le había parecido eterna, ahora la pobrecita tuvo que soportar que le arrancasen las vendas arrastrándole trozos de intestinos, y que le abriesen en un desesperado intento de salvarle la vida. Entonces se manifestó con toda evidencia su piedad, su espíritu de sacrificio y su amor a Jesús y a la Virgen, funda-

mento de su virtud heroica. Resistió las dos horas de la intervención quirúrgica sin gritos, sin llorar, sin quejarse, sin un movimiento de desagrado, sin llamar siquiera a su adorada madre.

Como declaró el doctor Bártoli en los procesos de beatificación, en todas aquellas largas horas de cruel agonía no hizo sino invocar desde lo más intimo del alma a Jesús y a la Virgen. (Este médico era uno de los cuatro que la habían atendido durante la operación). Sin duda, cuantos hasta entonces la habían conocido, la tenían por una chica modelo, pero nadie había sospechado que, bajo aquellas apariencias de niña sencilla y más bien tímida, se ocultase el tesoro de un alma fuerte que había llegado a la perfección del amor a Dios, que es lo máximo de la vida cristiana y cuyo mayor exponente es el sacrificio.

Terminada la operación, la niña, más blanca que nunca y también más purificada y enriquecida de méritos que nunca, fue trasladada a una habitación reservada para mujeres, en la cual, acompañada de su madre, de Teresa Lungarini y algunas contadas personas, iba a consumar el sacrificio de su vida, para ir al encuentro del divino Cordero que se apacienta entre azucenas.

XI

Ven, esposa de Cristo

A las diez de la noche, María abrió los ojos, después de un ligero desvanecimiento, y se encontró en la celda del hospital. Descansaba sobre un blando lecho, pero por sus dolores y heridas, le parecía todavía demasiado duro.

Se vio rodeada de varias personas que la contemplaban con verdadera devoción. Entonces la niña buscó ávidamente con la mirada a su madre querida y, al verla llorosa, descolorida, con las facciones demudadas por la pena, sintió en su corazón una gran amargura, y, deseosa de consolarla, le dijo como pudo:

— Mamá... Mamá... Me encuentro bien, ¿sabes?

Y, olvidándose de sus propios sufrimientos, pensó en los de los suyos:

— Y ¿cómo están los chicos?

— No te preocupes por ellos. Se encuentran en casa de Cimarelli. Nada les faltará contestó Asunta.

Luego, viendo la virgencita que la gente iba desfilando delante de su cama contemplándola devotamente, tuvo miedo de que unos ojos impuros pudiesen posarse sobre ella, por lo que pidió con firmeza:

— Mamá, no dejes entrar a Alejandro.

La paciencia de la niña era admirable. Sin embargo el tormento de la sed se le hacía cada vez más insoportable, sintiéndose desfallecer.

— Tengo sed. Denme un poco de agua — gemía suave y dolorosamente.

¿Acaso no se había quejado Jesús, en la cruz, de su sed ardorosa?

El enfermero movía lentamente su cabeza en gesto negativo:

— No es posible. Sería matarla.

La niña callaba durante largo rato procurando inútilmente despertar una gota de saliva en su boca reseca. Pero aquello era imposible de soportar humanamente, y la niña suplicaba de nuevo:

— Un poco de agua, mamá.

Esta, que le habría dado gustosa toda su sangre hasta la última gota, moría de pena al verse impotente para aliviar la sed de su hijita adorada. No podía recordarlo sin llorar.

— Figúrese mi desesperación —me contaba afligidísima—. No poder dar a mi hija este pequeño alivio. Aún ahora no encuentro consuelo, si no acudo pronto al pensamiento de que también a Jesús le negaron una gota de agua, dándole en cambio hiel y vinagre.

Mariettina, aunque conformada, no comprendía cómo se negaban a darle un alivio tan pequeño para aquel sufrimiento mortal. Por eso, mirando a su madre, exclamó tristemente extrañada:

— Pero, ¿es posible que no puedan darme ni una gota de agua?

— No, vida mía. No es posible. Acuérdate de la sed de Jesús.

Y esta terrible negativa, recibida de labios de su misma madre, fue para María la hiel y el vinagre que

dieron a Cristo en su agonía.

— ¿Tú tampoco, mamá? sollozó dolorosamente. ¡Su misma madre se lo negaba!

La niña ya no volvió a pedir agua en su vida. Sólo le restaba beber hiel a grandes sorbos.

María callaba porque el médico se lo había recomendado, pero, al ver la angustia reflejada en el rostro de su madre, no pudo dejar de decirle otra vez:

— Me encuentro bastante bien, ¿sabes?

Y la madre fingía creerle:

— Sí, estás bastante bien, pero no hagas esfuerzos para hablar, que el doctor ha dicho que no te conviene.

— Sí, mamá; pero me encuentro bastante bien.

Llegada la medianoche, los enfermeros dijeron a Asunta que se retirase. Las terribles impresiones de aquella tarde y de aquel atardecer pedían descanso para sus nervios exhaustos. Asunta, comprendiendo la razón del consejo para ella tan doloroso, se dispuso a marcharse, pero antes se acercó a su hija para besarla. La niña entendió de qué se trataba y le preguntó:

— Mamá, ¿no estarás a mi lado esta noche?

— No hijita. No me dejan, no me dan permiso para quedarme. Sólo se lo dan a Teresa; ella se quedará contigo.

Efectivamente se quedó sola con Teresa, pero no fue durante mucho rato, porque poco después llegó el párroco de Neptuno, que, como sabemos, ya conocía a la niña. El sacerdote pronto advirtió que debía asistir a aquella niña como se asiste a morir a los santos.

Al entrar la había encontrado con los ojos fijos en el cuadro de la Virgen que colgaba de la pared de enfrente de la cama. Empezó por hablarle de Ella y de Jesús, y le daba a besar un devoto crucifijo, aunque procurando no cansarla. Aquellos momentos fueron

deliciosos para María. Era tanta la felicidad que se reflejaba en su rostro que se había olvidado de sus dolores y de su misma sed.

Unos minutos más tarde entró el padre Guijarro para poner en práctica una hermosa idea que se le había ocurrido: inscribir a la virgencita en la asociación de las Hijas de María. No se le ocultaba que no pasaría de ser un bello acto simbólico, pero quiso procurar esta gloria para dicha asociación, y sobre todo, este consuelo para la santa.

— Mariettina, ¿te gustaría ser inscripta entre las Hijas de María?

— Mucho, mucho — contestó ella con la cara iluminada por una auténtica alegría.

Bueno. Entonces enviaré tu nombre a la Congregación de Roma y, entre tanto, te impondré la medalla de Hija de María ¿Te parece bien?

— Bien, muy bien.

Sin perder tiempo, el padre le puso en el cuello una cinta verde de la que pendía la medalla de la Virgen. Mariettina la contempló extasiada unos instantes. Allí estaba la Reina de las Vírgenes, y a su alrededor una inscripción dulcisima para la niña. "¡Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a vos!" Luego, aunque no sin dificultad, se la llevó repetidas veces a los labios y, alzando los ojos, cruzó de nuevo su mirada con la Virgen del cuadro que presidía su celdita, y murmuró entre dientes, aunque inteligiblemente:

— La Virgen me espera...

Algunas religiosas del hospital, convencidas de que tenían consigo a una auténtica mártir, adornaron la sala y esparcieron flores sobre la cama de la niña. Todo esto era además muy oportuno, pues María iba a recibir a Jesús sacramentado en el santo viático.

El padre empezó a prepararla. Le habló de la eucaristía, alimento para el viaje a la eternidad; le recordó a Jesús perdonando desde la cruz a sus verdugos. Era el momento para que María hiciera una declaración solemne de que también ella perdonaba a su asesino.

— Y tú, María, ¿perdonas de corazón a tu asesino?

La niña no tuvo que hacerse violencia alguna para contestar:

— Sí, lo perdono por amor a Jesús... Y quiero que esté conmigo en el paraíso... Que Dios lo perdone, que yo ya lo he perdonado.

Su corazón, hecho a semejanza del de Cristo, no hubiera sabido odiar ni aunque se lo hubiera propuesto. El resentimiento natural contra su asesino y el desprecio que debía causarle por el hecho de que la rematase, cuando ella le había ya manifestado su perdón, fueron vencidos fácilmente por su caridad heroica y por el vehemente deseo de imitar al Señor crucificado. Por eso pudo decir que "por amor a Jesús lo perdonaba".

Otra pregunta todavía le hizo el párroco:

— ¿Sabes a quién vas a recibir en el viático?

A lo que ella contestó:

— Al mismo Jesús que pronto veré en el cielo.

Entre tanto Asunta, como no hubiese en el hospital ninguna sala vacía, fue a descansar en la ambulancia, sobre la camilla en que su hija había sido transportada.

Años más tarde la madre recordaba estas horas pasadas aquella noche, lejos de todos sus hijos, como unas de las más amargas de su vida. No se hacía ilusiones. Su corazón le aseguraba que María iba a mo-

rir. Y con ella moriría la felicidad y la alegría de su familia. ¿Quién cuidaría de la casa y de los hermanitos en adelante, cuando ella estuviese en el campo?

¡Oh! ¡Con cuánto gusto hubiera preferido su propia muerte, a no ser por aquellos cinco angelitos de Dios que quedaban en Le Ferriere!... Por otra parte, le era imposible a la pobre madre apartar de su espíritu la imagen de su hijita clavada en el lecho de la agonía, y sentía repercutir sin cesar en sus oídos sus desgarradoras palabras:

— ¿Es posible que no me puedan dar de beber? ¿Tú tampoco?, mamá...

En el torbellino de estos pensamientos angustiosos que se sucedían durante interminables horas, el agotamiento pudo más que el dolor, y Asunta cayó repentinamente en un estado de inconsciencia, mezcla de sueño y desmayo, y no despertó hasta muy entrada la mañana.

•••

La celda de María se había convertido en oratorio, donde una mesita cubierta de manteles hacía de altar. Una carpeta bordada con motivos eucarísticos cubría las sábanas de la camita, nuevo altar en que se ofrecía aquella víctima cruenta.

No faltaban luces, y el suelo estaba convertido en una bellísima alfombra de lirios, rosas y florecillas campestres, como lo aseguran testigos peresenciales. Aquellas flores habían esperado a María para morir con ella, a su lado, acariciadas por su mirada, a cambio de su exquisito perfume.

La vigilia había dicho la niña que quería comul-

gar al día siguiente, e iba a ver realizado aquel amoroso deseo:

— No veo la hora de estar con Jesús.

Esta era su ansia y su ilusión, y esta hora se acercaba. Dentro de unos momentos estaría estrechamente unida a él con el abrazo eucarístico, y, antes de caer el sol, se hallaría junto a Jesús para siempre, en la gloria del cielo, gozando de la visión beatífica...

El sacerdote se acercó a la virgencita con la sagrada hostia en las manos.

— El viático del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo custodie tu alma hasta la vida eterna. Amén.

María dirige una mirada de amor a la sagrada forma, en la que viene su divino Esposo. El sabe que si ella muere es por haberle sido fiel hasta el fin. La virgen mártir se lo diría desde lo más recóndito de su alma:

— Jesús, tú sabes que muero por ti, tú sabes que he preferido la muerte entre los más horribles tormentos antes que ofenderte. Entra en mi pecho que está destrozado, desgarrado, sangrante. Una sola cosa ha quedado intacta: mi virginidad, la virginidad de mi amor y la virginidad de mi cuerpo agonizante.

Al sentir el divino contacto, María cerró los ojos del cuerpo para abrir de par en par los de su alma al Esposo que venía a pedirla para la boda en el cielo. Es difícil adivinar lo que pasó entre Jesús y Mariettina en los últimos momentos de su vida. Desde luego la dulzura hubo de ser inefable y la entrega mutua, total. María podía decirle:

— Jesús mío, he cumplido la promesa que te hice en mi primera comunión: la pureza... a cualquier precio.

El sacerdote le administró después la santa unción y se retiró conmovido.

Entonces el hermano Meirado, farmacéutico del hospital, acercándose a la niña, le suplicó:

— María, acuérdate de mí en el paraíso.

Ella, que en su humildad no se consideraba mártir y creía posible que la esperase largo tiempo de purgatorio, le contestó con plena lucidez:

— ¡Quién sabe cuál de nosotros dos llegará allí antes!

— Tú, buena María.

— Bien, si es así, me acordaré de usted.

Asunta que ya se había despertado, volvió al lado de su hija, quien le sonrió al verla llegar. Intentó hacer lo mismo la madre, pero su angustia se acentuó al notar cuánto había decaído María en aquella noche de tormento.

Algo más tarde llegó el sargento de carabineros Lorenzo Fantini y suplicó a Asunta que la interrogase sobre ciertos puntos del martirio, en vista del proceso del asesino.

— Mariettina, has de decir la verdad a tu madre... ¿Es verdad que fue Alejandro Serenelli quién te hirió?

— Sí, mamá.

— Y ¿por qué lo hizo?

— Porque me quería hacer cometer un acto torpe y yo le decía: No, no. Es pecado, Dios no lo quiere... No me toques o, si no, irás al infierno... Pero él no ha conseguido lo que quería... Entonces con un punzón, me ha herido en el vientre y en otras partes.

— ¿Te había tentado alguna otra vez?

— Sí, mamá, otras dos veces. Alejandro me ha fastidiado con estas cosas, hace cerca de un mes.

— Pero, vida mía, ¿por qué no lo contabas a tu madre?

— Mamá, me daba vergüenza porque no sabía cómo decírtelo... Además, Alejandro me juró que me mataría si te lo decía..., pero me ha matado lo mismo.

En estas palabras quedaban más a las claras los sentimientos de la niña. Sentía vergüenza de hablar de estas cosas que le daban fastidio, y además callaba por temor de la muerte. Sí amaba la vida, aunque, al presentársele la alternativa de tener que elegir entre una existencia manchada por el pecado, o una muerte dolorosa pero santa y pura, se decidió por ésta sin vacilación alguna.

La madre seguía preguntándole, como si pretendiese remediar lo irremediable:

— Pero, ¿por qué no gritabas cuando te hería?

— Sí, mamá, que gritaba; pero cuánto más yo gritaba, más él me hería. Cuando no pude gritar más, entonces me dejó.

A medida que el día avanzaba más, iban faltándole las fuerzas a la paciente.

Entre tanto, como declara un testigo ocular, "la multitud que deseaba verla era tanta, que debía desfilar sin poder pararse, y, a la vista de la niña, casi ya rodeada de una aureola sobrenatural, prorrumpía en llanto y seguía silenciosamente su camino".

Al dar las tres de la tarde, veinticuatro horas después del atentado, el fin parecía cercano. Exclama la madre en una de sus declaraciones:

"¡Pobre Mariettina mía! ¡Cuánto tuvo que sufrir hasta los últimos instantes de su vida, aunque se esforzaba por ocultarme sus dolores!

"Cuando vi que la muerte era inminente, le dije:

"— Mariettina, ruega por nosotros..., perdona a todos..., encomiéndate al Señor.

"Después la besé, y ella... me devolvió el beso. Enseguida le acerqué el crucifijo y la medalla de hija

de María. Ella los puso sobre sus labios, y luego los apretó contra su pecho".

Pasados unos momentos, la niña suspiró y dijo:

— Papá... papá...

Pensaba en su difunto padre, que pronto iba a ver en la gloria. Pero, apenas hubo pronunciado este grito filial, abrió sus ojitos, algo sobresaltada, y los fijó en su madre. La niña temía que el recuerdo del padre ausente hubiera podido aumentar la pena de la madre, y, con una presencia de ánimo maravillosa, le dijo con hondo sentimiento:

— Perdóname, mamá.

Eran las palabras de despedida. Inmediatamente empezó a delirar. De improviso su imaginación le hizo revivir le escena de la seducción. Creía encontrarse de nuevo en Le Ferriere ante Alejandro que la acosaba, y, extendiendo las manos como si se defendiese de sus ataques, exclamaba:

— ¿Qué haces, Alejandro?... No me toques, que vas al infierno...

La heroína revivía la lucha en toda su dureza, y se aprestaba a batirse con la misma lealtad que en la vigilia... Luego, fijando la mirada, iluminada por un resplandor sobrenatural, en el cuadro de María de la salita, volvió a repetir varias veces suavemente:

— La Virgen me espera... La Virgen me espera...

Y sonriendo dulcemente, expiró victoriosa en esa su camita, que quedaba convertida en la carroza triunfal de una heroína cristiana. Eran las cuatro menos cuarto de la tarde del domingo 6 de julio de 1902. Había sufrido el martirio de la pureza el día anterior, primer sábado de mes, dedicado a la que es Reina de las Vírgenes y de los Mártires.

Sobre el cadáver llora su madre, sin consuelo. Fue tan grande su dolor, que tuvo por milagro no ha-

ber caído muerta, abrazada a su hijita. Aquel dolor y aquel llanto no eran ninguna debilidad, sino el sagrado derecho de todas las madres, que mueren tantas veces como hijos se les van. Asunta sabía que Dios no le pediría cuenta de aquellas lágrimas más amargas que la hiel. Le aconsejaron que se marchase y ella obedeció sin protestar. Besó por última vez a su hija. Levantó luego sus ojos y sus manos juntas hacia el cielo, y con voz firme, que provocó sollozos entre todos los presentes, proclamó su profunda resignación cristiana:

— Señor, tú me la diste y tú me la quitas. ¡Bendito sea tu santo nombre!

XII

El Calvario de una Madre

Asunta se sentía inmensamente sola. Si hay ocasiones en que la vida es un castigo, ésta era una de ellas para la pobre viuda. Pero no podía morir, pues en Le Ferriere la estaban esperando cinco hijitos que la llamaban llorando desconsolados.

Además, a su alma dolorida, tan terriblemente acrisolada por una vida de pobreza, de sacrificio, de desengaños y de penas, Dios le tenía reservado el gozo mayor que puede codiciar una madre en este mundo: ver *santa* a su hija. El Señor empezaba ya a descorrerle el velo de este glorioso porvenir.

"— Cuantas palabras de consuelo me dirigían —explicó Asunta—, se fundaban en su muerte angelical y santa; en el *martirio* sufrido por mi hijita. Todos me felicitaban, porque tenía una hija mártir.

"— Animo, consuélese —me decían unos—, porque María está ciertamente en el paraíso; incluso ha perdonado a su asesino.

"— Valor, buena cristiana —añadían otros—, que su hija es otra santa Inés. ¡Dichosa niña que ha sabido morir como una santa, antes que mancharse!"

El mismo conde Mazzoleni la consolaba diciendo entusiasmado:

— ¿Por qué llora? ¿Por qué llora? ¡Si cuando ya estaba muerta todavía hablaba!...

Todo Neptuno resonaba con una sola exclamación:

— Ha muerto la santa... Ha muerto la mártir... Es verdaderamente otra santa Inés.

El sagrado cuerpo de la virgencita mártir fue vestido de blanco y cubierto de flores; algo inclinada hacia un lado la cabeza enbellecida por su cabellera de oro, y con cruz, unos rosarios y una palma en sus manos entrecruzadas, fue expuesto a la devoción de los fieles. Estos durante veinticuatro horas consecutivas desfilaron piadosamente para venerar a aquella pobre labradora, de familia humilde; todos pasaban rosarios por sus manos y tomaban flores de su camita como reliquias. No faltaron madres que hacían que sus hijitas la besasen, con el designio de que les comunicase su virtud y su amor a la pureza. Las niñas, sin impresión alguna, a pesar de hallarse delante de un cadáver, la besaban amorosa y largamente, porque aquello no era "un muerto", sino un ángel que dormía soñando sueños de cielo.

A las doce de la noche se cerraron las puertas del hospital. María iba a ser sometida a la autopsia mandada por la ley, y por medio de la cual Dios quería manifestar todo el valor de la mártir y toda la pureza de la virgen. Antes de que empezase la operación, fue llamada Teresa Lungarini de Cimarelli, y se le interrogó:

— ¿Reconoce en este cadáver a la niña María Goretti?

Teresa miró aquel cuerpo angelical colocado sobre una mesa de mármol... Sí, era ella. Una sola cosa había cambiado: aquella su hermosura triste se había iluminado con una sonrisa, resplandor de su

gloria de mártir. Teresa no pudo contener el llanto, y, más con la cabeza que con su voz entrecortada exclamó:

— Sí. Es ella. Y lo juró.

La autopsia dio el siguiente resultado: catorce heridas y varias contusiones, cuya distribución en el cuerpo los médicos describieron con toda precisión y minuciosidad, siguiendo un estricto orden numérico.

De allí se deducen las conclusiones siguientes.

María Goretti forcejeó valientemente para rechazar al seductor y defender su pureza. Por las primeras heridas, designadas en el informe médico con los números once, doce, trece y catorce, se manifestaba claramente el designio del atacante de rasgar las vestidos.

Las contusiones sin duda se debieron producir cuando la niña tropezó con el banquito que estaba junto al hogar y cayo al suelo, lo que le impidió la huída.

Las heridas del vientre le alcanzaron el intestino delgado y el mesenterio. Las de torso le atravesaron el pericardio, la aurícula derecha del corazón, el pulmón izquierdo y el diafragma.

Todas estas heridas le produjeron una gran pérdida de sangre que, junto con una peritonitis séptica, fueron la causa inmediata de su muerte.

Las heridas de la espalda recibidas cuando se echó de cara al suelo, junto a la puerta, fueron las más profundas, pues ya, desfallecida, no podía oponer resistencia.

Asunta, con el ansia explicable en una madre tan cristiana, pidió al doctor Francesco Bártoli si su hijita había sido violentada, a lo que el médico contestó:

— No tema usted. Está intacta como si acabase de nacer.

Y lo mismo juró este profesional, en los procesos de beatificación de la niña.

Terminada la autopsia, los médicos cosieron de nuevo aquel cuerpo desgarrado y, envolviéndolo en un lienzo de lino blanco, lo pusieron en un féretro provisional y lo llevaron a la capilla ardiente.

Como es de suponer, la madre estaba preocupada por los gastos del entierro, de la tumba y de los funerales, pero la visitó el párroco de Neptuno junto con el abogado de Roma, Umberto Landi, que veraneaba en aquella ciudad, y se le ofrecieron a costearlos todos, comunicándole, además, que el municipio de Neptuno le entregaba gratuitamente un lote en el cementerio para que María fuera allí sepultada, y le pagaba un hermoso ataúd blanco. Y añade la madre: ¡Y el municipio era socialista!

Entre tanto, todo hacía presentir que los funerales y el entierro de María iban a ser apoteósicos, pues la voz de que habían matado a una niña *santa* corrió como reguero de pólvora hasta Anzio y aldeas limítrofes, causando un verdadero entusiasmo religioso.

El día 8 de julio, la espaciosa capilla del hospital se llenó de público hasta rebosar. Entre los asistentes se veían miembros de distinguidas familias de Neptuno y Anzio, los maestros de la ciudad con alumnos y representantes de las congregaciones religiosas y asociaciones piadosas de la zona. Ofició el párroco, asistido por numerosos sacerdotes, estando presente la comunidad de Hermanos de San Juan de Dios.

En el funeral se rezó mucho, pero, seguramente, se lloró más. Después se verificó el entierro.

El ataúd de la santa fue colocado en unas andas llenas de flores y cubiertas con el precioso estandarte de la archicofradía del santísimo sacramento, la cual, con su capellán, abría el cortejo funebre. Rodeaban el

féretro las huerfanitas de las Hijas de la Caridad, con cirios encendidos en sus manos. Todas las instituciones indicadas y una gran masa de fieles de todas las clases sociales seguían los despojos gloriosos de la heroína de la castidad, rezando fervorosamente.

Las campanas de Neptuno doblaban a muerto, como en los más solemnes entierros, y sus majestuosas voces se perdían en la inmensidad del mar Tirreno.

Al salir de la ciudad, camino del cementerio, el párroco que había presidido el entierro, pronunció unas sentidas palabras, que acabaron por emocionar a todos los presentes, muchos de los cuales lloraban con grandes sollozos. Dijo que el caso de María Goretti demostraba cómo en plena Laguna y en las casas más pobres pueden vivir y desarrollarse todas las virtudes cristianas, la grandeza de alma, la piedad y la pureza. Exhortó a todos a imitar a esta labriega, que había sabido elevarse a la nobleza de las primeras vírgenes del cristianismo, y terminó rogando a la mártir que, desde el paraíso, donde triunfaba gloriosamente,alcanzase de Dios, para todos los corazones, la llama de la fe y el amor de la pureza.

Aquel sagrado depósito fue enterrado en el suelo. Una cruz de mármol blanco ampararía bajo sus incansables brazos, por espacio de 26 años, el cuerpo de la mártir. Junto a ella se leía esta inscripción:

6 de julio de 1902.
Aquí descansan los virginales despojos
de la heroína MARIA GORETTI, de doce años,
esperando la autorización legal
para ser sepultada
en el santuario de Nuestra Señora de las Gracias,
en donde se erige un momento.

No pensaban los habitantes de Neptuno que, al enterrar aquella caja, colocaban la primera piedra de la fama de su ciudad, que, gracias al nombre de María Goretti, es hoy conocida en todos los rincones de la tierra.

Seguramente no hubiera desagradado a la santita conocer su tumba, muy modesta y a ras del suelo. Ella, tan humilde, tan sencilla, que había conocido la pobreza y la miseria en toda su amargura, la hubiera juzgado muy adecuada para guardar sus destrozados restos. Además sabía muy bien que no dejaría de cumplirse la ley eterna del equilibrio justiciero: el que se humilla en la tierra, será ensalzado en el cielo.

•••

Pero en Le Ferriere quedaban cinco niños que lloraban y llamaban a su madre. Asunta, que ya nada podía hacer para su adorada hija María, emprendió el regreso a la granja. Mientras se iba acercando a ella, más difícil se le ofrecía el porvenir. Iba a vivir en la casita en que había muerto su Luis, y en la que había sido martirizada su hijita. Y, para colmo, tendría que compartir la mesa con el padre del asesino. Ya nadie cuidaría de la casa, el alimento y la limpieza, cuando ella estuviera en el campo trabajando como un hombre.

Sólo el valor que Dios ha infundido en el corazón de todas las madres de la tierra ante la miseria de sus hijos, y su ciega confianza en Dios, aumentada ahora con la esperanza de la intercesión de su hija, le dieron fuerzas para llegar con vida a aquella su casa, que ya le parecía un museo de fúnebres recuerdos. Pero

llegó. Subió la escalera, y encontró a su hijos... A los gritos desesperados de "¡mamá!", "¡mamá!" y de "¡yo quiero que vuelva María!", la madre sentía desgarrársele el corazón, y se extrañaba de no sucumbir a tan rudos golpes.

Se encontró con el viejo Serenelli. ¿Qué habían de decirse? ¿De quién era el dolor más grande? ¿Qué cosa es más triste: ser madre de una mártir o padre de un asesino? Los tres meses que aún tuvieron que vivir juntos, hasta tenerlo todo preparado para volver a Corinaldo, le parecieron siglos a Asunta.

Por todas partes se imaginaba oír la voz de su marido difunto que le decía: "¡Vete a Corinaldo!"...; y esta voz a veces le parecía un reproche:. "Si te hubieses marchado a Corinaldo después de mi muerte, María no habría acabado tan desgraciadamente".

Asunta no se sentía culpable, pero esta idea la atormentaba como una puñalada en medio del corazón. Y lo terrible para la pobre madre era beber a solas el cáliz de su dolor sin poder desahogarse con nadie.

Terminó la cosecha, y éste fue el momento oportuno para partir. Pero nos aclara Asunta: "Cuando se hubo pagado las partes del amo y las deudas, quedamos a cero".

Por estar completamente faltos de recursos, Asunta y sus cinco hijos se trasladaron a Corinaldo, a expensas de la jefatura de policía.

Si la vida de esa madre no hubiese tenido tantos momentos de amargura inenarrable, nos atreveríamos a decir que uno de los más desgarradores fue su salida de la Granja Antigua. Aquella casita humedecida con la sangre de su hija y en la que había sido velado el cadáver de su amado esposo, formaba ya parte de su vida.

En el cementerio de Neptuno dejaba una hija; en el de Conca quedaba su esposo. También abandonaría la cuna de sus hijos, que ya no habría de servir para nada a aquella madre viuda.

Se despidió de Teresa Lungarini con quién había compartido sus penas durante aquellos tres años tan lentos, como todos los tiempos desgraciados.

Asunta marchaba encorvada bajo el peso de su dolor, mucho más fuerte que su naturaleza robusta. No se llevaban nada, absolutamente nada, pues lo poco que les podía haber quedado habían tenido que venderlo para pagar las deudas.

Y fueron llevados a Roma en cuya estación estuvieron tres días y tres noches, esperando que les entregasen el pase para tomar el tren para Senigallia. Las oficinas nunca sienten prisa, aunque se trate de una madre viuda con cinco hijitos que, como dice Asunta, "no tenían nada, ni siquiera para comer".

No se movieron de la estación. Veían llegar los trenes llenos de turistas, ávidos de contemplar las bellezas de la Ciudad Eterna. Pasaban niños y niñas vestidos ricamente ante los ojos de aquellos pequeños, que no tenían más que la mísera ropa que llevaban puesta. ¡Cuántas veces le parecería ver a su hijita en alguna de aquellas niñas!

Llegada la noche, el pavimento de la estación les serviría de cama. Los niños pedían algo que comer. Pan, solamente, pan; ya que sabían que no podía darles nada más su atormentada madre. Pero Asunta ni pan tenía para darles. Al recordarlo, se le nublan los ojos.

Una mujer vestida pobremente se acercó al jefe de la estación y le pidió una ayuda. ¡Bah! ¿Para que impresionarse? Es el caso de cada día, de cada hora. El jefe iba a darle la negativa, cuando creyó ver en la

mirada de la pobre una enorme amargura.

— No es para mí —suplicó—, es para mis hijos.

Y le mostró a los cinco niños sentaditos todos juntos para darse mutuamente calor, aquel anochecer frío y húmedo de noviembre.

— ¿Son hijos suyos?

— Sí, señor. Hace dos días que no comen nada.

La madre no mentía. Bastaba mirar las caritas escuálidas de aquellos angelitos para comprobar su hambre. El jefe de la estación se sintió conmovido, y les hizo entregar algunos alimentos, que los niños devoraron ávidamente. La madre les dio su parte, pues a ella le bastaba contemplar su alegría, al llevar aquel don de la caridad a sus boquitas hambrientas. ¡Qué empinado y espinoso es el calvario de los pobres!

Como, de noche, la temperatura bajaba mucho, la madre reunía junto a sí a todos aquellos pedazos de su alma, en algún rincón abrigado de la estación. Sentados en el suelo se arracimaban para no morir de frío. Así pasaron tres noches, en las que nunca amanecía, en las que el reloj andaba más lentamente que nunca; en las que el frío era más cruel; y en las que los pasajeros apartaban con fastidio sus ojos de aquel grupo humano, formado, sin embargo, nada menos que por la madre y los hermanos de una *santa*.

Dios quiso que llegasen finalmente a Corinaldo, cuyos habitantes apenas los reconocieron. Asunta había salido de allí joven todavía, con su esposo y con aquella niña angelical que todos le envidiaban. Volvía ahora con los cabellos que empezaban a blanquear, la frente surcada de arrugas, los ojos hundidos de tanto llorar... sin esposo y sin hija...

En verdad, esta pobre y castigada familia no sabía hacia dónde orientarse ni qué hacer para sobre-

vivir...; pero Mariettina velaba ya por ellos desde el cielo.

El conde Bronori y el sacerdote Allegrini se interesaron vivamente por la madre y los hermanitos de aquella niña cuyo nombre estaba llenando las páginas de todos los periódicos, buenos y malos, durante aquellos cuatro meses, y a la cual ellos consideraban una verdadera mártir... Mediante oportunas gestiones, las dos niñas, Ersilia y Teresa, ingresaron como alumnas en sendas residencias religiosas, mientras, bajo la protección del conde Bronori, Angel, Mariano y Alejandro se quedaron con su madre viuda.

Había padecido tanto, que le parecían ahora soportables la viudez, la ausencia de María y la separación de sus dos hijas. A María la llevaba en el alma; a sus dos hijitas colegialas podía visitarlas.

Pasaron algunos años. Su hijo Alejandro había fallecido el 10 de enero de 1917. Angel, Mariano y Ersilia habían ya contraído matrimonio. Teresa, siguiendo el camino de virginidad trazado por su hermana María, se había consagrado a la vida religiosa. La madre, viendo ya colocados debidamente a todos sus hijos, se retiró para desempeñarse como ama de llaves en la casa parroquial de Corinaldo, en la que vivían cuatro clérigos. "¡Qué contenta estaba de poder servir a los sacerdotes! —exclamaba siempre Asunta, cuando recordaba estos años de su vida que, ya sin reticencias, llamaba felices—. Mi ilusión era poder morir bajo el techo de una casa de sacerdotes.

Pero cuando caí y me rompí el fémur, tuvieron que llevarme al hospital. Al sacarme de la casa parroquial, creía que me llevaban ya muerta". Pero también entonces encontró fortaleza en el gran principio cris-

tiano que la sostuvo durante toda su vida: "Hágase la voluntad de Dios".

Su amor al sacerdocio le llenaba el alma. "Cuando veía pasar seminaristas —decía—, era tal mi emoción, que no podía menos de llorar. ¡Cuánto había deseado que todos mis hijos fueran sacerdotes!".

Renga y condenada a vivir siempre sentada en una silla de ruedas, ya no podía Asunta ocuparse de la casa parroquial.

Su hija Ersilia la recibió amorosamente en su hogar; y desde entonces nada le faltó. En especial, vivió siempre rodeada del amor de los suyos y de la veneración de sus conciudadanos, y también de la de los católicos del mundo entero.

Pero, por encima de todas las cosas, apoyada en la sólida roca de la fe, gozó de una presencia espiritual continua: la de su hijita María, que, desde el cielo, la colmaba de serena paz y le infundía la firme esperanza del próximo y definitivo encuentro. Este tuvo lugar, efectivamente, unos pocos años más tarde. El 18 de octubre de 1954 Asunta murió en Corinaldo, y su alma voló al seno de Dios, para recibir junto a su hija predestinada el galardón de tantos trabajos y sufrimientos.

XIII

Entre rejas

Hemos dejado al asesino de rodillas ante su camastro de la cárcel de Neptuno, rezando su primer padrenuestro por el alma de su víctima.

Le costó dormirse, pero, por fin el agotamiento nervioso lo venció, y quedó profundamente dormido hasta muy entrada la mañana.

Fue llamado por los agentes de la prisión, pues había de ser trasladado a la cárcel de *Regina Coeli* en Roma.

Tan pronto como llegó a la capital, empezó el juicio.

La prensa en sus artículos diarios sobre la tragedia de Le Ferriere se unía al clamor universal del pueblo que pedía justicia. Una semana después del crimen, salió como siempre *Il Messagero* ilustrando el hecho con fotos y dibujos, y vituperando el nombre del asesino, sin darse cuenta sus redactores de que ellos habían colaborado en armar al criminal, con sus relatos lúbricos y sanguinarios.

Los abogados defensores visitaron a Alejandro. Con el ánimo de enseñarle los resortes legales para aminorar el castigo, le insinuaron el camino que había de seguir.

1°. Declarar que le había impelido a cometer el asesinato la desesperación de aquella vida imposible de vivir en las Lagunas; sin otro fin que el de encontrar en la cárcel el pan y el descanso que no tenía en su casa.

2°. Manifestarse como anormal, ya que tanto su madre como uno de sus hermanos habían muerto locos.

3°. Insinuar que había sido inducido a la inmoralidad, por María, cuya provocación había acabado de impelerle a realizar su plan de ser encarcelado.

El joven Alejandro, a pesar de sus escasos veinte años y de su falta de formación, no aceptó más que el primer punto, por juzgarlo inocuo. Pero nunca dejará de confesar su culpabilidad y por nada del mundo echará ni la más pequeña salpicadura de fango sobre el nombre de María. Con estas convicciones se presentó ante el tribunal.

Ante la sorpresa de sus abogados defensores, que veían venirse abajo todo su tinglado en defensa del asesino, éste, con una sinceridad que fue tildada de cinismo por toda la prensa, se declaró reo confeso desde el primer instante, con estas palabras:

"Leyendo especialmente *Il Messaggero*, que cuenta tantos crímenes, me surgió la idea de cometer también yo uno... Por eso intenté dos veces inducir a María Goretti a que condescendiese con mis malos deseos. Cuando hice la primera propuesta a la niña, ella se sonrojó, me dijo que esas cosas no se hacían, y se defendió con tal energía que tuve que soltarla. Después de diez días volví al asalto, pero también esta vez se resistió enérgicamente, enrojeció, y, con un gran esfuerzo, se soltó... Recuerdo que en las dos ocasiones quedé furioso contra ella.

"María en los días siguientes procuraba no estar

nunca sola conmigo, y yo me di perfecta cuenta. Cuando la veía, me sentía lleno de rabia al pensar que ella no quería ceder. Pero nunca abandoné la idea de realizar por fin mis intenciones, y después de mi segunda tentativa, más se afirmó en mi alma el deseo de conseguirlo; y concebí ya el propósito de matarla, si continuaba oponiéndose a mi voluntad".

El abogado defensor le tendió una salida de escape, preguntándole si, en cambio, el día del hecho la niña lo había provocado.

Alejandro cerró de un portazo esta salida falsa, al decir:

"Nunca me dio María la menor oportunidad para despertar en mí la pasión, ni con una sonrisa ni con expresión alguna.

"Aquella tarde al ver que la niña de ningún modo quería acceder a mis brutales deseos, me puse furioso...; y, como se defendía agitándose y forcejeando, comprendí que tampoco esta vez iba a conseguir mi intento. Entonces me armé del punzón y empecé a herirla con él... Cayó, pero consiguió levantarse de nuevo llamando a la madre en su auxilio, y, mientras ella me volvía la espalda, le clavé otros golpes en ese sitio. Habiéndose echado de cara al suelo, la rematé y la di por muerta".

El defensor, notando las palabras de Alejandro de que "se había puesto furioso", intervino en su favor y argumentó que aquella furia le había quitado la razón. Pero el joven no toleró esta falsedad, y afirmó rotundamente:

"En aquel momento me daba cuenta de que quería cometer una acción contra la ley de Dios".

Cuando le preguntaron si no se encontraba mal aquel día, contestó:

"En el día de mi crimen, me encontraba yo en mi

cabal juicio. No puedo decir que aquel día me encontrase mal; sólo después del delito me sentí agitado por lo que había hecho".

A la pregunta de por qué había osado llegar a este extremo, ya que le era imposible no prever la cárcel, Alejandro ensayó su único atenuante:

"La vida de la cárcel me parecía mucho mejor que la que llevábamos en Le Ferriere. Pensé que, a lo menos, allí comería sin tanto trabajo".

Le echaron el último salvavidas, preguntándole si era su intención tomar luego a la joven por esposa, en caso de que ella consintiera. El muchacho contestó que nunca había considerado tal posibilidad. Que la niña era demasiado pequeña para pensar en ello y que, además, no le gustaba tanto como para eso.

Repitió todas las circunstancias de premeditación y alevosía que ya había declarado ante el juez de Neptuno, por todo lo cual no le quedaron más atenuantes que su desesperada miseria y el no ser todavía mayor de edad.

"Uno de mis dos abogados —prosigue Alejandro— dejó de defenderme. El otro ya me había abandonado apenas se dio cuenta de que yo no podría pagarle".

Por aquellos días tuvo una visita a la que ya hemos aludido, que lo conmovió profundamente: su padre.

Oigamos al respecto sus propias palabras.

"Al verme mi padre con el uniforme de recluso recibió una impresión terrible. Lo noté abatido, aniquilado. ¡Pobre padre mío! ¡Con qué cariño me entregó un canasto con frutas y otras cosas para comer! A pesar de su abatimiento, me dijo palabras alentadoras y me entregó un poco de dinero. Segura-

mente cuanto tenía, o, tal vez, lo que habría recogido de limosna.

"Se marchó deshecho. Al verlo desaparecer sentí una pena de muerte. ¡Ya no lo volvería a ver nunca más!".

Llegó el día de la sentencia. Alejandro no se forjaba ilusiones, pero la esperanza es la virtud más firme de los acusados y de los reclusos.

Hubiera sido condenado a cárcel perpetua, si hubiese cumplido los veintiún años, pero como le faltaban once meses para tenerlos, fue condenado a treinta años de prisión, siendo los tres primeros de incomunicación celular.

Era aquel día el 16 de octubre de 1902, cumpleaños de María Goretti.

"La impresión que me produjo la sentencia —dice Alejandro—, a pesar de haberla ya previsto, fue horrenda. Los que dicen que la escuché sin conmoverme mienten, pues quedé como atontado. Hubiera preferido estar muerto y sepultado. Estaba ya harto de cárcel con aquellos tres meses. Además nunca había pensado que pudieran ser tantos los años de mi condena.

"Más tarde fui llevado al penal de Noto en Sicilia, para cumplir la sentencia, después de haber estado en la cárcel *Regina Coeli* de Roma, siete meses.

"Los tres años de reclusión celular fueron horribles. Aquello era para volverse loco. No puede uno imaginarse pena mayor. De hecho, muchos presos en tales circunstancias han enloquecido. Siempre solo, siempre en silencio con mis propios sentimientos, mis propios pensamientos, mis temores y mis recuerdos. Unicamente me permitían un paseo de media hora diaria por el patio, pero también en silencio, sin compañía, sin ver a nadie. La celda era pequeña.

Medía apenas dos metros de largo por uno y medio de ancho. Con la cama, un par de sillas, una mesa y un trípode para la palangana, no quedaba más que una hilera de ladrillos sobre los cuales había que moverse todo el día. Pasaba horas enteras yendo y viniendo sobre ellos, de modo que, al salir de aquella celda, dejaba marcados en ellos un surco.

"Me sentía totalmente abandonado. Sólo cada dos o tres meses experimentaba un ligero consuelo al recibir carta de mi padre. Alguna rara vez me llegaba correspondencia de mi hermano de América, Vicente; y, tres o cuatro veces al año, mi hermana Lucía me escribía enviándome cinco, diez, y hasta veinte liras.

"Estas cartas las leía y releía hasta quedar ilegibles de tan manoseadas. Algunas sin embargo las rompía enseguida, porque contenían alguna frase inconsiderada, con la que ellos me herían sin quererlo.

"En la cárcel pasé días de una amargura indecible. De no haber tenido un carácter cerrado, hubiese llorado y me hubiera lamentado. Sólo se llenaban de lágrimas mis ojos cuando pensaba en mi crimen. Pero era por pocos momentos. Tenía miedo de que mi preocupación me llevase a la locura, por lo que apartaba diligentemente su desagradable recuerdo. Mis ideas dominantes eran: ahora ya está hecho el crimen e impuesto el castigo; sólo hay que pensar en expiarlo y llegar a la liberación.

"Unicamente el sacerdote de la cárcel me decía algunas palabras de aliento, pero aun con él, apenas podía hablar alguna que otra vez.

"Desde pequeño había ido a confesar e iba bastante a la iglesia, pero nunca había tratado con alguna intimidad a ningún sacerdote. En la cárcel aprendí que su misión es muy beneficiosa.

"Comíamos siempre lo mismo: un potaje de-

sagradable que, sin embargo, todos devorábamos, pues deseábamos vivir para llegar a ver el día de nuestra libertad. Sólo tres veces al año nos daban un jarrito de vino: en navidad, en pascua y en una fiesta cívica. Los que tenían dinero podían comprar algún alimento, pan y fruta, pero nunca vino.

"Durante los años de incomunicación, no dejé de rezar ni un solo día, antes de acostarme, el padrenuestro, avemaría y *requiem aeternam*, en sufragio del alma de María. Y así continué haciéndolo hasta la visita de cierto sacerdote del cual luego hablaré.

"Sentía remordimiento por mi crimen y no echaba la culpa a nadie más que a mi mismo, pero ya era tarde".

Aunque con la lentitud de tres siglos, pasaron por fin los tres años de incomunicación, y Alejandro pudo alternar con los demás presos, si bien las conversaciones debían ser siempre en voz baja.

"Entonces fue necesario mostrarse inocente ante los demás —cuenta Alejandro—. Todos hacían lo mismo. Según ellos, todos eran víctimas de calumnias. A nadie se podía preguntar qué crimen había cometido, sino de qué crimen se lo acusaba. Se tomaba como cobardía aparecer triste y preocupado; por eso, a pesar de mis remordimientos, procuraba yo mostrarme siempre tranquilo y aun alegre en cuanto me era posible.

"El director del penal demostraba un corazón de oro. Nos recibía a todos pacientemente escuchando nuestras quejas o nuestros deseos y necesidades; trataba a todos de usted; nunca nos despedía sin darnos una palabra de aliento y un pancito de los que siempre tenía preparados en su habitación para cuantos presos iban a visitarlo. El 28 de agosto de cada año, que era el día siguiente al de su onomástico, pues se llamaba

Conrado, venía a la penitenciaría su mujer, tan buena y cariñosa como él, y nos daba a todos los encarcelados un racimo de uvas de sus viñas, y, con voz verdaderamente maternal, nos decía: ¡Animo, pobrecitos!

"En la cárcel trabajé de barrendero, mozo, sillero, cardador..., y me dediqué a hacer cajitas de fósforos, por las que nos daban veinte céntimos el millar.

"El director, complacido de mi conducta, se empeñó en que yo aprendiese el oficio de carpintero; pero yo me resistí, porque acostumbrado como estaba a trabajar en el campo, allí dentro me ahogaba. Por mi resistencia se me condenó a diez días de arresto, que pasé encadenado; y ese fue el único castigo que me impusieron durante mis años de preso. Satisfecha esa condena, lo visité y le expliqué el motivo de mi resistencia. Admitió mis excusas y me dedicó a las tareas del campo.

"Mi entretenimiento favorito era la lectura; por esto me llamaban *el literato*. En las cárceles no había biblioteca, pero los capellanes me dejaban libros educativos y de distracción. Todos los capellanes se portaron muy amables conmigo y también con los demás encarcelados. Todos eran buenos y complacientes, en especial el de Noto, el padre Michele, que, tal vez por ser anciano, tenía el corazón más paternal y comprendía mejor nuestras miserias. Nos ayudaba cuanto la ley se lo permitía, y nos daba gratuitamente objetos de piedad y aun tabaco a los que fumaban. Yo no he fumado nunca.

"En 1909 me empezaron a llegar impresos en que se trataba de María Goretti como de una santa. Los leía con interés y me iba confirmando en la convicción de que realmente la niña había muerto por no ofender a Dios. Al leer las palabras con que me había perdonado antes de morir, recordaba que también me las

[redacted]

había dicho mientras yo la estaba hiriendo, y me impresionaba profundamente.

"Hacia fines del año siguiente el director de la penitenciaría de Noto me avisó que un obispo me estaba esperando en el locutorio. Me sentí algo turbado. Me vestí lo mejor que pude y me dirigí a la entrevista.

"La visita de aquel anciano obispo de Noto, Monseñor Blandini, que se rebajaba a venirme a ver a mí, un condenado a presidio, me predispuso a no negarle nada de lo que me solicitase. Me habló de María en tono muy laudatorio; me contó el movimiento en toda Italia a favor de la beatificación de mi víctima. Me recordó su perdón, como prenda de que Dios me lo concedería a mí, si me arrepentía de mi crimen. Me dijo que no temiese que Dios me rechazara por la gravedad de mi pecado, pues la sangre de Cristo basta para lavar todos los crímenes posibles e imaginables.

"Me sentí ante un corazón de padre, que sólo buscaba mi bien. Con él no tenía por qué enmascarar mis verdaderos sentimientos. Por lo cual nada me costó confesarme culpable, como ya había hecho ante todos mis jueces. Le manifesté mi pena por el mal cometido, mis deseos de expiarlo, y lloré largamente, encontrando con ello un gran alivio para mi espíritu. El buen prelado se conmovió casi tanto como yo, y sus ojos también se humedecieron.

"Me dijo que estaba muy satisfecho de mis buenas disposiciones, pero que sería muy conveniente que las pusiese por escrito, ya que así se las tendría por más auténticas, y se podrían divulgar más fácilmente. Ofrecí hacerlo, si bien expresándole mi dificultad en la escritura y en la redacción.

"Me dio a besar su mano, me regaló una pequeña vida de María Goretti, me bendijo, me abrazó y se marchó muy emocionado.

''Cuando volví a la celda, mi alma experimentaba una alegría desusada. Me sentía muy animado. Apenas tuve ocasión, pedí a mis compañeros de cárcel que me ayudasen a escribir la carta al obispo.

''Varios compañeros, que, a pesar de sus crímenes, eran muchachos excelentes, se ofrecieron inmediatamente a ayudarme en la redacción y en la escritura de aquella exposición en que había de expresar mis sentimientos más íntimos.

''Unos días después estaba ya lista y pude entregarla al director para ser enviada. Decía así:

Excelencia Reverendísima:

No sé cómo expresarle el alivio que experimentó mi ánimo dolorido, por el honor recibido con la entrevista de Vuestra Excelencia Ilustrísima, por lo cual le envío las manifestaciones más sentidas de gratitud y agradecimiento.

Si es verdad que, en un momento de obcecación mental, me vi impelido a cometer un homicidio tan bárbaro y que la ley ya ha castigado; no puedo, sin embargo, acusarme de que fuese unicamente mi voluntad lo que me indujo a tan gran mal, porque mi edad demasiado joven y mi poca experiencia de la vida fueron la causa principal que me condujo a semejante paso que hoy lamento amargamente. Mucho más lamento el mal hecho, porque tengo conciencia de haber quitado la vida a una pobre inocente que hasta el último momento quiso mantener a salvo su honor, sacrificándose antes que ceder a mis deseos que me empujaron a un hecho tan terrible y deplorable.

Públicamente detesto el crimen y pido perdón a Dios y también a la pobre y desconsolada familia de la víctima por la gran equivocación padecida. Espero

poder también yo conseguir el perdón que tantos y tantas de esta tierra han obtenido.

A vuestra Excelencia Reverendísima hago la presente declaración en la esperanza de que querrá tenerla en cuenta y que también querrá perdonarme por el grave mal que he acarreado a mi inexperta juventud, y que las plegarias de Vuestra Excelencia unidas a las mías, puedan alcanzar el perdón de aquel que todo lo gobierna, y la paz y la bendición de la pobre víctima.

Besándole respetuosamente la mano, y pidiéndole perdón...

Alejandro Serenelli
Noto, 10 de noviembre de 1910."

Esta carta tan expresiva, dentro de su imperfección literaria, fue reproducida por diversas publicaciones, empezando a envolver el nombre de Alejandro en una atmósfera de respeto, en consideración a sus sufrimientos y a su arrepentimiento.

Pero sigamos con su narración:

"Llegó el año 1914, en que estalló la guerra entre Italia y Austria.

"El director de la penitenciaría nos reunió a los encarcelados, y nos comunicó oficialmente la noticia y nos exhortó a colaborar en la victoria de la patria incrementando la producción. Todos los presos nos ofrecimos a trabajar más de lo reglamentario, alargando la jornada laboral una o dos horas, a pesar de que, durante la guerra, comíamos menos y peor.

"A principios de 1916, me llamaron de nuevo al locutorio, donde me encontré con un capellán militar, cuya presencia me extrañó porque no había tenido nunca con él relación alguna. Con mucha amabilidad

me contó que venía del frente, y me dijo que deseaba aliviar mi pena con una buena noticia: María Goretti hacía milagros. En efecto, varios soldados del frente de batalla se habían encomendado a la mártir de Le Ferriere y habían alcanzado su protección visible.

"Me preguntó si tenía confianza en su intercesión. Yo le respondí sencillamente que cada día, antes de acostarme, rezaba un padrenuestro, avemaría y *requiem aeternam* por el descanso de su alma. El se sonrió y me dijo que María ya no necesitaba que la encomendemos a Dios, sino que yo tenía que encomendarme a ella.

"El sacerdote se despidió de mí, dejándome muy animado. Desde aquel día, al ir a descansar, seguí rezando a María el padrenuestro y el avemaría, pero sustituyendo el *requiem* por el gloria. Y todavía lo estoy practicando ahora.

"Poco después de esta visita, tuve, cierta noche, un sueño misterioso que no se parecía a los demás sueños. Lo veía todo con una claridad extraordinaria como si estuviera despierto, y produjo en mí un efecto profundo como no causan los sueños. Un hecho vivido no hubiera podido ser más real. Me encontraba en un campo lleno de lirios y azucenas. Por entre las flores avanzaba María vestida de blanco, dirigiéndose hacia mí, mirándome y sonriéndome. En vida nunca la había visto vestida de blanco ni de facciones tan hermosas. Recuerdo que iba muy bien peinada: la raya en medio y las trenzas recogidas en la nuca. Al estar a mi lado empezó a arrancar azucenas que me iba entregando una a una. Yo las tomaba, pero en mis manos se convertían en cirios encendidos. El sueño me conmovió profundamente. Reconocí enseguida que era una gracia del cielo. Mi alma se sintió confortada. Todos los símbolos eran optimistas: el jardín,

los lirios, la hermosura de la niña, su vestido blanco, los cirios...

''Los cirios encendidos creo que significaban que mi vida había de estar iluminada por el amor de Dios y que se había de ir consumiendo con la penitencia. Sin despertarme todavía, se me ocurrieron las palabras de san Pedro en la transfiguración: '¡Qué bien se está aquí!'

''Desde entonces abrigo una gran confianza, casi seguridad, de salvarme, porque su modo de mirarme y sonreírme era el mismo que cuando me dijo que me perdonaba, mientras yo la hería. Esta fue su última voluntad.

''Terminó la guerra y, para celebrar la victoria, se nos perdonó a los presos cuatro meses de cárcel, así como, bastante tiempo después, con motivo del 25 aniversario del reinado de Víctor Manuel III, se nos perdonó un año entero. Con esto, mi condena quedaba reducida a 28 años y 8 meses.

''El año 1918 fui trasladado a la penitenciaría de Augusta, también en Sicilia, donde estuve muy poco tiempo: sólo diez meses. Los directores de la cárcel, al ver mi buen comportamiento, intercedieron para que fuese trasladado a un penal más salubre, sobre todo porque había caído enfermo de la gripe llamada 'española'.

''En realidad, mi carácter reservado y poco bullicioso me libró de tomar parte en diversos motines que se verificaron a causa de la mala alimentación. No intenté jamás la fuga y nunca tomaba parte en los juegos de cartas, porque estaban prohibidos. Sólo me divertía cuando me decían la buenaventura, porque el 'adivino' siempre nos prometía la libertad para corto plazo. ¡Claro que no le creíamos! ¡Pero suena tan dulcemente el nombre de libertad en la cárcel!...

''Todo ello contribuyó a que me concedieran el traslado, y ya en 1919 estaba en la colonia penitenciaria de Mammone en Cerdeña, donde trabajé de granjero, y en la hora de paseo que se concedía, podía llegar hasta la misma playa. El director me tenía mucha confianza y, refiriéndose a mi oficio de encargado del gallinero, me decía: Alejandro, si te guardas algún huevo, paciencia, pero una gallina no, ¿eh?

''En 1924 me trasladaron al penal de Alguer, en la misma isla de Cerdeña, en el cual se me ensanchó todavía más la libertad, hasta que, el día 7 de marzo de 1929, me comunicaron la condonación de dos años de cárcel, con lo que quedaba ya libre. La emoción que me causó tan ansiada nueva es inexplicable.

''Conocida por los demás penados la noticia de mi libertad, todos se apresuraron a felicitarme con grandes muestras de afecto y alegría, soñando seguramente en la suya. La dirección del penal sirvió aquel día buena comida, con carne y vino, y se hizo fiesta, suprimiendose el trabajo y alargándose el paseo.

''Al salir de la cárcel, tenía en mi poder 1.400 liras, por haber suscrito un título de cien liras en el empréstito nacional de la victoria.

''Mi hermano Pietro, que residía en Torrette, me envió el traje de civil, y me fui a vivir con él, ejerciendo el oficio de albañil.

''Pasé por Roma, pero nada pude visitar porque iba escoltado. Todavía los dos primeros años que viví en Torrette, mi libertad era condicional. Estaba sometido a una enojosa vigilancia y me debía presentar, cada ocho días, al comandante del puesto, para firmar la cartilla. Había terminado mi condena en 1929, año en que se verificó el glorioso traslado de los despojos de Mariettina, desde el cementerio de Neptuno al santuario de nuestra Señora de las Gracias de aquella

misma ciudad.

"Era libre, pero mi vida seguía amargada por el ambiente. El recuerdo de mi crimen me perseguía. Y si me hubiese olvidado del mismo, me lo hubieran hecho tener siempre presente las miradas con que me atravesaban mis conciudadanos y las indirectas o directas que con frecuencia me dirigían. Había tenido la desgracia de que mi víctima fuese demasiado famosa y universalmente estimada.

"Más de una vez, al dirigirme de un sitio a otro, llegaban a mis oídos las voces mal contenidas que exclamaban a mi paso: 'Es el asesino de María Goretti'. Otras veces la acusación era más concisa: '¡Ese es!'

"Era demasiado conocido en el pueblo, por lo que, al año siguiente, decidí marcharme a vivir a otro sitio, donde seguí trabajando como peón de albañil.

"La vida de un ex penado es amarga si quiere ser honrado, porque la sombra del pasado le persigue. Pero, por la gracia de Dios, resistí a todo amago de desesperación y me sentí fuerte en mis anhelos de rehabilitación". Hasta aquí Alejandro.

Ya es hora de que volvamos los ojos a los acontecimientos póstumos que empezaron a glorificar la memoria de la víctima, circundándola de una incipiente aureola de fama de santidad.

XIV

El Proceso

Los padres pasionistas fueron los primeros en ver claro el asunto de María Goretti. Desde el día de su muerte se habían dado cuenta de que Mariettina no era una vulgar "heroína" de romance de ciego, como lo propalaba uno que se cantaba en aquel entonces por las aldeas del Agro Romano, sino, ni más ni menos, una auténtica *virgen* y *mártir* del porte de una santa Inés o de una santa Cecilia.

El primer paso que dieron consistió en posesionarse del sagrado cuerpo de la santita, mediante cesión legal que les hizo la madre.[1] Después desplegaron

[1] El día 26 de enero de 1929, se verificó la exhumación de los restos de la santa niña, en el cementerio de Neptuno, en presencia de su madre, su hermano Mariano y la señora Teresa Lungarini.

Los santos despojos de la doncellita fueron encerrados en una hermosa urna y trasladados provisoriamente a la capilla de las Hijas de la Cruz, que se sintieron muy honradas de poder custodiar este precioso tesoro, hasta el 28 de julio, día de su traslado definitivo.

Para que no se perdiese la memoria del primer sepulcro de la mártir en el cementerio de Neptuno, se hizo colocar en su lugar esta inscripción grabada en lápida de mármol:

En este sitio,
durante 26 años,
descansó en la paz de Cristo
el cuerpo virginal

una intensa campaña de propaganda para dar a conocer su fisonomía espiritual, a fin de despertar en los fieles la devoción y la confianza en su intercesión poderosa. El iniciador y héroe de esta empresa fue el padre Mauro de la Inmaculada, quien tuvo la fortuna de ver coronados sus esfuerzos con el éxito de la canonización de su patrocinada.

Apenas se anunciaron los primeros favores obtenidos por intercesión de la mártir, se empezaron a dar los pasos iniciales para llevarla a la gloria de los altares. La primera guerra mundial impuso una pausa larga y forzada en el desarrollo de esta iniciativa, mientras que, por otro lado, sirvió eficazmente para dar a conocer a la nueva taumaturga entre los soldados. Muchos de ellos declaraban haber sido beneficiados por su protección maravillosa.

En 1929 los padres pasionistas resolvieron abordar el asunto a fondo.

En el proceso apostólico deberían ser piezas decisivas las declaraciones de la madre de María, las de Teresa Lungarini de Cimarelli y, muy particularmente, las de Alejandro. Este podía echar por tierra tan bello proyecto con sólo abrir la boca y poner en ella unas palabras de duda o de incertidumbre.

Pero ¿querría Serenelli sujetarse a la humillación de presentarse de nuevo ante otro tribunal, para declarar con juramento su crimen infame y los oprobiosos móviles que le indujeron al mismo?

de la heroica niña
MARIA GORETTI.
Exhumada el 26 de enero de 1929,
fue enterrada
en el santuario de Nuestra Señora de las Gracias
el 28 de julio de 1929.
Q. I. P.

Era preciso esclarecer esta cuestión previa, y para ello fue designada la Srta. Armida Barelli, presidenta de las Jóvenes Católicas Italianas.

Así cuenta Alejandro la entrevista que sostuvo con ella:

"Era el otoño de 1930; mi patrón me indicó que una señorita deseaba hablarme.

"A la verdad me sentí molesto. Toda comunicación me disgustaba. Hubiera querido vivir en un desierto. El tratarse de una señorita aumentaba mi resistencia. Sin embargo, a requerimientos de mi patrón, accedí y me dirigí al lugar de la entrevista con el alma llena de sospechas. ¿Se trataría de una periodista? ¿Era tal vez alguna chica romántica que quería tener la 'emoción' de hablar con un asesino, ya un poco de leyenda, o bien que deseaba insinuarse para posibles relaciones matrimoniales, como ya alguna vez alguna me lo había propuesto?

"La saludé algo turbado. También ella lo estaba.

"A las pocas palabras, me di cuenta de que aquella entrevista me iba a proporcionar la satisfacción de una de mis ambiciones más íntimas, que, casi como una pesadilla, atormentaba mi vida: la de glorificar la memoria de quien un día aciago para ella y para mí, había sido mi víctima.

"Comenzó a hablarme de la fama de santidad que María había empezado a gozar desde los primeros días del martirio, fama que, según ella me decía, ya en 1904 había llegado a oídos del Papa. Efectivamente, con ocasión de erigirse en el Monte Vérgine una colosal estatua de la Santísima Virgen, en el cincuentenario de la proclamación dogmática de su inmaculada concepción, Pío X había determinado que en la fiesta

se propusiera a María Goretti como perfecto modelo de devoción mariana.

"Agregó que el Santo Padre había confirmado este aprecio hacia la mártir, al entregar, en 1910, la entonces respetable cantidad de novecientas liras, para levantarle un monumento en su ciudad natal.

"Ciertamente hacía años que Pío X había fallecido, pero la fama de santidad de Mariettina no se había extinguido en las altas esferas vaticanas, como lo probaba un hecho reciente: el 28 de julio del año anterior (1929) en la fiesta del traslado de los restos de María al santuario de Nuestra Señora de las Gracias[2], monseñor Carlo Salotti, que era precisamente el promotor general de las causas de beatificación de la Sagrada Congregación de Ritos, se había expresado en la oración fúnebre, con frases terminantes a favor de la glorificación de la heroica niña.

"Enseguida, animada sin duda por el interés con que yo había escuchado e interrumpido su monólogo pidiéndole explicaciones, pasó al verdadero motivo de

[2] El 28 de julio tuvo lugar la ceremonia del traslado de los venerables restos de la mártir a la iglesia de Nuestra Señora de las Gracias, en un clima impresionante de fe religiosa y de adhesión popular.

Y desde esa fecha el santuario de Neptuno cobija bajo sus bóvedas el sepulcro en que yacen los restos de la virginal doncella de las Lagunas Pontinas. Sobre este monumento de mármol se lee la siguiente inscripción:

A
MARIA GORETTI
que, a los doce años, el 6 de julio de 1902,
sucumbía mártir de la pureza,
erigió el pueblo cristiano.
Y aquí fueron encerrados sus despojos
en el XXVII aniversario de su muerte.
A nuestra juventud hable elocuente
el heroico ejemplo.

su visita, explorando mi voluntad sobre un posible llamamiento a declarar ante el futuro tribunal del proceso de la beatificación de María.

"A decir verdad, la pregunta no me tomó de sorpresa. Me la había propuesto a mí mismo innumerables veces. Por eso mi contestación fue tan pronta y terminante que la propia entrevistadora no pudo disimular una expresión de agradable sorpresa ante una solución inesperadamente tan fácil y rápida.

"Le dije, poco más o menos, que era para mí un sagrado deber reparar todo el mal que había hecho, en la medida de lo posible. Ya que no podía devolver la vida a Mariettina, quería cooperar honradamente a su glorificación, y desvanecer cuantas dudas se pudieran suscitar alrededor de su comportamiento conmigo, antes del crimen y en el acto del mismo. Los dos ciertamente nos queríamos fraternalmente, y este recuerdo era para mí un consuelo, pues esperaba que siguiera amándome desde el cielo. Pero al mismo tiempo constituía uno de mis más terribles remordimientos por haber pretendido abusar de su amistad tan pura e inocente.

"Yo enceguecido y presa de desesperación ante la dureza e injusticia de la vida me había dejado arrastrar por una pasión brutal. Ella había hecho bien en resistir para conservar su virginidad y su pureza. En mi opinión, creo que María era más bien un ángel que una niña. María era buena de verdad y prefirió caer víctima del puñal, antes que ceder a mis requerimientos pasionales. Por esto la culpa había sido toda de mi parte. Y lo decía y lo repetía porque lo consideraba no sólo mi deber sino el único modo de poder dar un poco de paz a mi conciencia. Así, pues, concluí, no dude usted señorita Barelli, de que, en caso de ser lla-

mado a declarar ante el tribunal, me presentaré con gusto. Mi humillación no cuenta para nada. Ahora sólo debemos pensar en la glorificación de mi víctima''.

Alejandro nos sigue informando:

"A mediados de 1930 vino a visitarme el padre Aurelio de la Pasión con el mismo objeto, al cual repetí, poco más o menos, cuanto había dicho un año antes a la señorita Barelli.

''Después nada supe hasta el año 1938, en que fui tres veces a Roma para declarar ante los tribunales eclesiásticos''.

Fue el Papa Pío XI quien determinó la iniciación de la causa. En 1935 había preguntado al cardenal Salotti:

—¿Quién se ocupa de la causa de María Goretti?

Ante una manifestación tan clara de la voluntad del Papa, el consejo diocesano de las Jóvenes Católicas Italianas de Albano se dirigió el mismo año a su obispo, cardenal Pignatelli di Belmonte, pidiendo que dispusiese el proceso informativo de la causa de beatificación de la mártir, que fue abierto prontamente y en el cual declararon la misma madre de María, su hermano Mariano, su hermana Ersilia y Teresa Lungarini.

En el año 1938, se inició el proceso apostólico que el postulador de la causa, padre Mauro de la Inmaculada, llevó con gran diligencia y tino. Aquel día Su Santidad Pío XI, por medio de su secretario, el entonces cardenal Eugenio Pacelli, respondió con un telegrama al Obispo de Albano, en estos términos:

"El Santo Padre hace votos por el pronto éxito del solemne reconocimiento de la angelical Goretti, como modelo y protectora de las almas jóvenes''.

El proceso de la canonización de la pequeña mártir, desde la introducción de la causa en 1938 hasta su gloriosa conclusión en 1950, sólo debía durar doce años. Tantos como los de su corta vida sobre la tierra.

Alejandro se presentó sereno ante el tribunal, y, con dominio de la palabra, hizo honor a su nobleza de alma y cumplió heroicamente su deber de sacrificar su fama, en aras de la verdad y en homenaje de desagravio a su víctima:

"María Goretti se había opuesto siempre a mis infames deseos, con una negativa decidida, negativa que mantuvo siempre después, repitiendo muchas veces: Dios no lo quiere. Esto es pecado. Te vas al infierno...

"En aquel momento yo me daba cuenta de que realizaba una acción contra la ley de Dios y que quería inducir a María a un pecado y que precisamente la mataba porque ella se oponía".

En esta oportunidad, Alejandro repitió y explanó sus declaraciones hechas unos treinta y siete años atrás ante el tribunal civil: "En el momento en que le aplicaba los golpes de punzón, María en lugar de defenderse, gritaba y se esforzaba por cubrirse y esto lo hizo muchas veces".

Esta fue en síntesis la sincera y humilde confesión de Serenelli.

En 1942 se celebró la primera congregación de cardenales y consultores llamada antepreparatoria, el 1 de febrero de 1944, la segunda (preparatoria), y el 25 de marzo de 1945, día de la Anunciación, Pío XII aprobaba el martirio con estas palabras:

"María Goretti, aunque de sólo doce años de edad, entendiendo bien lo que manda la ley de Dios,

sus promesas y sus amenazas, escogió padecer el martirio derramando la propia sangre, antes que mancillarse con el pecado, como el declararlo resulta ahora una cosa agradable para nosotros y sumamente honrosa para ella.

"Sus funerales pudieron parangonarse a un triunfo, habiéndola proclamado mártir todo el pueblo. Y con razón. Pues el Doctor Angélico, al cual siguen todos los teólogos, enseña que es causa suficiente para el martirio no solamente la confesión de la fe, sino de cualquiera otra virtud, no humana sino infusa, que tenga por fin a Cristo.

"Efectivamente cualquier acto de virtud puede dar testimonio de Cristo en cuanto las obras que él produce en nosotros son otros testimonios de su bondad. Por esto algunas vírgenes fueron muertas porque querían guardar intacta virginidad como se lee de santa Inés y algunas otras, de las cuales la Iglesia celebra el martirio".

Puesta a discusión la duda de "si hay constancia del martirio y de la causa del mismo, y también de los milagros del caso para el efecto de que se trata", los cardenales, oficiales y padres consultores dieron su voto, que fue unánimamente favorable en cuanto al martirio y a su causa.

Respecto de los milagros que se exigen para la beatificación de los venerables siervos de Dios, Su Santidad Pío XII, concedió, a tenor del canon 2116, párrafo 2°, del derecho canónico, la dispensa de los mismos, por no ser necesarios en las causas de los mártires.

Pocos días después, el Papa, habiendo encomendado el asunto al Señor, declaró en consistorio semipúblico que "constaba del martirio, y de su causa, de la venerable sierva de Dios María Goretti".

La beatificación fue señalada para el 27 de abril de 1947.

Cedemos la palabra al profesor Gualandi de la Pía Sociedad de San Pablo, testigo ocular: "He asistido a muchas beatificaciones y canonizacines pero nunca he visto ninguna que por la enorme concurrencia de muchachas, por el entusiasmo y el alborozo, se pudiese comparar con ésta.

"¡Estupenda visión de la juventud cristiana! Había millares de jóvenes sencillas, serenas, alegres y modestas, llegadas para la 'fiesta de María Goretti', para 'su' propia fiesta, una fiesta de familia. Habían llegado a Roma en todos los medios de locomoción: en tren, en auto, en carruajes y hasta a pie..., bronceadas por el sol de primavera y animadas con la pura alegría del aire y de la libertad de la campiña. ¡Nunca había visto tantas jóvenes juntas!

"Desde las primeras horas de la mañana, primero a pie y luego en todos los vehículos que la ciudad, a medida que se iba despertando, ponía a su disposición, se dirigieron a San Pedro, concentrándose una gran multitud en la plaza, pues el templo todavía estaba cerrado. Pero apenas fueron abiertas las puertas, se volcaron en la basílica como una corriente ordenada, y se desparramaron por las inmensas naves...; pero eran tantas y tantas, que las puertas debieron ser cerradas apenas transcurrida una hora. No había tarjeta que valiese ¡No hay lugar! —respondían gentilmente, pero con firmeza los carabineros y los guardias suizos—. Y no se pasaba; no se podía pasar.

"De las cuarenta mil personas que llenaban el más grande templo de la cristiandad, más de las dos terceras partes eran gente de campo; maravillosa floración de jovencitas llegadas de la Campiña Romana, de las provincias del Lazio, de las Marcas, de la

Umbría, del Piamonte, de la Lombardía, del Véneto y grupos característicos de todas las regiones de Italia, con numerosos representantes de la Juventud Católica del extranjero.

''Cerradas las puertas de San Pedro, la restante masa juvenil se reunió en la plaza y siguió las ceremonias sagradas por medio de los altavoces.

''Pocos momentos antes de que empezase la solemne función, entró en San Pedro, por entre la multitud que la aplaudía, una viejita vestida de negro en un coche de ruedas. Aquella viejita, era Asunta Goretti, la afortunada madre de la mártir que iba a ser glorificada. Después de la madre de san Luis Gonzaga, era la primera que iba a tener el gozo inconmensurable de ver el fruto de su amor elevado al honor de los altares. Ersilia, Teresa (ya sor María de San Alfredo) y Mariano, hermanos de la Mártir, acompañaban a la madre. La viejecita campesina y analfabeta, intimidada por los aplausos, impresionada y maravillada por el esplendor del templo, fue conducida hasta el altar de la cátedra de San Pedro. Allí le hicieron tomar asiento en primera fila, a pocos metros de los cardenales. Parecía tranquila, y, sin embargo, se adivinaba que su corazón le latía aceleradamente. Su pobreza la mantenía humilde entre tanta gloria.

''Cuando, a las once en punto, se cantó el *Te Deum* y su hija María apareció ante la multitud, en la gloria de Bernini, los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas y su pecho empezó a subir y a bajar suspirando violentamente. Asunta inclinó la cabeza y a pesar de que todos la rodeaban para darle ánimo, su cara quedó blanca, más que los lirios que su hija mostraba en sus brazos. Fue sólo un momento: pronto se reanimó y volvió a mirar a su Mariettina en la gloria de Bernini. Hizo un esfuerzo, pero la pobrecita no pudo

resistir más y se conmovió visiblemente, surcándole lágrimas ardientes sus descarnadas y rugosas mejillas. Su mirada velada por el llanto y cansada, se fijaba en la lejanía del pasado y miraba...'' Hasta aquí el profesor Gualandi.

Terminada la ceremonia, el entusiasmo, rayano en delirio, fue tan enorme que, no obstante las vallas y la fuerte escolta, que protegía a la anciana para que no la sofocasen, la guardia palatina debió intervenir enérgicamente e incluso, en un momento dado, tuvo que levantarla de la silla y sacarla afuera en brazos.

Asunta fue conducida de nuevo a la parte del Vaticano llamada Santa Marta, en donde la atendían las religiosas que allí viven.

El cardenal Pignatelli di Belmonte, le preguntó:

—Vamos, mamá, ¿no está contenta? Todo ha terminado bien.

Y la madre —recordando seguramente a su hija destrozada, en el hospital de Neptuno— contestó:

—¡Oh! ¡Sí! Mucho. Pero..., pobre niña mía...

Por la tarde, cuando Su Santidad bajó a venerar a la nueva beata, al pasar por delante de la viejita, se paró un momento y la bendijo pausadamente. La buena Asunta se emocionó mucho por esta atención del Santo Padre.

La habían invitado a que aquella noche dirigiese algún saludo, desde la Radio Vaticana, a todas las jóvenes cristianas. Ella, que, a pesar de su simpleza, era muy inteligente, preparó durante el día algunas frases de memoria, ya que no sabía escribir, pero, al llegar a la emisora y ver aquellos aparatos, se sintió turbada y se le esfumó el discursito preparado. Sin embargo, las pocas palabras que acudieron a sus labios fueron de un contenido extraordinario:

"Envío mi bendición a todas las jovencitas de Italia para que sean puras como mi María. Mujeres, sed buenas madres".

Seguramente no podía haber dicho nada más bello, ni más oportuno, ni más provechoso. Sólo le faltaba completar la última frase que su humildad dejó sin terminar. Sed buenas madres... como yo lo he sido, por la gracia de Dios.

Al día siguiente asistió a la gran audiencia pontificia que el Santo Padre concedió a la familia Goretti y a representaciones de las Jóvenes Católicas Italianas.

Recordando Asunta las dificultades de la vigilia en San Pedro para no ser atropellada por el entusiasmo de la multitud, exclamaba:

—¡A ver cómo irá eso...! Pero, vamos, creo que el peligro principal ya ha pasado.

En la audiencia, el Santo Padre pronunció una bellísima alocución en honor de la beata. Después Su Santidad se acercó a Asunta, la bendijo y habló unos momentos con ella tomando sus manos temblorosas —manojos de sarmientos— entre las suyas paternales. Dejemos que ella misma nos cuente sus impresiones en esos instantes de cielo.

"—Escuchaba las palabras del Papa pero no podía menos de revivir todo el pasado, y lloraba. Cuando el Papa vino hasta mí para darme la bendición, me di cuenta de que aquello era una cosa demasiado grande. ¡Figúrese!: tener al Santo Padre entre sus manos, estas mías de pecadora. Siento no saber escribir para expresarle al Papa toda mi gratitud por cuanto ha hecho por mí. Soy pobre. Nada puedo hacer por él, sino rogar."

Mientras dejaba el Vaticano, donde había vivido varios días exclamaba:

—No querría marcharme nunca del Vaticano. ¡Me siento tan feliz cerca del Papa! —Y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Antes de partir de Roma para reintegrarse a Corinaldo, fue a visitar los restos de su hija, que estaban expuestos en la iglesia de los Santos Juan y Pablo. Aunque se procuró la máxima reserva para que su presencia pasase desapercibida, ello no fue posible. Cuando la multitud de fieles la reconoció, se precipitó sobre ella para besarla, tocar sus manos y pedirle oraciones y su bendición.

Asunta no sabía cómo despedir a la gente. A las jovencitas les decía: "Sed puras como mi María". A las mujeres: "Sed buenas madres. El señor os bendecirá". Regresó a Corinaldo. Estaba fatigadísima corporalmente, pero su alma se sentía feliz. Había visto la beatificación de su querida hija. Pero el Señor quería ser espléndido con aquella sierva buena y fiel. Le tenía reservada la dicha de ver a su hijita proclamada santa.

Asunta, en Corinaldo, siguió con su vida habitual: sencilla, humilde, pobre, conformada con la voluntad de Dios.

Se quitó de las orejas los pendientes de oro y brillantes que había llevado aquellos días. Eran los mismos de su lejana boda. Y los mismos que había lucido Mariettina en su primera comunión.

Los depositó devotamente en un estuche como una preciada reliquia. No los llevaría ya más en la vida... a no ser que Dios le hiciera la gracia de ver la canonización de su hijita, lo que le parecía entonces un sueño, pues Asunta contaba ya ochenta y un años y estaba atacada de deficiencia cardíaca e hipertensión arterial.

Asunta se había acostumbrado en su vida a no

desear nada, a no tener ilusión por nada. Iba besando la mano de Dios a medida que le iba regalando ya penas, ya favores. Siempre con igual amor, siempre con la misma lealtad.

Vivía con esta confianza, y, cuando le decían: "Asunta, vamos a ver si llega a contemplar santa a su hija", ella levantaba los ojos al cielo y exclamaba: "Que se haga la voluntad de Dios".

Estas palabras, que fueron el alma de su vida, eran las mismas que había pronunciado ante el sepulcro abierto de su amado esposo, las mismas que murmuró entre sollozos ante el cuerpo de su hija, acribillado a puñaladas.

* * *

El cuerpo de la mártir estuvo expuesto hasta el 15 de mayo, pues no había sido suficiente el triduo que se celebra en las beatificaciones de los Siervos de Dios. La multitud desfilaba en apiñadas filas frente al glorioso sepulcro en la basílica de los Santos Juan y Pablo, hasta que llegó el día de devolver el sagrado tesoro al santuario de Neptuno.

La urna, sacada de la basílica en hombros y colocada sobre una magnífica carroza-automóvil, atravesó las calles de Roma profusamente adornadas, mientras las muchedumbre se apretujaba en las aceras, ávida de contemplar por última vez a la virgencita, que dormía el dulce sueño de la gloria en aquella urna de madera preciosa, plata y cristal.

Al llegar delante de la iglesia de Todos los Santos, el cardenal Canali despidió la multitud bendiciéndola con una reliquia de la Mártir.

La carroza-automóvil al salir de Roma aceleró su velocidad en dirección a Albano. Todos los pueblos por donde iba pasando se desbordaban por las calles, para venerar y aclamar a la gentil santita, hasta llegar a Albano, cabecera de la diócesis a que pertenecen Le Ferriere y Neptuno, en cuya catedral permaneció tres días para recibir las aclamaciones y las súplicas de sus habitantes.

El 19 fue llevada a Frascati, el 20 a Velletri y, por fin, el 21 al atardecer, llegaron los sagrados despojos a Neptuno, siendo depositados en el hospital, ahora casa de la Providencia, en la misma sala en que la santa había expirado y que había sido transformada en capilla por la generosidad de Pío XII.

El sitio que ocupó su camita está señalado por una lápida de mármol con esta inscripción:

La angelical niña
MARIA TERESA GORETTI,
nacida el 16 de octubre de 1890 en Corinaldo de las Marcas,
caída bajo catorce puñaladas
en Le Ferriere de Conca,
mártir invicta de su virginal pureza,
AQUI,
heroicamente perdonando a su enemigo,
después de 24 horas de inauditos sufrimientos,
entregaba su hermosa alma a Dios
el 6 de julio de 1902.

En la mesa del altar, con letras doradas, se lee: "Donación de Pío XII". En esta pequeña capilla estuvieron depositados los despojos de la santita, desde la tarde del 21 a la del 22, en que fueron llevados al santuario de Nuestra Señora de las Gracias.

XV
Expiación

Conozcamos algunos detalles de la vida azarosa y penitente de Alejandro Serenelli, a través de sus propias declaraciones.

"Al principio, no siendo conocido en la nueva localidad en que trabajaba, pude vivir con bastante sosiego, pero a los pocos meses se empezó a correr el rumor de que uno de los albañiles del señor Bontempo (mi patrón) era el asesino de María Goretti.

"Mis compañeros de trabajo, bastante comprensivos, no me decían nada, si bien por sus miradas fui adivinando que se habían enterado del gran 'secreto'. Los del pueblo, sobre todo las mujeres, no eran tan considerados, pues, pasando por el sitio en que yo trabajaba, me señalaban con el dedo y agregaban comentarios punzantes que llegaban a mis oídos.

"La impresión que estas escenas causaban en mi espíritu era demoledora. Mis compañeros de trabajo, que lo comprendían, se esforzaban en alejar a las curiosas y hasta alababan en público mi comportamiento.

"Aunque esta conducta me hizo algo más soportable la vida, me daba cuenta, al ir por la calle, de las miradas entre curiosas y espantadas que los chicos y

chicas me dirigían, y cómo algunas de éstas cambiaban de camino para no cruzarse conmigo. Todo esto me molestaba mucho y me empujó a llevar una vida lo más retirada posible, no saliendo de casa sino para lo imprescindible.

"Durante esos años una idea me perseguía sin descanso: me habían perdonado Dios, la mártir y la justicia humana. Pero ¿me había igualmente perdonado la madre de mi víctima? No es que lo dudase en serio, sabiendo que la señora Asunta era una cristiana a carta cabal, pero mi alma atormentada necesitaba escucharlo de sus labios.

"Un mes de diciembre, poco antes de navidad, me decidí a ir a postrarme a sus pies y pedirle perdón... El acto era humillante y duro, pero, acostumbrado ya como estaba al desprecio y a la vida amarga, me sentía con ánimos para ello, e incluso confiaba que este paso sería causa de mayor paz para mi espíritu.

"Durante el viaje a Corinaldo mi alma sufrió un tormento moral indecible que, en algunos momentos, me hacía flaquear en la decisión que había tomado. Pocas veces como entonces se me había presentado tan vivamente la escena que me habían contado de mi madre, que, al perder el juicio ante la locura de mi hermano Gaspar, me había tomado, niño todavía de pocos meses, y llevado a una acequia para ahogarme, gritando fuera de sí:

"—Para que no seas tan desgraciado como tu hermano Gaspar.

"Me consideraba mucho más infeliz que mi hermano, y lamentaba que mi madre no hubiese podido llevar a cabo su plan.

"Con la gracia de Dios he conseguido superar estas crisis, pero confieso llanamente que aún a veces es-

ta idea me tortura, y tengo que apoyarme en razones de fe para no sucumbir al pesimismo.

"Por fin llegué a Corinaldo. Afortunadamente nadie me reconoció, como tampoco nadie me había identificado durante el viaje.

"Subí lentamente la pronunciada pendiente que lleva a la casa de la señora Asunta. No sé si por haber ya pasado los cincuenta años o por mi estado anímico, aquella cuesta me fatigó extraordinariamente.

"Llegué a la puerta de la casa parroquial, en la cual ella desempeñaba entonces los servicios de ama de llaves. Me paré unos momentos para tomar aliento, porque el corazón me latía violentamente, y además no era difícil presentir que la escena sería dura y muy emotiva.

"La última vez que nos habíamos visto había sido la tarde fatídica de mi crimen, cuando yo contaba sólo veinte años y ella nada más que treinta y seis. Ahora Asunta era ya una mujer anciana de setenta y un años. Yo, aunque bastante menor que ella, llevaba en mi semblante y en todo mi físico las huellas de los veintisiete años de penal y la inmensa amargura de mi vida destrozada.

"Por momentos me asaltó una duda: ¿Me recibirá? ¿Me echará como a un perro? Resuelto a afrontar cualquier humillación, llamé a la puerta. Pasaron unos minutos más lentos que los de costumbre, y la puerta se abrió.

"Apareció ante mi escrutadora y humedecida mirada una señora anciana, de cabello plateado, cara arrugada y ojos dulces que fijó en mí con intensidad.

"Me di cuenta de que me había reconocido. Sin embargo sus ojos seguían mirándome dulcemente. Animado por esta mirada, tuve ánimo para romper aquel silencio angustioso y exclamar:

''—Asunta, ¿me reconoce?

''La anciana, presa de intensa emoción, se llevó instintivamente sus manos a la cara, y exclamó con la voz empañada por un gemido:

''—¡Alejandro!

''En esta exclamación no noté ninguna vibración de odio, ni de resentimiento. Me hizo el mismo efecto que si hubiera gritado: 'Hijo mío'.

''Sin poderme contener me arrojé a sus pies y, conmovido por aquella palabra y aquel recibimiento tan maternal, me puse a suplicar entre grandes sollozos:

''—Asunta, ¿me perdona?

''Me di cuenta de que se repetía la escena evangélica del hijo pródigo, con la diferencia, a favor de éste, de que él no había sido asesino y yo sí.

''—Perdóneme, Asunta —repetí angustiado.

''Ella, a pesar de sus años, haciendo un esfuerzo, me ayudó a levantarme, mientras me decía con voz entrecortada por el llanto:

''— ¡Oh, sí, Alejandro! Te perdono de todo corazón. ¿No voy a perdonarte yo, si María ya te perdonó? Sí, María te perdonó. Yo se lo oí de sus labios antes de expirar. Y además añadió que te quería a su lado en el cielo.

''Al oír estas palabras, conmovido profundamente, no pude menos de arrojarme a sus brazos y estrecharla con afecto filial entrañable.

''Ella, no sólo aceptó mi abrazo, sino que puso sus labios de madre en mi frente pecadora imprimiendo en ella el beso de la paz y el perdón.

''— Gracias, Asunta —le decía—. Lo esperaba de usted.

''Luego le besé la mano y, mientras penetrábamos dentro de la casa rectoral, le dije:

''—¡Cuánto siento haberle ocasionado pena tan grande!

''Asunta, mirándome con ojos de místico, me contestó:

''—Alejandro, Dios sabe escribir derecho con líneas torcidas. Todo ha sido para bien. Mi misma hija te debe el cielo y quién sabe si un día no te deberá la gloria de los altares.

''Estas palabras me consolaron profundamente. Empezaba a considerarme como una pieza providencial en el plan divino de glorificar a Mariettina, y, aquel momento, casi me avergoncé de haber deseado que mi madre me hubiese ahogado.

''El párroco me recibió cordialmente y lo mismo hicieron los otros tres sacerdotes que en aquella casa moraban. Durante la comida, que recordó en pequeño la del padre del hijo pródigo, manifesté mi plan de regresar al lugar de mi trabajo aquella misma tarde, pero todos se opusieron y el señor cura me obligó amablemente a pasar con ellos las próximas fiestas de navidad.

''Fui a la iglesia a confesarme, y en ella experimenté una emoción indescriptible ante el monumento de María. El gesto de la niña, apartando el rostro del invisible seductor, y rechazándolo con los brazos en ademán vigoroso, tomó a mi vista una realidad punzante, pues me parecía que dirigía sus brazos para defenderse contra mi misma persona. Sentí un escalofrío que se intensificó al leer en la inscripción: 'Heroína de la castidad, soportó invicta muchas heridas mortales...'

''Tuve que hacer un esfuerzo titánico para serenarme y para que ninguno de los que me acompañaban se diese cuenta de la emoción que me embargaba.

Me arrodillé ante el monumento y recé para que no apartase ya más sus ojos de mí y para que me perdonase esas 'muchas heridas mortales' que le hice un triste día. Al levantarme, mis ojos estaban humedecidos, pero también vi lágrimas en la cara de cuantos me rodeaban.

''Pronto se esparció la voz en la ciudad de que tenían entre ellos al asesino de su conciudadana y que yo iría a comulgar, la noche de navidad, junto con la madre. Así se había acordado 'en secreto' en la casa rectoral, y el notición fue trasmitiéndose de boca en boca hasta llegar a las casitas de campo que rodean Corinaldo. Sabido esto, no es necesario decir que nunca la iglesia se había visto tan repleta de fieles como aquella memorable nochebuena.

''Al acercarme al comulgatorio y arrodillarme al lado de Asunta, sentí un profundo consuelo, que atribuí a una delicadeza de la santita. Ese día comprendí toda la escondida belleza de la palabra *nochebuena*, noche de paz para los hombres de buena voluntad, y yo me consideraba uno de ellos.

''Debo considerar sinceramente que entre la gente de Corinaldo no observé ninguna mirada despectiva, a pesar de ser el asesino de una conciudadana suya.

''Asunta, por su parte, se interesó mucho para que todos los parientes de Mariettina me perdonasen, pero varios de ellos se resistieron. Esa resistencia me agrió un poco la felicidad que invadía mi espíritu, pero comprendí que no era menor la amargura que el hecho causaba en el alma de mamá Asunta.

''Pasadas las fiestas navideñas, regresé al lugar de mi residencia, donde el ambiente de hostilidad era el mismo de antes, pero me sentía ya con más ánimo para soportarlo.

"Dios me aisló una temporada enviándome una bronconeumonía que me obligó a internarme en el hospital, cuyas religiosas me trataron con cuidado y amor, casi con veneración.

"Entre tanto, el párroco de Corinaldo se esforzaba por poner en obra un proyecto del que habíamos hablado varias veces de sobremesa: quería sacarme de Biagio, donde yo vivía, y aun del contacto con el mundo, para que me refugiase en la soledad de un convento. Allí encontraría paz, amor, facilidad para una vida de purificación, y un lugar donde me viese libre de la curiosidad malsana y ofensiva de la gente.

"Cierto día de 1937, repuesto ya de mi dolencia, recibí una carta del padre Luigi, guardián del convento de los padres capuchinos de Dell' Ambro, en la que me invitaba a vivir en su compañía a cambio de ocuparme de la huerta, y como ya suponía mi decisión, me enviaba de paso veintidós liras para el viaje.

"Acepté al momento, y, arregladas las cosas pendientes, me dirigí allá, donde viví tranquilamente unas semanas al lado del padre Luigi hasta que fue destinado, con el mismo cargo de guardián, al convento de Amándola a donde le seguí. Una de mis ocupaciones era conducir con un mulo al padre capuchino hasta el santuario de Nuestra Señora Dell' Ambro, de cuya atención él se ocupaba.

"En Amándola me sucedió un caso que puso en trance difícil mis deseos de expiación y mejoramiento espiritual.

"El antiguo quintero, al que yo iba a sustituir, ya que debía ser despedido por su afición desordenada al vino, tramó una jugarreta para impedir mi admisión definitiva.

"Una tarde el padre Luigi me llamó aparte y me habló con una amabilidad no desprovista de seriedad:

''—¿Ha pasado algo, Alejandro?

''Yo, no comprendiendo, y alarmado por su ademán de seriedad no habitual en él cuando trataba conmigo, sentí un vuelco en el corazón y le pregunté a mi vez con ansiedad:

''—¿Sucede algo grave?

''—Le faltan al hortelano las 400 liras que ayer le di para liquidar sus trabajos en el convento.

''Me sentí herido al comprender, por su pregunta, que se sospechaba de mí.

''—Yo nada sé —contesté algo azorado.

''—Así lo creo —dijo dudando el guardián—. Deseo que se descubra la verdad y que seas inocente.

''—¿Sospecha usted de mí?

''—Yo no sospecho de nadie. Es el hortelano quien sospecha. Alejandro, siento mucho decírtelo. En la portería te esperan dos carabineros. Les he dicho que yo salía garante de tu conducta, pero me han enseñado una orden de la comandancia que te llama a declarar.

''Si me hubiesen dado un mazazo, no hubiera quedado tan aturdido. Me dije: Por lo visto, a un ex presidiario ya no le es posible ser un hombre honrado.

''El padre Luigi me dio a besar la mano, estrechando la mía cariñosamente. Le miré a los ojos, y no vi en ellos sino ternura y compasión. Como un autómata, aceptando a ciegas mi destino, me presenté a los agentes que me llevaron a la comandancia.

''Una vez ante el comandante, comprobé que se trataba de una buena persona; es decir, de un hombre imparcial, prudente, amable e inclinado a resolver los asuntos por las buenas.

''Verificada mi identificación personal, empezó el interrogatorio:

''—¿Sabes de qué se te acusa?

”—Me lo acaba de decir el padre guardián.

”—Tú, ¿qué dices?

”—Que yo nada sé.

”Después de un breve fuego graneado de preguntas y respuestas, el comandante concluyó: ‘Confiesa, Alejandro...Ya ves que no pienso denunciarte a la autoridad superior. Estás observando muy buena conducta y no quiero que te vuelva a pasar nada malo. Supongo que los recuerdos de los penales no te son precisamente agradables’.

”Al oír estas observaciones, experimenté un sentimiento derrotista que me hubiera hecho aborrecer la vida y la sociedad con sus injusticias y sus burlas hacia los caídos, si no hubiese visto en todo este hecho la mano de Dios que me purificaba. El comandante proseguía:

”— Confiesa el delito; entrega el dinero y nadie sabrá nada de lo sucedido. Serás de nuevo libre y contarás con mi confianza.

”— Pero, señor comandante —contestaba yo—, ¿cómo quiere que me haga responsable de un crimen que no he cometido? Y ¿de dónde quiere usted que saque yo el dinero, si no tengo ni un céntimo?

”El comandante hizo una mueca de incredulidad, y, poniendo dureza en sus palabras, respondió:

”—Está bien. No quieres confesar. Peor para tí. Seguirás detenido hasta que ‘cantes’, y te advierto que, a lo mejor, llegarás tarde, pues me veré obligado a dar parte de lo sucedido a la autoridad superior. Y, con los precedentes que tienes, te puede costar caro tu silencio. En fin, te llevaremos al calabozo, Puede ser que allí a solas recuerdes dónde escondiste el dinero. —Como sátira no estaba mal.

”Aquello duró quince días de verdadero martirio, casi de desesperación.

"¿De qué me había aprovechado mi vida honrada de ex presidiario? Ante la autoridad, ante la sociedad, sería siempre un elemento sospechoso, al que hay que vigilar como se vigila a una fiera. Sin embargo, mis años de vida cristiana habían ya dado a mi alma algún temple ante la calumnia. Confiaba que al fin mi inocencia triunfaría. El padre Luigi testificaba a favor mío, pero mi pasado deshacía la fuerza probatoria de su autoridad y de su testimonio de mayor excepción.

"En la soledad de la cárcel municipal se me ocurrió la idea de poner por valedera ante Dios a mi protectora celestial, Mariettina, y así se lo rogué a ella fervorosa y constantemente. A los pocos días obtuve el fruto de mi confianza.

"Ante mi tenaz negativa, el comandante ordenó por tercera vez una investigación y registro en el convento, que dio por resultado encontrar las cuatrocientas liras astutamente escondidas por el hortelano. Dudando ya de la veracidad de éste, se lo detuvo y, después de varios agotadores interrogatorios, confesó por fin su delito y sus artimañas contra mi persona.

"Mi vuelta al convento constituyó un día de júbilo para aquellos buenos capuchinos, que ya me apreciaban, y muy particularmente para el padre Luigi, que tanto se había interesado por mi libertad.

"En julio de 1937 me trasladaron a este convento de Ascoli Piceno, en donde ahora vivo como oblato, ejerciendo los oficios de quintero y de portero.

"Desde este sitio de soledad y oración he ido siguiendo las incidencias del proceso de beatificación de Mariettina, gracias a la bondad de los padres capuchinos que me trataban como si fuera uno más de ellos.

"El año 1947 iba a celebrarse la anhelada beatificación.

''Varias veces discutimos con los padres la conveniencia de que yo asistiese a esta solemnidad. Unos opinaban que mi presencia podría constituir el *punto oscuro* de la fiesta. Otros se inclinaban a pensar que su asesino convertido era el más rico florón de la corona de la nueva beata. Yo me reservaba mi opinión. Estaba decidido a aceptar la resolución que los superiores adoptasen. En mi interior yo era contrario a la asistencia, porque me imaginaba acosado por todas partes por los fotográfos y periodistas, y, sobre todo, por tantos curiosos que no me dejarían en paz, señalándome con el dedo y dirigiéndome preguntas indiscretas y comprometedoras.

''Sin embargo se decidió que asistiese. Pero Dios tenía dispuesta otra cosa. El sacerdote señalado para acompañarme a Roma murió inesperadamente, poco antes de salir para la Ciudad Eterna. En este trágico suceso todos unánimemente creyeron ver una señal de la voluntad de Dios; y no asistí a la solemnidad mencionada.

''En cambio acepté gustoso la invitación de asistir a las fiestas que Corinaldo celebró el mismo año para conmemorar la beatificación de su hija predilecta. Allí vivía Asunta, que me recibiría con los brazos abiertos, y recordaba la buena acogida que los corinaldenses me habían dispensado la nochebuena de 1937.

''Llegué a Corinaldo en el ómnibus de Senigallia. En el trayecto, hablando con un pasajero, le dije que venía de Ascoli Piceno.

''—Allí vive el asesino de María Goretti —dijo él sin reconocerme.

''—Así lo tengo entendido —contesté a mi vez.

''— ¿Usted lo conoce? —insistió.

''— Sí, lo conozco bien.

'' ¿Es verdad que se ha hecho capuchino?

''— No —contesté con toda la naturalidad que me fue posible—. No es religioso, es un trabajador como yo.

''Habíamos llegado a Corinaldo y me dirigí a la casita de Asunta, que ya vivía en compañía de su hija Ersilia.

''Todos me recibieron con muestras de particular alegría. En especial los sobrinitos de Mariettina, que me veían por primera vez, mostraban una curiosidad impregnada de simpatía. Su abuelita, la señora Asunta, me presentó a ellos con estas palabras:

''— Este señor es el que abrió las puertas del cielo a la tía María. Gracias a él es ahora beata.

''No pude menos de agradecer tamaña delicadeza y, luego, a solas con la viejecita, ella me confesó que sentía una alegría inmensa.

''— Es natural —le contesté—. No es para menos. Tener una hija beata debe ser para una madre el colmo de la felicidad.

''— No es sólo por eso —dijo ella con clara emoción—. Es que ahora ya todos mis familiares y parientes te perdonan. Sufría mucho viendo su obstinación. Ahora María estará contenta de todos nosotros... Y, al decir esto, sus ojos brillaban de felicidad.

''Las fiestas fueron animadas y muy concurridas, y su esplendor y espiritualidad ayudaron a cicatrizar las llagas de mi alma. Volví a mi refugio de Ascoli Piceno más animado a proseguir la vida de penitencia y retiro que yo mismo me he impuesto.

''Varias veces el mundo me ha querido llamar de nuevo a sí. Unos de sus ardides han sido las propuestas de matrimonio. Ahora ya hace tiempo que a nadie se le ha ocurrido semejante idea, pero las he recibido

varias veces en mi vida; la última me llegó cuando acababa de cumplir cincuenta y seis años. Mi contestación ha sido, desde luego, negativa, pues estoy decidido a pasar lo que me resta de mi vida en el ejercicio de la ascética cristiana más estricta.

"En Ascoli Dios me ha hecho la merced de encontrar un padre guardián que me ama como a un hijo, a cuyo amor corresponde mi alma con afecto filial. En su corazón desahogo las penas y las ansias del mío, y son muchos los días que, al atardecer, los dos solos en la paz de la huerta, bajo el acogedor emparrado o al pie de un ciprés, hablamos de nuestras cosas y le cuento confiadamente los recuerdos felices de mi vida, que son pocos, y los amargos, que son innumerables".

En mi carácter de autor de esta publicación, me complazco en dar a conocer a los lectores que el padre Virgilio de Offida, en una larga entrevista, me confirmó emocionado todas las declaraciones de Alejandro, al igual que otros detalles que refiero.

La vida de Alejandro se deslizaba con la más santa monotonía. Se levantaba siempre, tanto en verano como en invierno, a las tres de la madrugada.

En verano, hechas las oraciones, se entretenía con diversas ocupaciones hasta la hora de la misa. En invierno, en que amanece más tarde, se sentaba en su habitación y se ponía a rezar y a meditar hasta el alba.

Durante el día las labores de la huerta y la atención de la portería lo tenían continuamente ocupado, y no rechazaba trabajo alguno que le confiasen. Sabía que ya en el paraíso terrenal Dios había asignado al trabajo un valor expiatorio.

Rezaba mucho y confiaba ciegamente en su protectora, aunque el pensamiento de su crimen no lo abandonaba nunca.

Delante del padre guardián, que se lamentaba por la sequía, le oímos exclamar:

— ¡Ojalá lloviese tanta agua que me lavase por fin las manchas de sangre de mis manos!

Y al decir esto se las miraba con una mirada extraña, capaz de hacer creer que él realmente se las veía teñidas con la sangre de María.

Sin embargo, vivía confiado, porque estaba cierto de que María lo había perdonado. Estaba seguro de que rogaba por él y de que lo quería a su lado en el cielo. Esta seguridad moral de salvarse impregnaba toda su vida de una espiritualidad dulce y tranquila, y lo más admirable era precisamente que esta seguridad moral de alcanzar el cielo, no lo inducía a mitigar sus penitencias ni su vida de sacrificio continuo.

Sin duda, se daba cuenta de que, si en la gloria había de estar al lado de María, le era necesario ser tan puro como ella, y Alejandro, en su humildad heroica, se creía el más criminal de los hombres y el peor de los mortales. Dichoso él, ya que, como nos dice la Escritura, "el que se humilla será ensalzado".

Llegaba la hora de ir a dormir. Como había madrugado mucho y trabajado de sol a sol, estaba rendido y sus ojos se cerraban de sueño. No hay que olvidar que Alejandro contaba ya sesenta y ocho años. Así, pues, se retiraba pronto, tanto en verano como en invierno.

Antes de acostarse, se arrodillaba devotamente frente al cuadro de Mariettina que estaba a la cabecera de su lecho. Tenía para él un gran valor, pues llevaba esta dedicatoria: "Ersilia Goretti, hermana de la Beata, a Alejandro Serenelli. 1947". Y seguía sin olvidarse ninguna noche, antes de acostarse, del padrenuestro que hacía cuarenta y nueve años rezaba, desde aquel triste atardecer de julio de 1902, cuando fue a

acostarse por primera vez en un camastro de encarcelado. Y después, levantando los ojos al cuadro de su protectora, le recordaba con fervor y confianza:

— Mariettina, cumple tu promesa: llévame al paraíso junto a ti.

Después de esta invocación, Alejandro experimentaba un consuelo interior muy grande, bajo cuya influencia conciliaba un sueño reparador.

Esta era su vida, según escuché de sus labios y de los del padre guardián, en la entrevista para mí inolvidable, sostenida con ellos en julio de 1950. Al término de la misma, Alejandro estaba fatigado por la emoción, pero se sentía satisfecho de contribuir a la glorificación de María Goretti.

Después, al despedirme, le estreche fuertemente la mano derecha, la misma que cosió a puñaladas el cuerpo de la mártir; pero no experimenté repugnancia alguna, pues pensé que estaba ya purificada; que con ella el buen Alejandro había ayudado a llevar el agua y las compras a María; y que con sus dedos le había enseñado las primeras letras, a fin de que pudiera prepararse mejor para su comunión.

Para sintetizar en dos palabras la figura espiritual de Alejandro, al atardecer de su vida, habría que decir que era un *santo penitente* ante el cual, sin esfuerzo, acudía a la memoria el pensamiento de san Pablo: "Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia"

XVI

Santa María Goretti, Virgen y Mártir

Narremos el hecho culminante de la glorificación de la mártir: su canonización.

A María Goretti el Santo Padre Pío XII la había dispensado de los milagros que comúnmente se exigen para proceder a la beatificación de los Siervos de Dios, y lo hizo así porque existían evidentes constancias del martirio y de la causa del mismo.

Lo cual no significa que faltasen milagros, pues la santa prodigó desde su muerte toda clase de gracias y favores, e incluso apariciones, ya desde el mismo mes de la beatificación.

Ante esta floración de milagros se determinó reanudar inmediatamente la causa de la mártir, con miras a su canonización.

El día primero del siguiente mes de junio, el postulador de la causa, varios cardenales y el padre general de los pasionistas suplicaban al Papa la reanudación de la causa. Esta fue acordada el mes de julio por la Sagrada Congregación de Ritos, cuya decisión aprobó Su Santidad Pío XII, el 3 de agosto siguiente.

El mes de setiembre de 1948, el XI Congreso Internacional de las Asociaciones para la Protección de

las Jóvenes reunido en Roma, en el cual participaron veintitrés naciones, trasmitieron a Su Santidad por medio del cardenal Mícara, el voto de que se declarase a María Goretti patrona de las asociadas, a lo que el Santo Padre respondió por un rescripto del 22 de octubre del mismo año, declarando que "acogía con mucho gusto las instancias de los dirigentes de dicha Asociación Católica Internacional".

El 11 de diciembre de 1949 fueron aprobados los dos milagros que para la canonización se habían presentado, que fueron los siguientes.

El obrero Giuseppe Cupo, el día 8 de mayo de 1947, mientras trabajaba en una colina, bajo las órdenes de la Ingeniería Civil, fue herido por una gran piedra de más de un metro cúbico que, desprendida de la altura, rodó velozmente hasta dar con violencia contra su pie izquierdo, dejándolo sin sentido. Hecha la primera cura, se dio el pie por perdido, habiendo de ser amputado.

Al volver Giuseppe en sí, viendo que su desgracia acarrearía la de toda su familia, se encomendó a la ya beata María Goretti, diciendo: "Demuestra que eres una santa mártir, curándome y devolviéndome a mi familia y al trabajo". Cuenta él mismo:

"Tres veces repetí la invocación y quedé amodorrado. Durante aquella breve modorra se me apareció la beata Goretti con la palma y el lirio en la mano, tal como estaba representada en la estampa que me pusieron en la cabecera de mi cama, y sentí que el pie se me aliviaba. Salté del lecho con gran estupor de mis familiares y vecinos, los cuales constataron que el pie estaba completamente curado y normal.

"A la mañana siguiente me presenté al trabajo, y muchos de mis compañeros me decían: '¿Cómo? ¿Tú

por aquí? Ayer eras ya un hombre muerto'. Y quisieron ver y tocar mi pie curado. Yo les contesté: 'La beata Goretti me ha hecho esta gracia'."

El otro caso fue el de la señora Anna Grossi, natural de Albano Laziale, pero domiciliada en Roma. Estaba gravísimamente enferma de pleuresía tuberculosa con adenopatía laterocervical bilateral, soplo bronquial en la parte superior del pulmón y ausencia de ruido vesicular en la parte inferior.

Una tos seca frecuente y convulsiva acababa de agotar sus escasas fuerzas. Fue trasladada a un sanatorio. Los doctores la dieron por perdida. Uno de ellos, poco religioso, dijo: "Para curarla hace falta un milagro, y los milagros ya han pasado de moda".

El 27 de abril de 1947, día de la beatificación, una amiga de la enferma fue a visitar los restos de la mártir en la basílica de los Santos Juan y Pablo, y, tomando una flor que estaba junto a la urna, la llevó a la paciente. Esta se tragó uno de los pétalos, pidiendo la curación a la nueva beata e instantáneamente desaparecieron la fiebre y el líquido de la pleura, encontrándose completamente sana.

Verificada ya la aprobación de los dos milagros necesarios, dos días después, o sea, el día 13 de diciembre, se propuso a los eminentísimos cardenales y a los consultores de la Sagrada Congregación de Ritos la resolución de esta duda: si, existiendo ya la aprobación de los dos milagros obrados después de la veneración concedida a la beata por la Sede Apostólica, se podía con seguridad proceder a su solemne canonización. Esta reunión llamada congregación general, tuvo lugar ante Su Santidad, y todos los presentes respondieron afirmativamente a la anterior pregunta.

El Santo Padre se reservó la respuesta hasta después que hubiese encomendado el asunto más particu-

larmente al Señor. El día 12 de enero de 1950, llamó al prefecto de la dicha Sagrada Congregación, cardenal Clemente Mícara, al R.P. Salvatore Natucci, promotor general de la fe y al secretario de la congregación, Alfonso Carinci y, después de haber celebrado ante ellos el santo sacrificio de la misa con gran fervor, les comunicó esta resolución: "Se puede proceder con seguridad a la canonización de la beata María Goretti".

La fausta noticia fue comunicada a la familia de la mártir, y desde entonces Asunta ya sólo suplicó al Señor que, "si era su santísima voluntad, le conservase la vida a lo menos hasta ver a su hija, santa".

El hermano de María, Angel, de sesenta y dos años, que desde hacía treinta y seis residía en Norteamérica y tenía en New Village una tintorería, se decidió a regresar por fin a su patria, para asistir a la glorificación de su hermana. Despidiéndose de sus siete hijos que le dejó su difunta esposa, se embarcó, llegando a Italia el 14 de mayo. Se dirigió en seguida a Corinaldo para visitar a su anciana madre, y de más está decir que la emoción del reencuentro fue de una intensidad indescriptible.

Habiendo divulgado la Radio Vaticana que, aprobados los milagros de María Goretti, se podía asegurar que la mártir sería canonizada el 25 de junio del año santo de 1950, se produjo una explosión de entusiasmo entre los católicos de todo el mundo, que empezaron a proyectar peregrinaciones para asistir a tan grande acontecimiento.

Llegó el mes de junio. Ante la fabulosa petición de entradas para presenciar la solemnidad de la canonización, que superaron las ciento cuarenta mil, se determinó que la augusta ceremonia se celebrase en la plaza de San Pedro, a fin de que pudiera ser presenciada por aquella multitud enorme de devotos de la

mártir de las Lagunas Pontinas. Con este fin se adelantó el acto a la vigilia, sábado 24 de junio, por la tarde.

Al día siguiente se celebraría la misa papal dentro de la basílica vaticana. Tres días antes había llegado a Roma la madre de la santa, hospedándose, como durante las fiestas de la beatificación en 1947, entre las hermanas de Santa Marta en la ciudad del Vaticano. Una ambulancia de la Cruz Roja había ido a buscarla a Corinaldo, ya que por la dolencia de su pierna se le hacía molesta otra clase de vehículo, para un trayecto de más de trescientos kilómetros.

La función estaba anunciada para las seis y media de la tarde. Varias horas antes, ya estaba llena la plaza de San Pedro, teniéndose que desparramar la gente por la contigua plaza de Pío XII, como actualmente se la llama, y la Vía de la Conciliación: los asistentes rebasaban los trescientos mil...

Parecía milagroso que la glorificación de una pobre campesina de la más humilde familia de los pantanos de Conca hubiera podido atraer aquella muchedumbre venida de todas las partes del mundo. Si a la beatificación de la niña habían asistido en gran mayoría muchachas campesinas, ahora los asistentes eran de toda edad, sexo y condición, pues se había dado cuenta el mundo de que la pequeña mártir poseía un valor apologético a favor de la fe y de la virtud, que interesa por igual a todas las edades y a todas las condiciones de la vida. Además, esta canonización tenía un atractivo que no había tenido otra alguna en la historia de la Iglesia. Estaba presente la madre de la niña mártir; la que la forjó para la lucha y para la victoria, a la que el pueblo cristiano había empezado a venerar como madre modelo; la que había sabido, a

pesar de la estrechez en que vivía, educar a sus hijos, sin medios humanos, pero con la inagotable sabiduría de su fe y la penetrante elocuencia de su amor y, sobre todo, con la irresistible eficacia de su ejemplo.

Y no sólo la madre. Estaban allí también presentes sus hermanos Angel, Mariano, Ersilia y Teresa, la que había seguido la senda de virginidad trazada por María, profesando la vida religiosa en el Instituto de Franciscanas Misioneras de María. También estaba allí Isolina, la hija de Mariano, igualmente consagrada al señor y que había tenido la suerte de ser visitada por su santa tía en una deliciosa aparición.

Cuando la función litúrgica iba a comenzar, Asunta fue conducida en compañía de sus hijas a una ventana del palacio vaticano sobre la plaza de San Pedro. Pensaba poder asistir desde allí, recogida y ausente de este mundo, a la glorificación de su Mariettina querida. Pero la anciana no pudo escapar a las entusiastas aclamaciones que le brindó la multitud tan pronto advirtió su respetable figura.

Fue asimismo enorme la conmoción del público cuando divisó el estandarte de la nueva santa, sobre todo al darse cuenta de que llevaban sus cordones los dos hermanos de María, Angel y Mariano, con visible emoción pintada en su rostro.

Apareció, en fin, el Santo Padre, entre los vibrantes aplausos del pueblo fiel, para dar comienzo al rito solemne de la canonización. Por primera vez, en la historia de la Iglesia, esta función se realizaba en la plaza de San Pedro.

Cuando los altavoces llevaron a los oídos de Asunta las palabras del Papa: *Decretamos y definimos que la beata María Goretti, Virgen y Mártir, es santa, y la inscribimos en el catálogo de los santos*, la

viejecita palideció y, con ojos llenos de lágrimas, no hacía sino mirar el cielo y mover pausadamente la cabeza de arriba a abajo como si ponderase toda la magnitud del triunfo de su hija y de la felicidad, imposible de superar, de su corazón de madre.

— ¡Mamá, María ya es santa! —exclamaron emocionadas Ersilia y Teresa.

No les fue posible decir más, pues estallaron en dulcísimo llanto. Entre tanto, en la logia central exterior de la basílica se había descubierto el gran tapiz de la santa, cuya vista fue acogida con entusiasmo por la multitud. La madre quería mirar el tapiz y el estandarte, pero sus ancianos ojos no los alcanzaban. Cuando se los mostraron el día siguiente, dijo sencillamente:

— Son hermosos, pero María era todavía más hermosa.

En esos mismos momentos, a muchos kilómetros de distancia, Alejandro se encontraba en su retiro de Ascoli Piceno, y seguía, con el corazón que le palpitaba fuertemente y con los ojos llenos de suave llanto, las ceremonias de la canonización transmitidas por radio. Vivía el momento cumbre de su vida penitente. Aquella noche, fue a descansar un poco más tarde. No pudo menos que escuchar la trasmisión hasta el final; ni hubiera sido posible arrancarlo del lado del aparato junto al cual parecía estar en éxtasis. Al acostarse, Alejandro se sintió feliz, pues en cierto modo María le debía a él, humilde pecador, aquella glorificación. Se arrodilló, como siempre, antes de meterse en el lecho y, mirando a su protectora, la llamó por primera vez santa.

— Santa... Mariettina, cumple tu promesa, llévame a tu lado al paraíso.

Y al pensar que María era ya una santa canonizada, se dio cuenta de que para estar a su lado en el cielo

tenía que intensificar todavía más su vida de purificación y acercamiento a Dios.

Terminada la ceremonia, mamá Asunta fue conducida nuevamente a su alojamiento; en el trayecto se encontró con el cortejo del Papa, quien le sonrió, la bendijo, se interesó por su salud y dio órdenes para que fuera especialmente atendida aquella noche.

Al día siguiente, domingo 25 de julio, se celebró la misa papal en honor de la nueva santa, ante cincuenta mil personas que colmaban hasta lo inverosímil la basílica vaticana. Asunta asistió a la ceremonia desde la logia central de la sala de las bendiciones, esta vez con mayor paz y sosiego, no dejando de elevar fervientes plegarias a su pequeña Mariettina. Al final de la misa, Asunta sentía con sinceridad que ya nada le quedaba por hacer en la tierra, y podía exclamar en verdad con las palabras del anciano Simeón: "Ahora, Señor, puedes dejar que tu servidor muera en paz"...

Para el siguiente día la esperaba a Asunta una nueva satisfacción, que fue también un caso único en los anales de la Iglesia: el sumo pontífice, al concederle una audiencia, ordenó que se le dispensara el recibimiento reservado a los soberanos de Estado. El Papa sostuvo con ella una conversación de viente minutos en su biblioteca privada y le obsequió una imagen de plata de la Santísima Virgen. Luego pasaron ambos a la sala llamada del Pequeño Trono, donde esperaban los miembros de la familia Goretti. El Pontífice saludó a cada uno de ellos, y con afabilidad les expresó su íntimo consuelo por el acontecimiento de la canonización de María, "el de mayores proporciones que se recuerda en la historia de la Iglesia", según sus propias palabras. Posteriormente, deseoso el Sumo Pontífice de que Asunta se repusiese de las

irregularidades cardíacas que le habían causado las impresiones de aquellas jornadas, decidió que la viejecita pasase una decena de días, cuidada con todo esmero, en el palacio de Castelgandolfo, antes de regresar a Corinaldo.

• • •

El 16 de diciembre del mismo año de la canonización, Le Ferriere vivió unos momentos memorables, impregnados de fuerte emoción. Un auto paró ante la Granja Antigua, y de él descendió un padre capuchino; luego, unos sacerdotes pasionistas, y por último, un seglar.

Aquel seglar, que no era otro que Alejandro Serenelli, subió la escalera exterior y penetró en la casa. Escaló aquellas gradas, con el corazón que le palpitaba casi como el día que ascendió por ellas para ir a cometer el crimen, si bien fuera por motivo tan distinto. Le pareció ver de nuevo en aquel rellano a Mariettina remendándole una camisa y sobresaltándose a su llegada. Aquella cocina-comedor, aunque muy cambiada, hizo revivir en su corazón lacerado las crueles escenas de la tentación y del martirio. Los acompañantes, haciéndose cargo del estado psicológico de Alejandro, fueron lacónicos:

— ¿En dónde fue el martirio?

— Empezó enfrente de la chimenea y terminó junto a la puerta de entrada.

Alejandro cayó de rodillas y besó morosamente aquel suelo consagrado con la sangre de su víctima... Le parecía ver de nuevo a Mariettina en su dolor,

sonriéndole y perdonándolo: "No es nada, Alejandro: ya te perdono".

¡Qué intensos sentimientos embargaban su alma penitente, al revivir aquella tremenda escena de cuarenta y ocho años antes!... ¡Y, sobre todo, qué distintos de los que perturbaban su espíritu cuando, con inusitada saña, segó un vida tan tierna y pura!

La fe, la plegaria y el amor habían realizado en el corazón de Alejandro una maravillosa obra de conversión y espiritualidad. El asesino de aquel lejano tiempo había cedido su puesto al santo varón del presente, y este proceso de purificación y unión con Dios seguiría desarrollándose a lo largo de numerosos años más: hasta el 6 de mayo de 1970. En esa fecha, el alma de Alejandro, desde el convento de los padres Capuchinos de Macerata, subió a la gloria, para unirse por siempre a Mariettina. Así se cumpliría el deseo que ella había expresado, antes de morir: "Quiero que esté conmigo en el paraíso".

INDICE

ESTE LIBRO DEBE SER
DEVUELTO EN LA

Se terminó de imprimir en el mes de febrero de 1987 en Imprenta de los Buenos Ayres S.A., Galicia 1860 Buenos Aires - Argentina